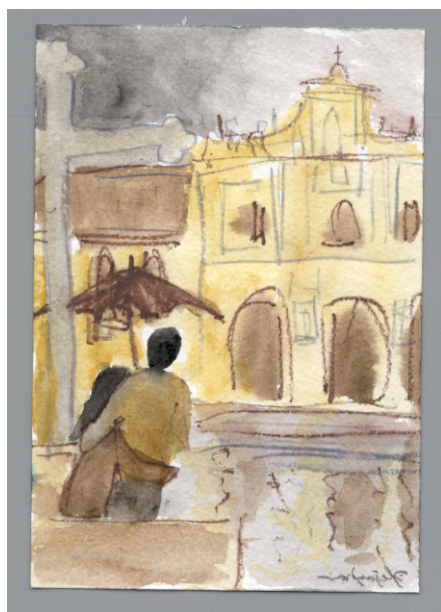


Alejandra María Sosa Elízaga

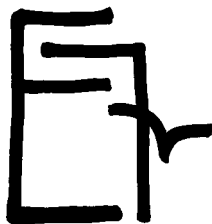
Como Él nos ama



Col. La Palabra de Dios ilumina tu vida
Ciclo B



*"designó el Señor a otros setenta y dos
y los envió por delante...
a todas las ciudades y sitios
a donde Él había de ir..."
(Lc 10, 1)*



EDICIONES 72

ALEJANDRA MA. SOSA ELÍZAGA

COMO ÉL NOS AMA

Colección 'La Palabra ilumina tu vida'

...
Ciclo B



EDICIONES 72

Como Él nos ama.
Colección 'La Palabra ilumina tu vida'
Ciclo B

EDICIONES 72, S.A. DE C. V.

Moctezuma 17 local C, esq. Chimalcoyótl,
Col. Toriello Guerra, Tlalpan,
C.P. 14050, México, D.F.

ISBN: 978-607-8197-02-6

Registro del Derecho de Autor: 03-2011-081113032800-14

Prohibida su reproducción total o parcial sin permiso
por escrito de la autora y/o del editor

www.ediciones72.com

Correo electrónico: ediciones72@yahoo.com.mx

Si desea escribirle a Alejandra María Sosa Elízaga
puede hacerlo al Ap. postal 22-289 México, D. F.

Correo electrónico: alesosa@ediciones72.com

tel: 56 65 12 61

Hecho en México

Í N D I C E

PRESENTACIÓN	7
Ni dormir ni distraerse	8
Lo que bien empieza...	11
Testimonio de luz	14
Gracia plena	16
¿Qué caso tiene obedecer?	19
Luz del cielo	22
Familia de Dios	25
En familia al encuentro	28
Cambio cotidiano	31
Autoridad	34
Agobio y desagobio	37
Si quieres...	40
Portaparalíticos	43
Empujón, desierto y tentación	44
Amor, salvación y escucha	49
Prodigios	52
¿Cuál salvación?	55
Rendición (poema)	58
Secreto descubierto	61
Recados	62
Fuente de paz	67
Convencimiento	70
Ovejas del Buen Pastor	73
Sarmientos	76
Como Él nos ama	79

Pruebas y pruebas	82
Soplo	85
Invocación y compromiso	88
Germinará...	91
Tempestad calmada	94
Fe sostenida	97
Profeta en tu tierra	100
Aprender a depender	103
Rebaño	106
Multiplicación	109
Y tú, ¿para qué trabajas?	112
Pan de vida	115
Verdadera comida y verdadera bebida	117
¿A quién iremos?	120
Por dentro o por fuera	123
¡Ábrete!	126
Para salvarnos	129
¿Quién es el más importante?	132
Cortar por lo sano	135
Lo que Dios unió...	138
La tristeza de la riqueza	141
Todos misioneros	144
Claridad	147
Te pareces a los santos?	150
Todo lo que tenía	153
Encuentro final	156
Un Reino muy distinto	159
Obras de Alejandra Ma. Sosa E.	162

PRESENTACIÓN

Este es el segundo volumen de la colección de tres libros titulada ‘La Palabra de Dios ilumina tu vida’. Con esa capacidad suya de ofrecer meditaciones breves pero profundas, sólidamente fundamentadas pero de lectura fácil y sabrosa, la autora va invitando al lector a releer el Evangelio que se proclama cada domingo en Misa (en el ciclo litúrgico B, dedicado a san Marcos), para comprenderlo mejor, relacionarlo con su propia existencia y descubrir cómo la Palabra de Dios realmente ilumina su vida.

Ni dormir ni distraerse

Hay veces en que tan malo es dormirse como distraerse. Le roban su dinero no sólo al que se queda dormido en un transporte o en un lugar público, sino al que por estar ‘papando moscas’ descuida su cartera; no se entera de qué trató la clase, la película, la conferencia, no sólo el que se la pasó dormido sino el que se la pasó platicando o simplemente pensando en otra cosa; pierde su camión o su vuelo, su turno en la consulta o en la ventanilla no sólo quien se duerme en una sala de espera sino quien por entretenerse con algo no atiende el llamado en el altavoz. Como se ve puede resultar igualmente desaconsejable dormirse que distraerse. Y lo que aplica a la vida de todos los días también aplica, y cabría decir que con mayor énfasis, a nuestra vida como creyentes. Por eso en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa Jesús nos pide: “*Velen y estén preparados*” (Mc 13,33), en otras palabras: manténganse despiertos (lo de ‘velen’ no es invitación a pasear en velero, sino a mantenerse ‘en vela’, es decir, a no dormir...) y estén preparados, en el sentido de estar atentos, listos, ¿por qué?, lo aclara en seguida: “*porque no saben cuándo llegará el momento*” (Mc 13, 33). ¿De qué momento habla? Sin duda del momento decisivo de reencontrarnos con Él, del fin de nuestra vida, pero también cabe pensar que se refiere al momento inesperado en que se presenta la tentación, la prueba, la disyuntiva de seguir Su voluntad o la nuestra. Llama la atención que menciona a un

portero al que el dueño de la casa le encarga estar velando, y nos dice: *“así también velen ustedes, pues no saben a qué hora va a regresar el dueño de la casa: si al anochecer, a la medianoche, al canto del gallo o a la madrugada”* (Mc 13,35). ¿Por qué citar como ejemplo estos cuatro horarios tan particulares? Quizá porque son los horarios de cuatro hechos muy significativos:

Al anochecer de unos cuantos días después, Jesús anunciará la traición de uno de Sus apóstoles y todos, incluido Judas se preguntarán: *“¿acaso soy yo?”* (ver Mc 14,17-19). Pocas horas después (cabe deducir que alrededor de la medianoche, aunque San Marcos no lo aclara) Jesús irá con Sus discípulos al huerto, y éstos no estarán preparados para enfrentar esa hora; primero se quedarán dormidos, luego Judas entregará a su Maestro con un beso; alguno responderá con violencia a la violencia, y por último, saldrán todos huyendo (ver Mc 14,32-52). Después, al canto del gallo, Pedro, que seguirá a Jesús, pero de lejos para no comprometerse, negará violentamente conocerlo, cuando antes habrá jurado que no lo negaría (ver Mc 14,29-31.66-72). Y finalmente a la madrugada se reunirán los miembros del Sanedrín a tramar la muerte de Jesús y a entregarlo a Pilato (ver Mc 15,1). Cuatro momentos y numerosos protagonistas que dan claros ejemplo de lo que sucede cuando en una hora decisiva el alma se mantiene dormida, es decir inmóvil, instalada en la inercia, paralizada, incapaz de prestar atención a los signos que hay alrededor y que Dios coloca o permite para espabilarnos, alertarnos e indicarnos por dónde ir y por dónde no. Podemos ver el resultado: no sólo no se avanza, sino que sucede algo más grave: se presume ir en la dirección correcta cuando en realidad se está perdido, se cree estar ‘dentro’ y mantener la cercanía con el Señor, cuando en realidad se ha ido alejando de Él, se ha ido quedando ‘fuera’...

En este inicio del Adviento, tiempo de disponer el corazón para acoger la llegada del Señor, resuena oportuno Su llamado a velar y a estar atentos. Y si quizá te preguntas qué puedes hacer en concreto para que Su venida no te halle durmiendo, cómo evitar lo que te distrae y aleja de Él, y que el

mundo ofrece a raudales, en especial en esta temporada, cómo lograr poner atención a Su presencia en tu vida, considera empezar por realizar cada día un breve examen para evaluar si has estado o no cumpliendo Su voluntad, y si no es así, reconócelo y pídele perdón; de ser posible, acércate a Él en el Sacramento de la Reconciliación y en la Sagrada Eucaristía; lee y saborea cada día Su Palabra (por ejemplo en los bellos textos que nos ofrece la Iglesia en Misa), y mantén con Él una comunicación cotidiana profunda, cimentada en la verdad y en el amor. Descubrirás entonces que no hay mejor ‘despertador’ que el gozo de Su cercanía ni mayor estímulo para permanecer alerta que percibir Sus pasos que se acercan...

Lo que bien empieza...

¿Has oído esa frase quizá trillada pero indudablemente cierta: ‘hoy es el primer día del resto de tu vida?’ Evoca la posibilidad no sólo de un ‘borrón y cuenta nueva’, de dejar lo pasado en el pasado, sino la promesa de algo mejor a partir de ahora, de un tiempo nuevo, que se extiende ante ti, como uno de esos tapetes largos largos que se van desenrollando para cubrir el pasillo central de una iglesia en una boda, para invitar a estrenarlo, a caminar por él.

Este concepto cobra nuevo sentido en el contexto de la primera frase del Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mc 1,1-8): “*Principio del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios*” (Mc 1,1). Vale la pena repasar esto por partes.

Principio

Marcos emplea el mismo término que aparece en la primera frase del primer libro de la Biblia: “*En el principio creó Dios el los cielos y la tierra...la tierra era caos y confusión...y un viento de Dios aleteaba sobre las aguas*” (Gen 1,1). Parece ser que el evangelista quiere que te des cuenta de que viene a hablarte del mismo Dios que estuvo al principio, de Aquel que puede crearlo y re-crearlo todo y poner orden donde hay caos y confusión. ¿Hay caos en tu vida? quizá tu matrimonio es un desastre, tus hijos andan por mal camino, has caído en algún vicio, tu situación económica es desesperada, ¿hay confusión?, quizá no sabes cómo salir adelante y sientes que te agobian

problemas que no logras resolver. Pues bien, sabe que hay Alguien que puede ordenar tu caos, que puede aclarar tu confusión, a cuyo lado puedes comenzar de nuevo; sin importar qué tan caótico o confuso haya sido lo que has vivido hasta ahora, Él abre ante ti un nuevo principio.

Evangelio

La palabra significa ‘Buena Noticia, Buena Nueva’. En este tiempo tan saturado de malas noticias, en el que los periódicos y noticieros anuncian cuántos descabezados hubo hoy, cuántas bombas cayeron, a qué político le acaban de descubrir sus inexplicable ahorros millonarios, a qué nuevos productos y servicios les pondrán precios todavía más inalcanzables, qué nueva guerra, tragedia, desastre natural azota algún punto del planeta, por no hablar de las malas noticias que no faltan en casa, surge poderosa una voz que afirma traer la Buena Noticia, una que no pasará de moda mañana que surja otra mejor porque no hay otra mejor; una que no puede dejar a nadie indiferente pues atañe a todo ser humano sobre la tierra; una como no ha habido otra ni la habrá en toda la historia de la humanidad: la Buena Noticia de:

Jesucristo

Marcos añade a Jesús la palabra Cristo (término griego equivalente al hebreo ‘Mesías’) para dar a entender que Jesús es el Cristo, el Mesías, Aquél en el que se cumplen todas las maravillosas promesas divinas de amor y salvación que los profetas anunciaron durante siglos. Pero añade también algo más que aclara que este Mesías no es, como mucha gente esperaba, un salvador político para liberar al pueblo del yugo de un gobierno extranjero y opresor, sino infinitamente más y mejor que eso, es:

Hijo de Dios

Dios ha respondido a la angustiada súplica del profeta: “¡Ojalá rasgaras los cielos y descendieras!” (Is 63, 19b), que leíamos como Primera Lectura hace ocho días, y ha enviado a Su propio Amadísimo Hijo a compartir nuestra condición humana

y a rescatarnos no de una esclavitud pasajera, sino de la esclavitud del pecado y de la muerte. Se ha hecho uno de nosotros para darnos la mano y acompañarnos en el camino de la vida. Ello significa que quiso hacerse cercano para sostenerte cuando tropiezas, levantarte si caes, buscarte y devolvarte al buen camino si te pierdes y en todo momento ser para ti Camino, Verdad y Vida.

¿Te das cuenta? En una sola frase ya Marcos te anuncia algo espectacular, maravilloso, que puede cambiar tu vida ordinaria en algo extraordinario, que puede llenarla de paz, de luz, de renovada esperanza. Pero claro, eso tan especial no se da así nada más, requiere de tu parte, ¿qué? disponibilidad, deseos de quitar lo que estorbe para abrirle tu corazón. Por eso en seguida cita San Marcos una frase del profeta Isaías en la que pide que preparemos el camino del Señor; ¿qué significa preparar el camino? Nos lo dice ahí mismo: “*enderezar las sendas*”(Mc 1,3). Por lo visto nos sabe algo, se ha dado cuenta de que nuestros caminos andan medio chuecos y urge componerlos. Considera esto: si tuvieras urgencia de una medicina y vivieras en un lugar lejano al que sólo se puede llegar por un camino que tras una tormenta se llenó de baches y ramas caídas, ¿no harías lo posible por dejarlo transitable para que pudiera llegar más rápido quien te lleva el remedio? La respuesta es obvia, y da pie para dejar lo hipotético, volver la vista a la realidad concreta de tu vida de fe y preguntarte no ya lo que harías sino qué estás haciendo para dejar transitable el camino para Aquel que viene a traerte el verdadero remedio, lo que en verdad necesitas, lo indispensable para ti: Nuevo comienzo; Buena Nueva; promesas cumplidas, amor incondicional y solidario de Dios.

Testimonio de Luz

¿Cómo describirías la luz a una persona que nunca la ha visto?, ¿tratarías de explicar qué es o en qué consiste o tal vez mencionar los efectos que produce, sus consecuencias?

Esto viene a colación porque en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Jn 1, 6-8.19-28) dice que Juan el Bautista vino “*para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él. Él no era la luz, sino testigo de la luz*” (Jn 1, 7-8).

El evangelista menciona dos veces la singular misión de Juan, le da gran importancia, ¿por qué?, porque en un mundo que vive en tinieblas hace falta quien esté dispuesto a anunciar la luz, a mantener viva la esperanza, a no permitir que la gente se resigne a la oscuridad.

Así como cuando de noche hay un apagón y todos en la casa se encuentran de pronto desconcertados e inmóviles, envueltos en la negrura, sin poder seguir haciendo lo que estaban haciendo, pues probablemente requería de electricidad, y en eso alguien anuncia que se asomó a la calle y un trabajador le informó que ya están reparando la falla y no tarda nada en reanudarse el servicio, todos experimentan un alivio, la seguridad de que no va a ser uno de esos apagones de toda la noche y se disponen a esperar con confianza y buen ánimo que llegue la luz, del mismo modo en la vida espiritual, cuando se vive un apagón, cuando se queda uno sorprendido por la

oscuridad del mal que le rodea, o por la oscuridad del pecado en el que cae, o por la oscuridad de la ignorancia de las cosas de Dios, cuando se queda uno paralizado por la negrura del temor, del desánimo, de la inercia, del no saber a dónde ir o cómo superar aquello, ¡qué felicidad que haya alguien que dé un testimonio de la luz!, alguien que anuncie que la tiniebla no llegó para quedarse, que viene y no tarda Aquel cuya sola presencia ilumina, restaura, devuelve la paz y la esperanza.

Antes y después del texto del Evangelio elegido para este domingo, su autor deja bien claro que la luz de la que es testigo Juan el Bautista es Aquel que existe desde el principio y por Quien todo fue hecho (ver Jn 1,1-5), Aquel que es *“luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo”* (Jn 1,9)

Estamos avanzando en el camino del Adviento y este tercer domingo tiene el apelativo de ‘Gaudete’ o ‘gozoso’ porque anuncia que ya pronto podremos celebrar que Aquel que es la luz puso su morada entre nosotros.

Somos como viajeros nocturnos que cobran nuevos bríos cuando alguien anuncia con emoción que ya se vislumbran a lo lejos las lucecitas de su pueblo, de su ciudad, que están cerquita, que ya mero llegan, que falta poco.

Juan nos ha dado el anuncio, ha levantado su voz para invitarnos a caminar con redoblado empeño al encuentro del Señor y celebrar no sólo Su venida a este mundo sino que se ha quedado entre nosotros, aunque, no sepamos reconocerlo (ver Jn 1, 26). Pero este feliz anuncio no es algo que podamos guardarnos, no es algo que debamos callar: estamos llamados a convertirnos como el Bautista en testigos de la luz, a dar a conocer a Aquel que es Luz del mundo, a anunciar a otros, a los que vienen con nosotros, cansados y quizá comenzando a desanimarse hundidos en la penumbra de un camino que parece demasiado largo, que adelante hay luz, pero no una luz cualquiera, no una que se queda inmóvil brillando en la lejanía, inalcanzable, sino una Luz que se ha encarnado, que está aquí, que se ha hecho cercana, y sólo se necesita que volvamos el rostro hacia ella para que nos ilumine con toda su fuerza y destierre las sombras de nuestro corazón.

Gracia plena

¿Qué te imaginas que estaba haciendo la Virgen María justo antes de recibir el anuncio de que sería Madre del Señor? Hice esta pregunta a varias personas y recibí las respuestas más diversas. Una señora dijo que probablemente estaría haciendo su quehacer, a lo cual otra le replicó que no hubiera sido prudente del Ángel aparecerse en plena faena doméstica, que si a ella se le aparece un sujeto alado mientras asea su casa, éste se lleva mínimo un plumerazo en la cabeza. Otros, influidos sin duda por la forma como los pintores a lo largo de los siglos han representado esta escena, dijeron que se la imaginaban sentada al borde de una ventana, contemplando el paisaje. Pero la mayoría coincidió en que seguramente estaba orando. Parece lo más plausible. Y da pie para preguntarse: ¿cómo sería esa oración?, a lo cual cabría responder: una oración típica de María: nada egoísta, nada exigente, para nada centrada en sí misma sino en interceder por otros, en poner en manos de Dios las necesidades y angustias de su pueblo para -y esto me parece lo más importante- ofrecerse a sí misma como instrumento Suyo para ayudar en lo que Él dispusiera; en otras palabras una oración de total disponibilidad, un abrirse por completo a la gracia divina, una oración en la que resonaba el eco de la voz del salmista que le dice al Señor: *“Aquí estoy para hacer Tu voluntad”* (Sal 40,8), la voz del profeta que pide: *“habla, Señor, que Tu siervo escucha”* (1Sam3,9), una oración que

siempre halla respuesta en el corazón del Padre que se llena de infinito amor y ternura cuando una criatura Suya se le ofrece así, sin segundas intenciones, sin toma y daca, sino simplemente para ponerse a Su servicio y el de los hermanos.

María abre todo su ser hacia Dios y Dios la colma toda entera. Como leemos en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Lc 1, 26-38), le envía a Su Ángel y éste la saluda diciéndole: “*Alégrate, llena de gracia*” (1,28). ¿Qué significa que una persona esté llena de gracia? Que no ha puesto barreras a la gracia de Dios en su alma; que no le ha cerrado la puerta, que no le ha impedido entrar. María es llena de gracia porque nunca permitió que hubiera algo en su vida por insignificante que fuera, que no estuviera acorde a la voluntad de Dios.

¿Puede cualquier persona ser al igual que María, ‘llena de gracia’? ¡Claro! No es algo imposible para nosotros. Y al respecto es interesante hacer notar que el propio San Lucas dice del diácono Esteban, primer mártir del cristianismo, que estaba “*lleno de gracia*” (Hch 6,8).

Todos estamos llamados a ser llenos de gracia, a abrirnos totalmente a la acción de Dios en nuestras vidas y permitir que sea Él quien ilumine nuestros pensamientos, palabras y acciones. El problema es que nos da miedo. Sentimos que si le abrimos tantito la puerta se va a meter hasta la cocina. Le pedimos Su gracia para unas cosas pero no para otras. Para resolver un problema, pero no para perdonar a quien lo causó; para superar una necesidad pero no para hacer algo en favor de otros necesitados. Parece como que nos da miedo recibir el torrente de gracia divina, nos contentamos con solicitarla a cuentagotas. Por eso qué apropiado resulta que el Ángel antes que nada dice: “*Alégrate*”. No dice: preocúpate o entrístécete sino alégrate, como haciendo ver que llenarse de gracia no es algo riesgoso, que quién sabe a dónde lleva, que quién sabe qué líos provoca, sino todo lo contrario, es motivo de gran alegría porque cuando la gracia de Dios llena el alma la deja copeteada de paz, de esperanza, de confianza en el Señor y de amor por Él y por todos.

Decía San Agustín a Dios: ‘Tú todo lo que tocas lo aligeras, pero como yo estoy todavía lleno de mí, soy una carga para mí mismo’.

En este último Domingo de Adviento, cuando ya sólo faltan unos cuantos días para alegrarnos por la gracia divina que nos trajo la salvación, resulta pertinente preguntarnos si estamos dispuestos a dejarnos vaciar de nosotros mismos y llenar totalmente de esa gracia que todo lo aligera, o si todavía hay en nosotros resistencias que la están bloqueando.

El otro día salió en la televisión un reportaje sobre los rayos, en el que se explicaba que la gente cree que los rayos caen del cielo, pero esto es parcialmente cierto pues para que caiga un rayo tiene que haber en la tierra un receptor cuya energía suba a su encuentro. Pasaron en cámara muy lenta cómo baja el enorme rayo zigzagueante desde el cielo casi hasta tocar suelo, atraído por un buen material ‘conductor’ con cuya pequeña energía se une en una misma ráfaga luminosa que vuelve día la noche.

Pidamos al Señor que ahora que estamos a punto de celebrar Su venida a este mundo, nos conceda ser así, verdaderos receptores de Su gracia, no sólo para recibirla sino también para irradiarla.

¿Qué caso tiene obedecer?

¿Te cuesta trabajo obedecer, en especial cuando consideras que cierta regla o ley no tiene sentido o no aplica en tu caso? Por ejemplo, si vas caminando por la calle y debes atravesar una vía rápida en la que hay un puente para peatones, ¿utilizas el puente o te cruzas corriendo por abajo? O, si llegas a una esquina en la que no hay coches y te toca el semáforo en rojo, ¿te esperas o te pasas el alto?

La gente suele hacer caso omiso de reglas y leyes cuando se la impone una autoridad a la que no se siente sujeta y cuando las percibe como una imposición a la que no le ve sentido. Y aunque esa desobediencia puede tener consecuencias negativas (por ejemplo, el que se pasa el alto puede chocar con un auto que venía veloz y al que no había visto), quizá en ocasiones el desobediente puede salirse con la suya e incumplir, sin aparentes repercusiones, lo que se le manda. Pero lo que aplica a la vida civil, escolar, laboral, etc. no aplica a la vida espiritual. En lo que toca a cumplir las leyes de Dios, cualquier desobediencia tiene repercusiones negativas, pues equivale a ir en sentido contrario al camino bueno que nos propone Aquel que nos creó y que sabe mejor que nosotros mismos lo que nos conviene. Negarse a amar, a perdonar, a construir la paz o la justicia, por citar unos ejemplos, es vivir a contracorriente de la vocación a la que Dios nos llama, y eso no nos puede hacer felices.

Y lo que se refiere a la obediencia a Dios también puede aplicarse respecto a obedecer lo que nos pide la Iglesia. Hoy en día son numerosos los católicos que viven lo que un sacerdote llamaba ‘fe de cafetería de autoservicio’, y que consiste en hacer, como en esas cafeterías donde va uno pasando con su charola frente al mostrador de comida, y elige sólo lo que le agrada, en aceptar sólo ciertas normas y principios que se consideran ‘razonables’ y desechar las que no se comprenden o cuyo cumplimiento causa incomodidad o molestia.

‘Soy católico pero yo me entiendo con Dios, no necesito ir a Misa’, o ‘voy a Misa pero eso de confesarme, no’, o ‘ya cumplo con dar limosna, no me pidan oración ni ayuno’. Ese tipo de fe denota cierta soberbia, un creer que se sabe más, que se está por encima de la institución, que lo que ésta pide es para otros, para los débiles o tontos que necesitan estar sujetos a ciertas normas. Pero la realidad es que esa visión es errada, es una tentación del maligno que invita a la persona a desobedecer aquello que, aunque de momento no parezca, contribuye para su bien y el de otros.

En este sentido, en el Evangelio que se proclama en Misa este domingo (ver Lc 2, 22-40) hallamos tres ejemplos de una obediencia que podía haberles parecido absurda a quienes se sujetaron a ella, pero que rindió abundantes buenos frutos.

El primer ejemplo lo tenemos en María y José, que, obedeciendo la ley de Moisés, llevan al Niño a presentarlo en el Templo de Jerusalén. Bien podían haber pensado: ‘Seguro podemos zafarnos de esto, después de todo Jesús es Hijo de Dios, ¿por qué tenemos que cumplir como cualquier persona, y encima gastar en comprar un par de tórtolas o de pichones?’ Pero ni se lo plantean. Simplemente obedecen, van. Y su obediencia permite que se dé un encuentro muy significativo entre ellos y Simeón, un anciano que nos da el segundo ejemplo de obediencia:

Se trata de un hombre que vivía confiado en que el Espíritu Santo le prometió que no moriría sin haber contemplado al Mesías. Y quizá era el hazmerreír de sus

contemporáneos, que veían que pasaban años y años y él seguía esperando que se cumpliera aquella promesa. Y por fin un día el Espíritu Santo lo mueve a ir al templo y él obedece, va. No dice: ‘ya hace mucho que espero, no tiene caso, seguro es mi imaginación’, sino que va y se encuentra nada menos con José y María que vienen llegando con el Niño en brazos. Su docilidad le permite ver cumplida su mayor esperanza.

El último ejemplo de obediencia nos lo da el propio Jesús, del cual nos dice San Lucas que vivió con María y José en Nazaret, y más adelante añade que se sujetó a la autoridad de ellos (ver Lc 2, 51). Pudiendo haber dicho: ‘soy Hijo de Dios, aquí nadie me manda’, eligió en cambio el camino de la obediencia y así nos marcó a nosotros una senda por la cual caminar seguros de no perdernos, tropezar o caer.

Me comenta un sacerdote amigo que su voto de obediencia le da mucha paz, pues si su obispo lo cambia de parroquia o le asigna alguna tarea, él ve en ello la voluntad de Dios para él. Asegura que no siente la obediencia como un yugo sino como una ayuda para avanzar por la vida con la certeza de ir en dirección correcta. Su concepto de obediencia tiene validez para nosotros como miembros de la Iglesia, pues estamos llamados a no sentirnos por encima de ella, ajenos a lo que nos pide, sino a cumplir sus mandamientos con la humildad y el gozo de saber que en ellos se expresa la voluntad del Señor para nosotros, lo cual es siempre para bien.

Luz del cielo

¿Un cometa?, ¿una conjunción de planetas? ¿una nueva estrella?, ¿un invento?, ¿un mero símbolo?, ¿qué fue realmente lo que vieron surgir esos magos de Oriente de los que nos habla el Evangelio que se proclama este domingo en Misa? (ver Mt 2,1-12).

Tuvo que ser impactante puesto que bastó para moverlos a emprender un viaje largo y arriesgado. Desde los orígenes del cristianismo, la estrella que guió a los magos ha sido objeto de numerosas especulaciones, sobre todo por lo que podría llamarse su errática conducta, pues primero se les aparece suficientemente clara y brillante como para atraer su atención y animarlos a seguirla; luego, cuando ya se acercan a donde los conduce, de pronto deja de servirles de ‘guía-roji-celestial’, obligándolos a pedir terrenales direcciones, y por último parece moverse frente a ellos llevándolos directamente a donde tenían que llegar, pues se detiene justo encima de donde está el Recién Nacido al que han venido a adorar. ¿Qué clase de estrella es ésta?

Personalmente la explicación que más me convence es la que da San Juan Crisóstomo, quien dice que se trata de un fenómeno sobrenatural del que es imposible buscar una explicación natural. Así pues, quizá lo mejor sea dejar de preguntarse inútilmente qué fue aquello y más bien preguntarse por qué o para qué sirvió, y en ese sentido se pueden sacar ricas reflexiones. Consideremos algunas:

1. Según muchos estudiosos, los magos eran astrólogos, es decir, tenían la equivocada idea de que los astros gobernaban el mundo. Dios se sirve del error de ellos para conducirlos suavemente hacia la verdad; un bello ejemplo de ‘inculturación’, gracias al cual los magos encuentran a Aquel que es el Creador y Rey de todo el universo. Qué consolador es saber que el Señor aprovecha incluso nuestras equivocaciones para bien nuestro y de otros.

2. Los magos tienen que pedir indicaciones, no pueden depender sólo de la estrella. Dios no quiere que tengamos con Él una relación vertical de la que excluyamos a otros; nos pone una y otra vez en situación de dependencia. Nos dio ‘vocación de puentes’ para que Sus bendiciones nos lleguen a través de los hermanos y a su vez ellos las reciban de nosotros.

3. San Mateo muestra que la salvación para todos los pueblos proviene de uno específico. Resulta muy significativo que la posible y momentánea desaparición de la estrella forzara a los magos a pedir instrucciones en Jerusalén, para que fueran los miembros del pueblo elegido quienes dieran la respuesta correcta (aunque lamentablemente ellos mismos no se dejaron mover por ella). La salvación universal viene de Jesús, el Hijo de Dios nacido en Belén.

4. Hay que resaltar que por encima de la estrella es la Sagrada Escritura la que guía a los magos, la que dice exactamente dónde debía nacer el Rey al que han venido a adorar. Que la Palabra sea también para nosotros lámpara para nuestros pasos, luz en nuestro camino.

5. Conmueve pensar que lo de hacer que los magos consultaran a Herodes quizá fue un intento de Dios por despertarle un interés por conocer a ese Rey y abrirse a la salvación que le traería. Lamentablemente la soberbia de Herodes lo ciega y no logra captarlo.

Hace unos años anunciaron que de madrugada habría lluvia de estrellas. A la hora señalada subí a la azotea esperando ver algo espectacular pero todo lucía como de ordinario. Me senté a esperar y nada. Pasó largo rato y como mis ojos fueron acostumbrándose a la oscuridad comencé a apreciar, como por primera vez, la gran cantidad de estrellas en

el cielo. Saberlas a millones de kilómetros y percibir en ellas la grandeza de Aquel que las creó era estremecedor. Entonces sucedió. Con el rabillo del ojo percibí una línea de luz blanca que cruzó velozmente una parte del cielo, pero en el segundo que me tomó voltear a verla se esfumó. Fue como si el cielo hubiera sido una inmensa media esfera oscura y traslúcida y Alguien por encima de ésta hubiera trazado con un gis de punta luminosa una raya blanca y efímera. Me puse a mirar a donde había visto la raya, con la esperanza de ver otra, esta vez directamente desde su inicio, pero sucedió de nuevo que en otra parte del cielo apareció otra línea blanca que sólo alcancé a ver con el rabillo del ojo, pues cuando volteé estaba desapareciendo. Una y otra vez pasó lo mismo, y a veces me proponía quedarme viendo sólo un sector del cielo, confiada en que tarde o temprano tendría que ver ahí alguna estrella, pero éstas aparecían siempre en otra parte, de modo que sólo las alcanzaba a percibir de reojo y brevemente.

Recordé esta experiencia al leer el Evangelio dominical y se me ocurrió que muchas veces sucede que por estar esperando que Dios nos mande una señal espectacular como la que guió a los magos, no percibimos que se manifiesta en nuestra vida como lo hizo aquella noche de estrellas fugaces: en el más profundo silencio y sólo cuando la mirada ha sabido apartarse un poco del relumbrón del mundo y disponerse a captar, donde y cuando Él disponga, y aunque sea fugazmente, Sus discretas pero luminosas huellas.

Familia de Dios

“**T**ú eres *Mi Hijo amado; Yo tengo en Ti Mis complacencias*”. Fue lo que dijo la voz que se escuchó cuando, luego de ser bautizado por Juan, Jesús salió del agua, los cielos se rasgaron y el Espíritu en forma de paloma descendió sobre Él, según narra el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mc 1,7-11).

Esta frase, que por estar dirigida directamente a Jesús bien podía haber sido transmitida en absoluto silencio, de corazón a corazón por así decirlo, resonó en cambio, en el Jordán, dándonos la privilegiada oportunidad de asomarnos a la intimidad del amor del Padre por el Hijo, concediéndonos atisbar hacia el interior del mar infinito de Su paternal ternura.

Algo en esta escena me hizo recordar otras que he contemplado muchas veces: cuando un joven vive un momento crucial de su existencia, (por ejemplo que recibe su título, que participa en un evento o concurso, que se casa, que se va a vivir lejos, etc.) y está acompañado de sus papás, resulta siempre conmovedor verlos a ellos, que lo miran emocionados, que lo abrazan, que con toda el alma quieren alentarlo, hacerle sentir su cariño, su apoyo incondicional. Y creo que algo así sucede aquí en el Jordán. Jesús está viviendo un momento muy importante. San Marcos dice que viene “*Jesús desde Nazaret de Galilea*” (Mc 1,9), lo cual nos deja entrever que acaba de dejar Su hogar, aquél donde ha vivido siempre; que quizá viene de dar un abrazo a Su Madre, de

despedirse de ella; que quizá viene de cerrar o traspasar el taller de carpintería de Su querido papá José, donde tantas horas pasó aprendiendo y trabajando a su lado; que viene de despedirse de Sus amigos, de Sus vecinos, de echar un último vistazo al paisaje que cobijó Su infancia y adolescencia. Y que llega aquí al Jordán, a empezar Su misión mezclándose con los pecadores que vienen a ser bautizados por Juan, y que en adelante lo esperan tentaciones, dificultades, la incomprensión y la enemistad de muchos, que desearán Su muerte. Es un momento muy especial para Jesús. Y el Padre lo sabe. Y por eso vuelca en Él toda Su delicadeza enviándole Su Espíritu amoroso y diciéndole algo que sin duda Jesús ya conoce, pero que sin duda también no se cansa de escuchar: *“Tú eres Mi Hijo amado. En Ti tengo Mis complacencias”* (Mc 1,7).

Ser testigos de ello es tremendamente significativo para nosotros, no sólo por poder penetrar aunque sea un instante en la intimidad de la relación entre las Divinas Personas de la Trinidad, sino porque lo que sucedió en ese momento también sucedió en nuestro Bautismo, gracias al cual comenzamos a ser hijos del Padre, hermanos de Jesús, templos del Espíritu Santo.

Como bautizados podemos gozarnos en la cercanía de un Padre para el que somos hijos amados, podemos gozarnos en la certeza de tener un hermano, Jesús, que quiso hacerse cercano a nosotros y que prometió acompañarnos todos los días hasta el final; podemos gozarnos en la luz y la guía del Espíritu Santo.

También cabe hacer notar que, como siempre, la Palabra, viva y eficaz, tiene un mensaje pertinente para nosotros en lo que nos toca vivir. En esta semana en la que los ojos de la Iglesia universal se vuelven hacia México en donde tendrá lugar la Jornada Mundial de las Familias durante la cual reflexionaremos acerca de la importancia de la familia para construir una sociedad de sólidos valores humanos y cristianos, quizá muchos podríamos sentir la tentación del desaliento al reconocer que nuestras propias familias están lejos del ideal, quizá porque falta alguno de los padres, quizá porque hay hermanos alejados, quizá porque la convivencia

familiar ha sido lastimada por la desunión, la falta de fe, la violencia, la incomprensión, las adicciones, la pobreza, la distancia. Pero entonces el Evangelio dominical nos trae oportuno un mensaje muy esperanzador. Nos recuerda que sin importar si tenemos o no papás en este mundo, si tenemos hermanos o estamos solos, si somos pecadores o santos, si tenemos una familia ‘genial’ o disfuncional, todos los bautizados formamos parte de una comunidad indivisible, de una comunidad de amor perfecto, contamos con el calor del mejor hogar posible, modelo, sostén y fundamento de todo hogar y fortaleza de toda relación humana.

Podemos celebrar que en lo hondo de nuestro corazón también resuenan la declaración de amor del Padre, las promesas de amor del Hijo, las inspiraciones de amor del Espíritu Santo. Quede, pues, atrás todo desánimo. Una sola certeza basta para ayudarnos a vivir colmados de paz y de alegría: la de saber que inmerecida pero verdaderamente somos familia de Dios.

En familia al encuentro...

Hay encuentros decisivos en la vida, que lo cambian todo, luego de los cuales nada es igual porque marcan un ‘antes de’ y un ‘después de’, a partir de lo cual no se concibe volver a lo de antes. Un encuentro así es el que nos narra el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Jn 1, 35-42).

Están con Juan el Bautista dos de sus discípulos, cuando pasa por ahí Jesús. El Bautista lo mira y dice: “*Éste es el Cordero de Dios*”(Jn 1,36) y entonces los dos discípulos comienzan a seguir a Jesús. Él se da cuenta de que lo siguen y al inquirir qué buscan le preguntan dónde vive. Les responde: “*Vengan a ver*”(Jn 1,39), van y se quedan con Él.

Habría tanto que comentar al respecto, pero conformémonos por lo pronto con tocar algunos aspectos muy significativos.

Los discípulos comienzan a seguir a Jesús porque escuchan que Él es el Cordero de Dios. No lo siguen porque Juan les ha dicho que ‘éste es el que organiza muy buenas fiestas’ o ‘éste es el hombre más rico de la región’. No. Lo siguen porque es el Cordero de Dios, Aquel que puede rescatarlos de sus miserias, de sus pecados, de todo aquello que los ata y no los deja ser verdaderamente felices. A diferencia de muchos que hoy podrían pensar que ni locos querrían ir detrás de alguien que los libre del pecado porque creen que el pecado es placentero y divertido, los dos

discípulos se apresuran a seguir a Jesús porque no están buscando el placer o la diversión efímeras, sino algo que en verdad sacie el anhelo más hondo de su corazón, el de hallar paz y gozo verdaderos.

Le preguntan dónde vive y Él no responde con evasivas, no los mantiene a distancia, los invita a ir a ver. Fiel a Su naturaleza amorosa el Señor está siempre dispuesto a invitar, a acoger, a facilitar la proximidad con Él. A nadie rechaza, a nadie quiere dejar fuera. Aún hoy no se cansa de seguir haciendo la misma invitación a quienes preguntan dónde vive: '*Vengan a ver*', responde desde el Sagrario; desde Su Palabra; desde el interior de quien sabe recibirlo...

Qué alegría que cuando Él toma la iniciativa y los invita ellos no se echan para atrás, no le salen con un 'no, si nomás estábamos preguntando', no se contentan con mantenerse a buen resguardo sino que se aventuran a ir a Su casa, lo cual implica entablar con Él una relación muy cercana. Y es que a Jesús no se le conoce de oídas, teóricamente, a través de lo que se ha leído en el catecismo o en algún librito piadoso. Es indispensable encontrarse con Él en persona. Seguirlo a donde vive...

Conmueve imaginar cómo sería el lugar que habitaba Jesús. Seguramente muy sencillo pero sin duda acogedor, con lo indispensable para poder recibirlos y que se sintieran a gusto quedándose ahí con Él. Dice Juan que se quedaron ese día, pero nosotros sabemos que ya nunca pudieron separarse de Él. Es que en ninguna parte se está mejor que a Su lado ni hay mejor compañía que la Suya.

Resulta muy oportuno que nos cuente el Evangelio que corresponde a este domingo en que se clausura el VI Encuentro Mundial de las Familias, que Andrés, uno de los dos discípulos que se quedaron ese día con Jesús, después llevó a Simón, su propio hermano, a conocer al Maestro. En estos días en que se ha estado reflexionando en la importancia de que sea la propia familia la que propicie la relación de sus miembros con Jesús, este ejemplo invita a buscar medios para animar a los hijos de familia a encaminarse unos a otros hacia la fe. Y es que hay edades o momentos en la vida de los

jóvenes en los que quizá se sienten ‘refractarios’ a aceptar o asumir la religiosidad que viene de sus papás, pero no así la que les propone un hermano o una hermana. Recuerdo que solía ver a mi mamá rezar el Rosario y pensaba que era algo aburrido y ‘para señoras’, pero cuando vi que mi hermana mayor también lo rezaba -y más importante aún, lo disfrutaba- eso llamó mi atención y me animó a intentarlo (y, por cierto, también a disfrutarlo).

Una vez más la Palabra, Viva y Eficaz, acompaña e ilumina lo que estamos viviendo. También nosotros, como los discípulos, reconocemos que necesitamos seguir al Cordero de Dios, al Único que puede librarnos de los males que atentan contra nuestras familias; también queremos llevar a Su encuentro a hermanos y hermanas que no lo conocen, y recordar para siempre la hora inolvidable en que se ha vuelto hacia nosotros y hemos comprendido que no tenemos que ir lejos a averiguar dónde vive porque ha puesto Su morada en nuestro corazón.

Cambio cotidiano

Era el final de un retiro y todos los asistentes cantaban: ‘yo quiero ser, Señor Amado, como el barro del alfarero, toma mi vida, hazme de nuevo, yo quiero ser un vaso nuevo’. Todos cantaban menos una señora. Y como era bien sabido que le gustaba cantar y su voz fuerte y entonada solía destacarse entre las demás, fue notorio su silencio. Así, a la salida alguien le preguntó por qué no había cantado. Creyendo que diría que porque no se sabía la letra o no traía anteojos para leerla o incluso que se había quedado ronca de tanto cantar, nos sorprendió su seca respuesta: “es que yo no quiero ser un ‘vaso nuevo’; así como soy estoy bien”. Resultaba extraño que ella, que en momentos de compartir reflexiones con el grupo reveló que no era verdaderamente feliz, afirmara tan rotundamente que quería seguir igual que como estaba.

Parece que tener que cambiar es algo a lo que la gente suele oponer enorme resistencia. Un doctor comentaba que aconsejar a un paciente que abandone ciertos alimentos, o que empiece a hacer ejercicio, o que deje de fumar o de tomar es, por lo general, mal recibido y menos obedecido, aunque el que reciba el consejo sepa que ese cambio puede ser no sólo recomendable sino indispensable para salvar su vida.

Y esto aplica también a lo espiritual. Suele haber una renuencia a cambiar, ¿por qué?, quizá porque no se le ve el caso o porque da miedo intentar algo nuevo o porque a veces

se tiene la idea de que cambiar exigirá dejar de ser lo que se ha sido, convertirse en alguien distinto, y como a pesar de las dificultades o insatisfacciones que se experimentan, se está conforme con la propia manera de ser o de vivir, no se desea sufrir una transformación que se asume como demasiado radical.

El problema es que no hay de otra, hay que cambiar porque en la vida espiritual el que no avanza retrocede. No en balde lo primero que pide Jesús al iniciar Su ministerio público, según nos lo narra San Marcos en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mc 1, 14-20) es: “*Conviértanse*” (Mc 1,15). Jesús invita a Sus oyentes a atreverse a cambiar, a cambiar de mentalidad, de manera de vivir, de rumbo.

Convertirse implica examinarse uno a sí mismo para ver qué ocupa el centro de su vida, qué le da sentido, qué lo motiva, y si la respuesta no es Dios, reorientar los pasos, reordenar las prioridades, ser capaz de empezar de nuevo y dejar atrás lo que estorbe para vivir como persona de fe. Por eso además de pedir conversión, Jesús añade: “*y crean en el Evangelio*” (Mc 1,15), porque ser persona de fe no es conformarse con tener una cierta idea intelectual acerca de la existencia de Dios, sino que es un modo de vivir que implica aceptar y cumplir lo que propone el Evangelio, decirle sí, ¿a qué? a amar como Jesús nos ama, sí a perdonar como nos perdona, sí a defender la verdad, sí a tratar a todos con misericordia y justicia, sí a edificar la paz.

No puede haber conversión sin fe ni fe sin conversión. Y al igual que el cambio de hábitos que propone un doctor puede salvar la vida de un paciente, la conversión y la fe son indispensables para la vida del alma. No cabe tenerles miedo ni resistirse pues son camino seguro de salvación.

Y cabe hacer notar que la conversión no es un evento único en la vida ni la fe es algo que se tiene en algún compartimiento del alma y que sólo se recuerda de vez en cuando al ir a la iglesia, no. La conversión debe suceder todos los días y la fe, el decir sí a la voluntad de Dios, también.

De la mañana a la noche, en todo lo que pensamos, decimos, hacemos y dejamos de hacer debe haber conversión y fe, es decir, una renuncia a nuestros viejos modos egoístas de razonar, hablar y comportarnos, y un procurar en todo servir y agradar a Dios.

Cuenta San Marcos que Jesús recorrió el borde del lago de Galilea, que en este Evangelio representa el lugar de lo cotidiano (pues ahí desarrollaban ellos su vida diaria), encontró a Simón y a su hermano Andrés, a Santiago y a su hermano Juan, que realizaban sus labores de todos los días, y ahí mismo los invitó a seguirlo. Y dice San Marcos que unos dejaron sus redes y otros a su padre en su barca, y lo siguieron. Jesús se les hizo presente en su existencia ordinaria y les ofreció hacer de ellos no algo totalmente distinto a lo que habían sido, sino lo mismo pero mejorado, pleno, con un nuevo sentido.

Así son la conversión y la fe: nos ayudan a abandonar lo que no necesitamos, lo que nos atora, lo que no nos permitiría avanzar, y a la vez potencian nuestras cualidades, nuestros dones, lo que se nos da mejor. Aquellos cuatro hombres eran pescadores y siguieron siéndolo, pero ya no para conseguir pescados sino almas para el Reino de Dios. Del mismo modo nosotros, estamos llamados a seguir ejerciendo nuestras respectivas vocaciones, pero conscientes de que el Señor nos invita a hacerlo como fruto de nuestra conversión y fe, es decir, como respuesta al llamado que nos hace mientras camina con nosotros por nuestra vida cotidiana.

Autoridad

¿Qué te produce verdadero asombro?, ¿qué puede provocarte tal admiración que te deje sin habla? En estos tiempos en los que parece que casi nada nos estremece, ni conocer el último grito de la tecnología ni la más reciente catástrofe, el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mc 1, 21-28) nos muestra dos razones no sólo para asombrarnos sino para regocijarnos, que comenzaron hace dos mil años y siguen vigentes hoy.

Cuenta San Marcos que cuando Jesús predicaba, Sus oyentes “*quedaban asombrados de Sus palabras, pues enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas*” (Mc 1,22). ¿Por qué se asombraban los que oían a Jesús? Porque sentían que tenía verdadera autoridad. Y ¿qué es la autoridad? El diccionario la define como ‘poder legítimo’, y también como sinónimo de ‘profundo conocimiento’ (es una ‘autoridad en la materia’, decimos de alguien que es experto en algo). ¿Por qué le reconocían autoridad a Jesús si todavía no sabían Quién era ni Quién lo había enviado?, Desde luego porque se veía que hablaba con absoluto conocimiento de causa, pero sobre todo porque, a diferencia de los escribas, expertos en la ley, que en muchos casos se limitaban a enseñarla e interpretarla pero no a cumplirla, en Jesús había una coherencia perfecta entre lo que enseñaba y lo que vivía, respaldaba con hechos Sus palabras, algo que asombraba entonces y sigue asombrando hoy.

Nos narra también San Marcos una escena en la que Jesús predica en una sinagoga y exorciza a un hombre que estaba poseído por un espíritu inmundo, ante lo cual todos los que seguramente vivían atemorizados por los violentos gritos y fuerza descomunal de este endemoniado, quedan estupefactos, ¿por qué?, porque jamás, ni en sus más fantasiosos sueños hubieran creído posible que alguien que estaba tan atado por el demonio pudiera ser liberado. Sigue la sorpresa, ahora ante la inesperada felicidad de descubrir que lo que se creía irremediable no lo es pues Jesús “*tiene autoridad para mandar hasta a los espíritus inmundos y lo obedecen*” (Mc 1, 27). El ex-endemoniado es prueba viviente de que hay Alguien que no permitirá que el mal tenga la última palabra, Alguien cuya autoridad restaura y nunca defrauda toda esperanza.

Es muy significativo que en tan breve texto evangélico se mencione y relacione dos veces que la gente se asombraba al reconocer la autoridad a Jesús. También a nosotros debía sorprendernos -y muy gozosamente, hay que decirlo- que Él haya venido a poner a nuestra disposición Su autoridad divina, entendida no sólo como poder legítimo sino también como fuente de conocimiento, para conducirnos hacia el máximo bien, hacia la felicidad plena.

Qué triste que no todos compartan este gozo. Leía hace unas semanas que en algunas ciudades españolas un autodenominado ‘colectivo ateo’ mandó pintar en algunos camiones de pasajeros un letrero que decía: ‘Probablemente Dios no existe. Despreocúpate y disfruta de la vida’. Aparte de lo penoso que resulta la ambigua frase inicial (no se atrevieron a afirmar rotundamente la inexistencia de Dios, no fueran a quedar mal con Él, por si las moscas...), el resto muestra que sus autores creen que el mundo estaría mejor si no hubiera Dios porque resienten Su autoridad pues quizá lo imaginan como un ser dominante y castigador del que quisieran deshacerse para poder hacer lo que les dé la gana sin tener que asumir las consecuencias. Son como niños que sueñan con derrocar al director de su escuela para poder armar un buen relajo, sin prever que si lo lograran el resultado quizá fuera momentáneamente divertido pero pronto conduciría a un

lamentable caos. Si Dios no existiera ¡cómo que despreocupate!, más bien ¡preocupate!, y ¡mucho!, pues vivirías a la deriva en un universo regido por leyes implacables y no por un Dios que te ama desde siempre y para siempre.

Considera, además, con base en las dos referencias de autoridad que nos da el Evangelio, que si no tuviéramos la autoridad de la enseñanza de Dios, no distinguiríamos el bien del mal, cada uno se regiría por su propio criterio y viviríamos atropellándonos unos a otros sin más guía que nuestra conveniencia ni otro objetivo que procurar nuestra satisfacción aun a costa de los demás. Y si no tuviéramos la autoridad de Dios sobre la vida y la muerte, viviríamos, atendidos a nuestras fuerzas y a merced del mal propio y ajeno, sin entender por qué o para qué fuimos creados, sin hallar sentido a la enfermedad, consuelo y fortaleza en la dificultad, solución al pecado, salida al sepulcro, propósito a la existencia.

Felizmente los creyentes sabemos, porque lo hemos experimentado, que Dios sí existe y que contar con la autoridad divina es una asombrosa bendición, pues lejos de arrollarnos o ‘aguarnos la fiesta’, ilumina, guía y sostiene nuestra vida, permitiéndonos de veras disfrutarla.

Agobio y desagobio

¿Qué haces para ‘desagobiarte’ cuando has tenido un día especialmente pesado?
¿Te das un baño caliente?, ¿te sientas a ver televisión?, ¿das vueltas por un centro comercial?, ¿te vas al cine?, ¿hablas por teléfono?, ¿escuchas música?, ¿tomas algo?, ¿te metes a tu cama?

Si respondiste que sí a una o más de las posibilidades antes mencionadas quizá ya te hayas dado cuenta de que todas ellas resultan más o menos efectivas pero lamentablemente pasajeras pues suele suceder que una vez que termina el regaderazo o el programa de tele, o las compras o la película o la charla o la canción o el trago, la comida, la pastilla o la siesta, el agobio sigue ahí. Cabe entonces preguntarse, ¿existe acaso algún modo no sólo eficaz sino duradero para recuperarse cuando se está viviendo una situación que nos drena las fuerzas?

La respuesta es sí, y la descubrimos en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mc 1,29-39).

En él se nos narran dos escenas que aparentemente no tienen conexión entre sí pero que situadas en un mismo contexto resultan muy significativas. Veamos primero la segunda.

Nos cuenta San Marcos que estando Jesús en casa de Simón y Andrés, al atardecer la gente le llevó “*a todos los enfermos y poseídos del demonio, y todo el pueblo se apiñó*”

junto a la puerta”(Mc 1, 32-33), y nos dice también que Jesús *“curó a muchos enfermos de diversos males y expulsó a muchos demonios”* (Mc 1,34).

¿Puedes visualizar la escena? Se ha corrido la voz de que aquí hay un hombre capaz de curar lo incurable, capaz de someter aun al mismo demonio (como se vio en el texto del domingo pasado, ello dejó estupefactos a quienes lo presenciaron), así que ahora acuden en tropel al encuentro de Jesús. No pueden perder la oportunidad, no pueden arriesgarse a que se marche y no los atienda, así que seguramente se atropellan unos a otros, se empujan, se agolpan a la puerta extendiendo sus manos, hablándole a gritos, tratando de llamar Su atención.

Si alguna vez has visto los apretujones de la gente que se esfuerza por tocar la mano de algún personaje que ha venido a ver, sea el Papa o una estrella de la música o el deporte, imagina esto multiplicado pues aquí no se trataba solamente del gusto de saludar a alguien a quien se admira, sino de la desesperación de aprovechar lo que quizá será una única oportunidad de recuperar por completo la salud o ayudar a un ser querido a recobrarla.

Considera lo que atender a tantísimos enfermos y endemoniados durante horas y horas exigió de Jesús, y cómo debe haberse sentido cuando por fin pudo darse un respiro. Feliz por los que salieron renovados, triste por los que por no haber tenido fe, por no haber acogido en su corazón la Buena Nueva, quedaron igual.

Sin duda Jesús se sintió física y emocionalmente agotado. Como quizá te has sentido tú muchas veces. Y ¿qué fue lo que hizo? Algo que a algunos les puede parecer extraño o incluso incomprensible: De madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro *“se levantó, salió y se fue a un lugar solitario donde se puso a orar”* (Mc 1, 35).

De todas las posibilidades que tenía para recargar baterías después de la tremenda jornada que había enfrentado, Jesús eligió no la que quizá a nosotros nos hubiera parecido mejor: un chapuzón en el lago, una buena cena, quedarse platicando alrededor de la fogata con Sus cuates, sino lo que

verdaderamente era y es lo mejor, la única opción que de veras revitaliza, tras la cual se desvanece todo agobio como se dispersa la bruma al asomar el sol: la oración, el encuentro íntimo con Su Padre.

Muchas veces nos comentan los evangelistas que Jesús se daba tiempo para orar lo cual muestra que era algo vital para Él. Su ejemplo nos invita a reconsiderar el lugar que ocupa en nuestras prioridades la oración, el tomar tiempo para hablar con Aquel que siempre nos escucha, nos comprende, nos consuela, y nos libera de nuestras cargas o nos da la gracia para llevarlas.

Veamos ahora la primera escena que se menciona en este Evangelio. Dice San Marcos que los discípulos le avisaron a Jesús que la suegra de Simón estaba en cama, con fiebre, y Él, tomándola de la mano, la levantó, tras lo cual ella sanó y “*se puso a servirles*” (ver Mc 1, 30-31). No piense alguno que esto último significa que le pidieron curar a la suegra para que ésta hiciera la comida, no. Lo que se nos muestra aquí es a una persona con fiebre, es decir, postrada, desganzada, incapaz de ayudar a otros, que tras su encuentro con Jesús recupera las fuerzas y con ello la capacidad de servir, es decir, de amar con obras, y ser por ello verdaderamente plena y por tanto, feliz.

Contemplar las dos escenas nos hace comprender la importancia del contacto personal con Dios, y nos invita a cuestionar si a veces sentimos que no podemos más y no quisiéramos ni pararnos de la cama porque entre las soluciones que buscamos para nuestros agobios nos ha faltado la mejor: dejar que nos levante el Señor.

Si quieres...

Por una enfermedad muy contagiosa, incurable, progresiva y mortal lo había perdido todo. No sólo a su familia y seres queridos, sino incluso a conocidos y desconocidos, a cuantos habían formado parte de su comunidad; no sólo su trabajo sino la posibilidad de recuperarlo o tener otro alguna vez; no sólo su casa, sino poder tener un techo sobre su cabeza; no sólo la población en la que había vivido, sino permiso para habitar entre la gente.

Había sido condenado a vivir en las afueras, a descampado, lejos de todos y de todo, comiendo los desperdicios que la gente arrojaba a los basureros, obligado a usar una campana al cuello para alertar sobre su presencia, y en caso de percatarse de que alguien se acercara demasiado, gritar: ‘¡soy impuro!, ¡soy impuro!’ para que al oírlo quien caminaba por ahí se apresurara horrorizado a alejarse lo más pronto posible, y no faltaba quien le arrojara piedras y le gritara insultos.

Vivía así en la más devastadora soledad y desesperanza, rechazado por todos, forzado por ley a llevar luto por sí mismo pues se le consideraba muerto en vida.

Era el leproso del que nos habla el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mc 1,40-45).

No puede imaginarse una situación más triste que la suya. Parece imposible que a un mismo ser humano le pasen tantos infortunios, todos tan graves e irremediables. Y lo

extraordinario es que aunque le sucedieron, aunque perdió cuanto un ser humano puede considerar vital para su existencia, no lo perdió todo. No perdió la esperanza. No permitió que la adversidad extinguiera en él la luz del fondo de su corazón, un rincón en el que podía refugiarse del horror de su realidad y soñarse de nuevo sano, liberado de la lepra que lo carcomía, reconstruido en su integridad, reincorporado a su gente, devuelto a la vida. Soñaba y esperaba este leproso, ¿qué cosa?, que lo imposible se hiciera posible, que sucediera un milagro.

Y un día su espera terminó. Desde su exilio alcanzó a ver a lo lejos a Jesús. Sin duda había escuchado hablar de Él, de las curaciones y milagros portentosos que realizaba. ¡Qué oportunidad! ¡No podía dejarla perder! Sabía bien que tenía prohibidísimo acercarse a cualquier persona pero decidí arriesgarse. Quizá esperó a tener a Jesús lo más cerca posible y en un momento dado salió corriendo a Su encuentro. Y se le aproximó *“para suplicarle de rodillas: ‘Si Tú quieres, puedes curarme’*” (Mc 1,40).

¡Qué mundo de confianza hay en esta petición!

Tenemos aquí a un hombre verdaderamente desesperado que se encuentra ante su única posibilidad de sanación, y no grita, no exige, no zarandea a Jesús, no le narra la larga lista de sus desgracias, no pretende chantajearlo ni comprarlo, nada de eso. Se postra ante Él y simplemente le dice, no ‘tienes que’, no ‘deberías’, tampoco ‘si puedes’, sino ‘si quieres’, es decir, sé que puedes, sé que tienes el poder de sanarme y te pido que lo hagas, pero sé también que lo harás sólo si es lo mejor para mí, y por eso me arrodillo ante Ti y espero confiado Tu respuesta.

¡Qué notable fe en la voluntad santa y buena del Señor! Qué distinto a como reaccionamos nosotros cuando nos suceden dificultades, cuando estamos sumidos en problemas y nos desesperamos y le exigimos al Señor que nos saque de ellos más rápido que pronto y si no, nos enojamos, nos ‘sentimos’, empezamos a pensar que no nos quiere, que no le importamos, que goza poniéndonos tropiezos en el camino, que nos castiga. Este hombre que lo perdió todo lo pide todo

pero con una fe serena, humilde, sin pretensiones. Y es escuchado por Aquel que jamás desoye una súplica que sale de lo más hondo del alma.

Dice el Evangelio que “*Jesús se compadeció de él*” (Mc 1,41), lo cual no significa que sintió lástima sino que padeció con él, que hizo Suyos sus sufrimientos y reaccionó como sólo sabe reaccionar movido por Su misericordia: “*Extendiendo la mano, lo tocó y le dijo: ‘Sí quiero: Sana!’*” (Mc 1,41).

La descripción trae resonancias del Antiguo Testamento que habla de que Dios liberó a Su pueblo con “mano poderosa y brazo extendido” (ver Ex 15,11-12; Sal 136,12; 138,7), y es que aquí también el poder divino, la ‘mano extendida’ del Señor libera a este hombre de su lepra.

Cabe hacer notar que Jesús hace lo impensable: tocar a un leproso, porque no teme mancharse, contagiarse, quedar ‘impuro’. Aquel que quiso compartir nuestra naturaleza humana no siente repugnancia de nosotros, todo lo contrario, se hizo cercano para poder tocarnos, abrazarnos, limpiarnos, sanarnos.

Dice el texto que al hombre aquel “*inmediatamente se le quitó la lepra*” (Mc 1,42). ¿Puedes imaginar lo que sintió? ¡Le ocurrió lo inconcebible!, ¡todo le había sido arrebatado y de pronto todo le fue devuelto!, ya podía regresar a su casa, ser acogido por los suyos, readmitido en su comunidad, recuperar su vida.

Contemplémoslo alejándose desbordando una felicidad que en adelante compartirá con todo el mundo, y dejemos que su experiencia nos estremezca el corazón y nos anime a postrarnos también ante el Señor, serenos y confiados, para escucharlo decir: “*¡Sí quiero: Sana!*”, sentir Su mano en nuestras llagas y quedar restaurados con Su amorosa intervención.

Portaparalíticos

Tenían ¡tanto en contra! Cuando llegaron había una multitud tan enorme que les era imposible llegar hasta adelante, y ni modo de intentar avanzar ‘compermisito, compermisito’, pues además de que nadie se veía dispuesto a ceder el lugar que trabajosamente había conseguido para acercarse a Aquél de quien esperaba la salud propia o de un ser querido, estaba el lío de ser cuatro que venían cargando a un paralítico en una camilla, por lo que no era fácil abrirse paso entre una muchedumbre.

Es la escena que nos plantea San Marcos en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mc 2,1-12), un panorama descorazonador ante el cual probablemente muchos ahí presentes dijeron ‘hasta aquí llegamos, no nos dejan pasar; lo intentamos y no se pudo, vámonos ya ni modo’, pero estos cuatro no. Ante las dificultades no se desalentaron sino se las ingeniaron para superarlas, y como no podían entrar por la puerta discurrieron entrar ¡por la azotea!, así que subieron y empezaron a quitar “*parte del techo, encima de donde estaba Jesús, y por el agujero bajaron al enfermo en una camilla*” (Mc 2,4).

¿Te imaginas la escena? Jesús dentro de la casa atiborrada de gente, predicando, y de pronto empiezan a caer ramitas y tierra de arriba, se abre un boquete que dibuja un círculo de sol en el suelo inundando de luz la habitación, y cuando todos miran asombrados hacia arriba ven que de lo alto

cuatro personas están descolgando una camilla que viene bajando, bajando, ¡con un paralítico en ella! Dice San Marcos que “*viendo Jesús la fe de aquellos hombres, le dijo al paralítico: ‘Hijo, tus pecados te quedan perdonados’...*” (Mc 2,5).

Vale la pena hacer un alto para comentar algunos aspectos que encierran valiosas enseñanzas para nosotros.

En primer lugar podemos aprender de estos cuatro hombres a no dejar que una multitud nos impida presentarle nuestras necesidades a Jesús. La de ellos era una multitud de gente que los desanimaba a acercarse, la nuestra es, a veces, una multitud de razones que nos desanima a orar por alguien. Decimos: es que fulano es pecador empedernido, es que no tiene remedio, es que lleva años así, es que no creo que cambie, es que no tiene caso pedir por él. El Evangelio nos invita a ser audaces ante el Señor cuando intercedemos por otros, por paralíticos que parezcan...

En segundo lugar podemos aprender el valor eficaz de la oración. Cabe hacer notar que lo que mueve a actuar a Jesús no es la fe del paralítico, ni que considerara que éste lo merecía, ni siquiera que se lo hubiera pedido, no. Jesús actúa en respuesta a “*la fe de aquellos hombres*”. Esto tiene una importancia fundamental para nosotros porque es prueba contundente de que sí sirve pedirle a Dios por otros. Hay gente que dice que no tiene caso orar pues no podemos influir en Dios, pero este Evangelio, y muchas otras escenas bíblicas, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento prueban que dicho concepto es errado. Recordemos que el propio Jesús nos invita a orar, y no sólo porque es importante mantenernos en diálogo con Dios o porque es una gran obra de misericordia, sino porque nuestra oración, cuando sale del alma y brota con fe, es siempre eficaz, obtiene siempre una respuesta divina, quizá no la esperada pero seguro sí la necesaria.

En tercer lugar podemos aprender a poner ante Jesús a aquellos por quienes intercedemos, como hicieron estos cuatro, sin darle recetas, sin decirle lo que tiene que hacer, confiados en que Él sabe mejor que nosotros lo que conviene. Jesús

respondió perdonándole los pecados al paralítico. Probablemente se lo llevaron para que le quitara la parálisis física pues no veían más allá de la superficie que lo que en verdad paralizaba a este hombre eran sus pecados. Pero Jesús sí lo vio y por eso se los perdonó. Sucedió ahí un milagro superior al que esperaban: aquel hombre fue ‘desparalizado’ interiormente, y aunque seguía en su camilla había cambiado, estaba todavía con el cuerpo inmóvil, sí, pero con el alma libre, feliz. A veces por empeñarnos en querer determinada respuesta a nuestra oración no captamos que el Señor ya la ha respondido y de otra manera infinitamente mejor...

Por último, algo que cabe también hacer notar es que no siempre son los demás los paralíticos, a veces somos nosotros, y en ese sentido es reconfortante saber que el Señor atiende a quienes nos ponen delante de Él en la oración. Por ejemplo, cuando en Misa se dice: ‘no tomes en cuenta nuestros pecados sino la fe de Tu Iglesia’ siempre me viene a la mente que la Iglesia es como estos cuatro, que intercede eficazmente por nosotros poniéndonos delante de Dios, y que es la fe de la Iglesia la que Él mira, la que toma en cuenta para compadecerse de nosotros y sanarnos por dentro y por fuera...

Al final de este episodio vemos que como unos escribas criticaban a Jesús por decir que perdonaba pecados, pues sólo Dios puede perdonarlos, Él demostró tener el poder divino no sólo para sanar el alma sino también el cuerpo, pues mandó al paralítico que se levantara, tomara su camilla y se fuera a casa, lo cual éste hizo ante el asombro general.

¿Por qué condescendió el Señor a darle a la historia el final esperado? Cabe pensar que no sólo para bien del paralítico sino incluso de los que pensaban mal, a quienes buscaba hacerles ver que en realidad tenía el poder de Dios para ver si así se convertían. El Señor siempre se las arregla para que los beneficios de interceder por uno puedan alcanzar también a otros que quizá ni se lo esperan...

Este Evangelio nos deja muy consolados, con la certeza de que aun en nuestras parálisis no estamos abandonados pues siempre hay quien interceda por nosotros, pero ojalá igualmente nos deje motivados para interceder también por

otros como esos cuatro hombres, con perseverancia, audacia, sencillez y confianza.

Empujón, desierto y tentación

De entrada suena extraño, como que no es lo que esperaríamos que hubiera hecho. Parece algo ya no digamos ilógico, ni siquiera sensato. Se trata de lo que hizo el Espíritu según el Evangelio que se proclama en Misa este domingo (ver Mc 1,12-15).

Dice San Marcos que una vez que el Espíritu descendió sobre Jesús recién bautizado por Juan: *“impulsó a Jesús a retirarse al desierto, donde permaneció cuarenta días y fue tentado por Satanás”* (Mc 1, 12).

¿Que el Espíritu empujó a Jesús a qué sitio donde se topó nada menos que con quiéeeen?. Uno, a quien le han aconsejado siempre no ir ni mandar a nadie a lugares solitarios y menos si hay malas compañías (y vaya que la de Satanás no sólo es mala, es pésima), no puede menos que preguntarse qué sucedió aquí, qué buena razón pudo tener el Espíritu para impulsar a Jesús a ir allí.

Lo primero para entender esto es no ligar una frase con otra. El Espíritu no envió a Jesús a ser tentado; lo envió al desierto. Alguien podría objetar que tampoco parece un sitio muy acogedor para ir de visita, pero entonces cabe responder que hay que situar las cosas en contexto y recordar que en las Sagradas Escrituras el desierto es un lugar muy significativo, que por una parte propicia el encuentro con Dios (recordemos,

por ejemplo, que Dios hablaba con Moisés en el desierto, y se manifestaba al pueblo guiándolo como una columna de nubes de día y una columna de fuego de noche), y también es un lugar donde se prueba la fe (muchas veces en su viaje por el desierto hacia la tierra prometida, el pueblo se vio probado en su adhesión a Dios). Así pues, el que Jesús haya sido impulsado a ir al desierto antes de comenzar Su misión tiene mucho sentido. Por una parte era como ir de retiro a un sitio donde la soledad, el silencio, la naturaleza (imaginemos, por ejemplo, las maravillosas noches llenísimas de estrellas que habrá contemplado), todo se prestaba para que entrara intensamente y sin interrupciones (que luego habría de tenerlas y en abundancia) en comunión íntima con Su Padre. Y por otra era exponerse, sí, a enfrentar pruebas, pero también a superarlas, con la fuerza emanada de dicha comunión íntima, saliendo de éstas fortalecido en Su inamovible propósito de cumplir la voluntad del Padre.

¿Qué nos deja a nosotros esta experiencia de Jesús en el desierto? ¿Por qué siempre nos la presenta la Iglesia en este Primer Domingo de Cuaresma? Quizá porque de ella recibimos, entre otras, tres oportunas invitaciones.

La primera a dejarnos empujar por el Espíritu, a ser dóciles a Sus inspiraciones sabiendo que nunca nos enviará a donde la gracia de Dios no nos sostenga, y siempre nos dará lo que nos pida.

La segunda, a buscar experimentar en estos cuarenta días, como Jesús, momentos de ‘desierto’, espacios de soledad y silencio que nos permitan entrar en mayor intimidad con Dios y salir colmados de Su amor, de Su paz, de Su fortaleza.

Y la tercera es a saber que siempre enfrentaremos pruebas y dificultades pues es algo que sucede a todos, de lo que nadie, ni Jesús, se ha escapado en este mundo, y no significa que Dios nos abandone, se olvide de nosotros o no nos quiera. Aquel que permitió que Su Hijo Amadísimo las viviera, ¿por qué no habría de permitir que las vivamos nosotros? Quizá alguien diga: ‘sí, pero Jesús nada más fue tentado cuarenta días y yo llevo años enfrentando toda clase de pruebas’, a lo cual cabe hacer notar que según los estudiosos

de la Biblia, el número cuarenta es simbólico, representa un período completo de tiempo en el que algo sucede y se cumple (recordemos los cuarenta días y noches del diluvio; los cuarenta días que caminó Elías por el desierto; los cuarenta años que pasó el pueblo judío en el desierto), por lo cual cuando San Marcos dice que Jesús permaneció en el desierto cuarenta días siendo tentado por Satanás, ello puede ser tomado al pie de la letra, pero también interpretado como implicación de que durante toda Su vida Jesús, fue tentado, es decir, fue probado en Su obediencia, se vio muchas veces ante la posibilidad de seguir o no el plan de salvación para el que fue enviado, pudo, por ejemplo, hacer algo espectacular para obligar a todos a creer en Él y aniquilar a Sus enemigos, pero no lo hizo. Optó siempre por cumplir puntualmente la voluntad de Su Padre.

Estamos, pues, invitados a no espantarnos ni desanimarnos ante las tentaciones que se presenten en nuestro camino, sino a superarlas tomados firmemente de la mano de Aquel que, como dice la Carta a los Hebreos: *“A pesar de que era el Hijo, aprendió a obedecer padeciendo, y llegado a Su perfección, se convirtió en la causa de la salvación eterna para todos los que le obedecen.”* (Heb 5, 8-9).

Amor, salvación y escucha

Quizá te ha sucedido que al volver a ver una buena película u obra de arte descubres detalles en los que no te habías fijado la primera vez. Y si tienes oportunidad de verla de nuevo, sigues encontrándole más pues como ya has prestado atención a lo general puedes darte el lujo de recrearte en otros aspectos. Así sucede ahora, pero con algo infinitamente mejor que una película o pintura, se trata del Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mc 9, 2-10), que narra la escena de la Transfiguración.

Ya la he comentado dos veces en libros anteriores a éste, pero como la riqueza de la Palabra es inagotable y puede uno leerla una y otra vez y siempre encontrar algo nuevo y significativo, en esta ocasión exploremos más a fondo dos aspectos de este pasaje bíblico que narra cuando Jesús subió con tres de Sus discípulos (Simón, Santiago y Juan) a un monte donde se transfiguró en su presencia, se aparecieron Moisés y Elías y los cubrió una nube de la cual se oyó la voz del Padre que dijo: “*Éste es Mi Hijo amado, escuchadle*”.

Ahondemos en la relevancia que tiene para nosotros que esto haya sucedido en un monte y que se aparecieran Moisés y Elías.

El hecho de que Jesús subiera a un monte no fue simplemente para gozar de una bella vista sino porque en la experiencia del pueblo judío Dios solía manifestarse en lo alto de algún monte: En un monte recibió Moisés las tablas de la

Ley (ver Ex 19,16-21); en un monte le comunicó Dios al profeta Elías Su voluntad (ver 1Re 19,8-13); también la nube había sido usada por Él en el pasado para revelar Su presencia (ver Ex 19,9).

Queda así claro, para quienes presenciaron este hecho, y para nosotros hoy, que algo importante quiso Dios comunicarnos aquí, y la presencia de Moisés y Elías le da especial sentido. Recordemos que Moisés representa la Ley. ¿Qué era la Ley? El término se refiere a los mandamientos que dio Dios y que regían la vida entera de la comunidad: sus relaciones interpersonales, su trabajo, su descanso, lo que comían, en suma, cada aspecto de su vida. Por su parte Elías representa a los profetas. ¿Qué era un profeta? Un enviado por Dios para comunicar Su voluntad a la gente y también para ayudar a ésta a interpretar Sus signos e intervenciones en la historia. Para el pueblo judío la Ley y los Profetas eran fundamentales, y se sabían llamados a respetarlos y obedecerlos, pero como sus preceptos y mensajes eran tan numerosos, había quienes se preguntaban cuál era el más importante. En respuesta a esto, alguna vez Jesús afirmó que la Ley y los Profetas se resumen en un solo mandamiento: amar a Dios sobre todas las cosas y amar al prójimo como a ti mismo (ver Mt 22, 36-40).

Con ello en mente se puede captar que el hecho de que se aparezcan aquí Moisés y Elías de alguna manera simboliza que en Jesús se conjugan de manera perfecta la Ley y los Profetas, porque en Él se hace posible amar a Dios, ya que vino a librarnos del pecado que rompe la amistad con Dios, y en Él se hace posible amar al prójimo, porque Él se hizo próximo, prójimo, al haberse hecho Hombre por nosotros.

Por otra parte, cabe hacer notar que la Ley le permitía a la gente conocer cómo vivir para salvarse, y también los profetas anunciaban la salvación. Pues bien, ya no es la Ley ni los Profetas sino Jesús quien nos hace posible la vida verdadera, quien nos ofrece la salvación.

Por último hay que recordar, ¿qué se pedía de la Ley? Escucharla. Cuando Moisés comunicó al pueblo la Ley de Dios, primero les hizo un llamado a la escucha (ver Dt 5, 1). Y

¿qué se pedía para un profeta? También escucharlo. En el AT vemos que Dios promete enviar a un profeta y pide que se le escuche (ver Dt 18,15). De nuevo quedan superados la Ley y los Profetas, porque es ahora a Jesús a quien hay que escuchar, y lo pide nada menos que Dios mismo, presentándolo no como legislador o profeta sino como Su “*Hijo amado*” (Mc 9,7).

Resumiendo, la Transfiguración nos descubre que en Jesús, Dios hecho Hombre, llega a la plenitud el mandamiento de amor en la antigua Ley y se cumple la promesa divina de salvación anunciada por los profetas, y por eso es de vital importancia escucharlo.

Es interesante hacer notar que a pesar de que los discípulos estaban presenciando un despliegue visual extraordinario (la blancura de las ropas de Jesús, a Moisés y a Elías, la nube,), la voz no les pide (ni a ellos ni a nosotros) ‘mírenlo’ sino ‘escúchenlo’, es decir, abran sus oídos y su corazón a Su voz, presten atención a Sus palabras, acójanlas en el corazón, déjenlas transformar sus vidas, en verdad escúchenlo...

Prodigios

¿Has hecho una novena?, ¿una manda?, ¿has mandado decir una Misa?, ¿prendido una veladora? ¿Con qué intención?, ¿dónde se traza la línea que separa lo que se hace por devoción para significar que se encomienda especialmente alguna causa a Dios y lo que se hace con intención de forzarlo a hacer lo que le pedimos: ‘ya hice yo esto, ahora me cumples’?

Cuidado, es muy fácil confundir las cosas y creer que cierta práctica puede garantizar cierta respuesta de Dios. El otro día afuera de una parroquia estaba una señora vendiendo cajitas de doce veladoras (que suelen comprar quienes tienen la costumbre de encender una al inicio de cada mes para encomendarse a la Divina Providencia) y las anunciaba diciendo: ‘¡para que le vaya bien!’ Animaba a la gente no a confiar sino a comprar la Providencia Divina.

Lamentablemente son muchos los que buscan a Dios no por amor, no por gratitud, no porque quieran conocerlo más para cumplir mejor Su voluntad, sino por un afán milagrero, porque esperan que haga por ellos cuanto le pidan al fin que para Él no hay imposibles, y buscan asegurarse Su favor por medio de toda clase de prácticas y rituales. ¿Lo consiguen? Desde luego que no. ¿Por qué? Porque el Señor conoce las intenciones del corazón y desconfía de quienes sólo lo buscan por interés.

El Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Jn 2, 13-25) termina diciendo: *“Mientras estuvo en Jerusalén para las fiestas de Pascua, muchos creyeron en Él al ver los prodigios que hacía. Pero Jesús no se fiaba de ellos, porque los conocía a todos y no necesitaba que nadie le descubriera lo que es el hombre, porque sabía lo que hay en el hombre”* (Jn 2, 23-25). Qué tremendo descubrir que había tantos de los que Jesús no se fiaba. Y ya sabemos que hizo bien en no fiarse de ellos pues entre esos que creyeron en Él seguramente hubo muchos que luego estuvieron entre quienes gritaban ‘¡crucifícale, crucifícale!’ ¿Cómo se explica tan drástico cambio? Cabe suponer que porque como creyeron en Él sólo por los prodigios que hacía, sin duda esperaban que hiciera por ellos los prodigios que le pidieran y quedaron decepcionados cuando no les cumplió lo que deseaban.

Y es que Dios no siempre hace lo que le pedimos, pero no porque no pueda (claro que puede y muchas veces concede milagros), no porque no le importen nuestras súplicas, sino porque a veces pedimos lo que no conviene.

Dice San Agustín que Dios misericordiosamente nos atiende y misericordiosamente nos desatiende, es decir que Su respuesta hacia nosotros es siempre fruto de Su infinita misericordia, siempre con el propósito de hacernos el mayor beneficio.

Y en este sentido hay que resaltar que es una pena que por estar esperando los prodigios que a nosotros se nos ocurren no nos demos cuenta de tres cosas: primero, que nos ha colmado ya de prodigios (como la vida, la salud, el cariño de nuestros seres queridos, la belleza de la Creación, etc.); segundo, que nos invita a que realicemos nosotros verdaderos prodigios imitándolo en el perdón, en el amor, en dar sin esperar recompensa, en edificar la justicia, en abrir los corazones a Su paz, y tercero, y lo más importante: que Él ha realizado ya el mayor prodigio de todos: haber venido a compartir nuestra condición humana, haber muerto para rescatarnos de nuestros pecados y, lo mejor, lo que leemos en este Evangelio dominical que prometió cuando anunció que reconstruiría el templo en tres días, refiriéndose a Sí mismo, y

lo cumplió: Su Resurrección, mediante la cual derrotó la muerte y nos llamó a la vida eterna, ¿qué mayor prodigio que ése puede haber?

Es frágil y engañosa la fe que sólo busca a Dios para ver qué le saca; queda fácilmente defraudada. Y es que Dios no está para cumplir nuestra voluntad, somos nosotros los que debemos amoldarnos a la Suya, y no por una cuestión de poder, no porque Él lo puede todo y nosotros no podemos nada, sino por una cuestión de amor, porque sabemos que nos creó porque nos ama y prodigiosamente nos concede y propone sólo aquello que es para nuestro verdadero bien, de lo cual se desprende que podemos confiadamente vivir no para recibir de Él lo que queremos, sino para querer lo que de Él recibimos.

¿Cuál salvación?

Hablar de salvación a muchos les suena exagerado y hasta ridículo, como salido de la perorata fanática de uno de esos predicadores ambulantes que van por la calle vociferando frases amenazadoras y suelen ser recibidos con miradas de burla, picardías, encogimiento de hombros y una que otra mirada de conmiseración. Y sin embargo, por muy maltratado que esté el término, la verdad es que sí es necesaria, indispensable, cabría decir, la salvación. Basta echar una mirada a los periódicos y noticieros, basta platicar con alguien de la situación actual para comprender que nos urge ser salvados del odio que carcome los corazones y se traduce en violencia que va en aumento cada día; de la avaricia que mueve a muchos a dejar sin nada a otros; de la indiferencia con que contemplamos el mal que nos rodea; de la facilidad con que vemos como normal lo que no lo es; de la postración moral en la que vivimos. De todo eso necesitamos salvarnos. Pero ¿cómo?

Algunos proponen salvar al mundo con programas económicos que aseguren que todos tengan todo, pero se estrellan contra el egoísmo y la avaricia de quienes no están dispuestos a compartir sus bienes con los demás; otros aseguran que el mundo se salvará con más represión, más policías, más cárceles, peores castigos, pero se estrellan contra el tremendo poder de los delincuentes que pueden comprar o matar a quienes se les oponen; hay quienes ven en la

educación la salvación, pero tener conocimientos no necesariamente conlleva usarlos para beneficiar a otros. Podrían seguirse enumerando las soluciones que ofrece el mundo pero es inútil porque todas son insuficientes, inapropiadas para resolver de veras la situación. Entonces cabe preguntar ¿qué hacer?, ¿qué salida encontrar?, ¿existe alguna? La respuesta nos la da Jesús en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Jn 3, 14-21), con una afirmación estremecedora: *“tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a Su Hijo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salvara por Él.”* (Jn 3, 16-17). Reflexionemos en tres puntos:

1. Dios envió a Su Hijo único, no a uno entre muchos, sino al Único, al que hace quince días lo escuchábamos llamar: *“Mi Hijo Amado”* (Mc 9,7), y lo envió no porque el mundo se lo mereciera, sino porque el mundo lo necesitaba desesperadamente, es decir, lo envió a un mundo pecador, urgido de salvación. Su amor total acudió en auxilio de nuestra impotencia total.

2. La salvación nos viene por Jesucristo. No hay otro camino, no hay otra salida. Si el ser humano se empeña en salir adelante por sí mismo, prescindiendo de Dios, fracasa estrepitosamente. Ya lo estamos viendo. A lo largo de nuestra historia ha habido líderes y políticos resentidos con la Iglesia que por atacarla a ella han atacado la fe, empeñándose en sacar a Dios de la vida familiar, educativa, social, cultural, económica. Y el resultado ha sido desastroso: una sociedad egoísta, corrupta, hedonista, violenta, abusiva, en la que cada uno hace lo que le parece sin considerar a los demás ni creer que algún día tendrá que rendir cuentas de todas sus acciones ante un Juez Misericordioso pero Justo, al que no podrá sobornar, engañar o evadir...

Todas las respuestas que puedan ocurrirnos para salvar al mundo serán insuficientes si no empiezan por algo que sólo Dios puede lograr: convertir, transformar el corazón, el interior de cada ser humano para que no por obligación sino por una convicción motivada por la gracia divina rechace el

mal y se abra al bien: al amor, a la verdad, a la justicia, al perdón, a la paz.

3. Así, mientras la gente se espanta del caos y busca inútilmente salidas, sigue resonando la voz del Señor que muestra el camino y anuncia que la única salvación consiste en tener fe en Él y expresarla en obras, en acciones concretas que prueben que se ha acogido en la propia vida Su proyecto salvador, un proyecto que inicia aquí pero no termina aquí, pues no se limita a resolver los problemas mundanos, sino que tiene un alcance más hondo porque libera del pecado y de la muerte y nos alcanza la vida eterna.

Desgraciadamente el mensaje del Evangelio ha caído y sigue cayendo en muchos oídos sordos. Lamenta Jesús: *“habiendo venido la luz del mundo, los hombres prefirieron las tinieblas...”* (Jn 3, 19).

¿Hasta cuándo nos daremos cuenta de que por más que nos afanemos por salir de la oscuridad que nos envuelve, si damos la espalda a la salvación que nos ofrece Aquel que vino a iluminarnos continuaremos caminando siempre sobre nuestras propias sombras?

Rendición

En esta ocasión quisiera compartir esta oración, surgida a partir de una experiencia de conversión y basada en la última frase que dice Jesús en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Jn 12,32).

Señor:

Dijiste
que cuando fueras elevado a lo alto
atraerías a todos hacia Ti

me estremece pensar
que anticipaste
que me atraerías a mí
que te he mirado con recelo
con desdén
con fastidio

que te he considerado opio
muleta
invento absurdo
causa de todo mal

que he pasado miles de veces frente a Ti
sin advertir
ni creer
que estás clavado
para liberarme

con los brazos en cruz
para acogerme

y que de Tus heridas abiertas
brota vida

no te cansaste
de salirme al encuentro

y en cambio a mí
me fatigaron
las vueltas que tuve que dar
para eludirte

fue inútil
atribuir Tus huellas a la casualidad
insistir
en llamarte coincidencia

Presencia irreal,
te me hiciste tangible
Dios lejano
susurraste a mi oído
Amante pertinaz
me has cercado
hasta hacerme imposible
el ignorarte

Cristo Crucificado
enséñame a admitir
cuánto te necesito

dame descanso
y llévame
a navegar en Tu madero
por un mar
de tormentas acalladas
 hasta el puerto seguro
 en que me esperas

*Del libro de Alejandra Ma. Sosa E. '**Camino de la Cruz a la Vida**', Ediciones 72, 2ª edición, México, D.F., 2003, pp.148-149;

Secreto descubierto

¿Cuándo puedes darle a conocer a alguien un secreto que para su bien habías estado guardando con mucho cuidado? Cuando ya no puede afectarle negativamente. Esta razón es sin duda la que motivó a Jesús para permitir que se descubriera un gran secreto Suyo, según podemos deducir de lo que narra el Evangelio que se proclama este Domingo de Ramos (ver Mc 14, 1-15,47).

¿De qué secreto se trata? De uno que también se menciona en otros Evangelios pero que es más propio del Evangelio según San Marcos, y es conocido como el ‘secreto mesiánico’, llamado así en referencia a que Jesús quería mantener en secreto que Él era el Mesías.

¿Por qué no quería Jesús que eso se supiera? Para entenderlo cabe aclarar primero que quiere decir ‘Mesías’. Es un término hebreo (cuyo equivalente en griego es ‘Cristo’) y significa ‘Ungido’. Desde tiempos del Antiguo Testamento vemos que se acostumbraba ungir con aceite a quien era designado para cumplir un cargo o misión importante, (por ejemplo como rey o sacerdote) y que Dios había prometido que enviaría a Su Mesías (es decir, a Su Ungido, al Cristo) como Salvador de Su pueblo. El problema es que el pueblo solía entender esto de la salvación en un sentido político. Como estaban hartos y humillados de estar sometidos a los paganos romanos, tenían la certeza de que Dios enviaría a Su Ungido a organizar algún tipo de guerra de independencia para

liberarlos por fin y devolverles su libertad y dignidad. No les cabía en la cabeza que Dios tenía otros planes, y que, como lo que más le interesaba era la salvación del alma, enviaría a un Mesías que no llegaría en plan de conquistador a arrasar enemigos, sino a predicar el amor, a optar y mostrar caminos de paz y de perdón; y que, como vemos al inicio del Evangelio, haría Su entrada ‘triumfal’ no sobre un brioso corcel y al frente de un ejército formidable sino montado ¡en un burrito!, la cabalgadura más humilde y sencilla que podía encontrarse, porque vendría no a imponerse sino a proponerse, no a sangre y fuego sino a sangre, sí, pero no la de otros sino la Suya propia, a fuego, sí, pero no para quemar las casas sino para incendiar los corazones con Su Espíritu Santo.

Jesús era el Mesías esperado más inesperado. Y como se daba cuenta de que lo que Él ofrecía no siempre correspondía a las expectativas de la gente no revelaba Su identidad y buscaba impedir que otros la revelaran. Una y otra vez en el Evangelio lo vemos callando a los demonios que exorciza cuando por querer arruinarle Sus planes, se ponían a gritar Quién era Él (ver Mc 1,34; 3,11); pedía a quienes concedía algún milagro que no se lo contaran a nadie (ver Mc 1,44; 5,43; 7,36) y cuando preguntó a Sus discípulos qué decían ellos de Él y Pedro respondió inspiradamente: “*Tú eres el Cristo*”, les mandó enérgicamente que a nadie se lo dijeran (ver Mc 8,29-30).

Jesús no quería que se supiera Quién era, pero no podía evitar que la gente se preguntara. Y así vemos que poco a poco, a lo largo del Evangelio se va formando implícitamente una interrogación que incrementa la curiosidad: ¿quién es éste?, ¿quién es éste que expone con autoridad una doctrina nueva? (ver Mc 1, 27); ¿quién es éste que se atreve a decir que perdona pecados? (ver Mc 2,7), “*¿quién es éste que hasta el mar y el viento le obedecen?*” (Mc 4,41), ¿quién es?

Pero la pregunta queda en el aire, y el secreto se mantiene sigilosamente hasta que puede ser por fin plenamente respondido sin riesgo de confusión, ¿dónde?, en el Calvario, ¿cuándo?, cuando muere Jesús. Sólo entonces, sólo cuando el Mesías, el Salvador enviado por el Padre pende de un madero

y da la vida flagelado, escupido, coronado de espinas, despreciado por los hombres, abandonado por Sus amigos, clavado en la cruz, que era el castigo destinado a los peores y más ruines criminales, se revela por fin aquel secreto. Cuando ya no es posible malinterpretarlo. Cuando está a la vista que este Salvador es muy distinto a lo que se pensaba y de pronto se capta que lo que se pensaba es nada comparado con lo que Él es, y que una salvación política no se compara a la que Él vino a ofrecer, para rescatar a todos, no sólo a unos cuantos, del pecado y de la muerte para siempre.

Queda revelado el secreto y quien lo revela es, qué ironía, no un miembro del pueblo al que estaba inicialmente destinado, sino un fuereño, un pagano, un centurión, alguien que hasta entonces no creía tener esperanza de salvación, pero que al ver morir a Jesús exclama veraz y emocionadamente: “*¡En verdad este hombre era Hijo de Dios!*” (Mc 15, 39), extraordinaria profesión de fe que sin duda sirvió de ejemplo para incontables romanos a los que el Evangelio de Marcos estaba principalmente dirigido, y sigue sirviéndonos a nosotros dos mil años después.

La conclusión de este hombre no se debió a que hubiera visto los signos que acompañaron la muerte de Jesús (la oscuridad, el velo rasgado del templo, ver Mc 15, 33.38); el evangelista aclara que fue porque lo vio morir. Cabe suponer que captó que había algo sobrenatural en este hombre tan maltratado y tan sereno, tan sufriente y tan capaz de mantener el más profundo amor en Su mirada. Decía un científico ateo que estudió la Sábana Santa que lo que lo impactó y convirtió fue percibir tal serenidad en el rostro de un hombre que padeció tantas torturas.

Es en la cruz donde se revela el secreto del Salvador, donde queda al descubierto qué clase de Mesías es, donde comprobamos con azoro y gratitud que pudiendo haber optado por mantenerse por encima de nosotros con intención de dominarnos aceptó en cambio bajar hasta el extremo con tal de rescatarnos.

Recados

¿Te ha sucedido que algo que has dicho o hecho ha lastimado a algún amigo o amiga del alma, y cuando lo dijiste o hiciste te diste cuenta y te arrepentiste de inmediato pero ya no había remedio? Algo así le sucedió a Pedro según se nos ha narrado tres veces el Evangelio en los últimos días: el Domingo de Ramos, el martes de Semana Santa y el Viernes Santo.

En la Última Cena cuando Jesús anunció que todos lo abandonarían Pedro aseguró que él no sólo no lo abandonaría sino que daría la vida por Él. Jesús le exhortó suavemente a no presumir, avisándole que antes de que el gallo cantara dos veces él lo negaría tres, pero Pedro no lo aceptó; estaba demasiado confiado en sus propias fuerzas y en su amor por el Maestro, pero a la hora de la hora, cuando aprehendieron a Jesús y se lo llevaron, lo siguió de lejos para no comprometerse, y cuando alguien lo reconoció y lo señaló públicamente como uno de los seguidores de Jesús, lo negó. Cantó entonces el gallo una primera vez: se le dio así la oportunidad para recordar las palabras del Señor y enmendarse a tiempo, pero la desaprovechó. Luego dos veces más fue señalado y dos veces más no sólo negó conocer a Jesús sino que incluso lo hizo echando “*maldiciones y juramentos*” (Mc 14,71). Cantó entonces el gallo por segunda vez y fue entonces cuando se dio cuenta cabal de que se había cumplido su anunciada caída y, avergonzado, rompió a llorar.

¿Qué queda cuando ya se dijo o se hizo algo hiriente? Uno no puede cambiar aquello, por mucho que quisiera, no es posible regresar el tiempo para borrar las palabras o los hechos; y tampoco cabe esperar que a la persona herida se le olvide. Hay frases o acciones que sin querer se encajan en los recuerdos como una espina que duele cada vez que se toca. ¿Qué queda entonces? ¿Cargar irremediabilmente con la culpa y el remordimiento? ¿Caer en la desesperanza? No. Queda todavía una salida: esperar lo inesperado, recibir lo inmerecido: el perdón. Un perdón gratuito, sanador, total; un perdón que no deje duda al ofensor de que ha sido perdonado. Un perdón como el que le dio Jesús a Pedro.

Cuenta el Evangelio que se proclama en la Vigilia Pascual (ver Mc 16, 1-7) que cuando al amanecer del domingo algunas mujeres llegaron al sepulcro con intención de embalsamar el cadáver de Jesús, encontraron el sepulcro vacío y a un joven vestido de blanco que les pidió que no tuvieran miedo, les reveló que Jesús no estaba allí pues había resucitado, y les dio un recado de Su parte: “*Vayan a decirles a Sus discípulos y a Pedro: ‘Él irá delante de ustedes a Galilea. Allí lo verán’*” (Mc 16,7).

Llama la atención ese: ‘y a Pedro’. ¿Por qué lo menciona en forma especial? Porque quería dejarle bien claro que el recado lo incluía a él.

Es que pensemos por un momento cómo se ha de haber sentido Pedro la noche en que negó a su Señor. Se fue llorando, quizá a su casa. Solo. Demasiado abochornado como para contarle a alguien lo que había hecho y mucho menos mirar a los ojos a los otros discípulos, no se diga a María, la Madre de Aquel de quien se acababa de deslindar tan escandalosamente. Y quizá se sentó en su camastro, sin prender ni una luz, envuelto en sombras por fuera y por dentro, decepcionado de sí mismo, repasando una y otra vez sus fanfarronadas durante la cena y sus groseros juramentos después. Posiblemente se pasó la noche en vela, desgarrándose el alma, recordando que de Jesús sólo había recibido bendiciones, y ¡qué mal había correspondido! Y lo peor de todo es que a pesar de sentirse muy apenado de su reacción, ni

aun entonces se atrevía a ir a dar la cara por Él. Seguía aterrado, sumido en una debilidad que detestaba pero de la que por sí mismo no podía salir. Quizá por ello no se le menciona en los relatos del Calvario; no fue él sino un desconocido el que ayudó a Jesús a cargar el madero; no fue él sino Juan quien estuvo con María al pie de la cruz; no fue él sino José de Arimatea quien solicitó a Pilato el cuerpo de Jesús, lo descolgó y, acompañado de Nicodemo, le dio sepultura; no fue él sino las mujeres quienes se fijaron en dónde lo ponían. Pedro ha de haber estado sumido en una profunda tiniebla de la que nadie podía sacarlo, sólo Aquel que vino a este mundo a romper con Su Luz la oscuridad; sólo Aquel que mantuvo intacto Su amor aun después de ser objeto de una triple negación; sólo Aquel que no sólo lo comprendió sino lo perdonó y se lo quiso hacer saber.

Y así, cuando alguien fue a darle a Pedro la noticia de que Jesús resucitó y los esperaba en Galilea, quizá la primera reacción del apóstol fue negarse a ir pensando que no tenía ‘cara’ con qué presentarse ante Jesús. Pero cuando le dieron la segunda parte del recado, ¡cómo le habrá cambiado esa cara! ¿Te la imaginas? Es la favorita de Dios, la que ponemos cuando correspondemos mal a Su fidelidad y descubrimos azorados que sin embargo no nos abandona, se mantiene fiel, nos da otra oportunidad; la que ponemos cuando salimos del confesionario sabiéndonos incondicionalmente amados y perdonados; la que podemos poner este Domingo de Pascua al oír ese misericordioso recado porque no es sólo para Pedro.

Tenemos una cita con el Resucitado, y nuestros pecados no son pretexto para no acudir porque Él los conoce y aun así nos ha mandado avisar que nos espera. Sí. En especial a nosotros. A ti y a mí.

Fuente de paz

¿Tienes paz? ¿Sientes esa tranquilidad interior, ese sosiego que te deja el alma gozosamente serena? Y, si la tienes, ¿puedes perderla? ¿Por qué? ¿Qué puede provocar que pierdas la paz?

Se preguntó a numerosas personas, de las más diversas edades y condiciones, qué les robaba la paz. Prácticamente todas coincidieron en mencionar alguna de estas tres causas: el miedo (miedo a la violencia, a la falta de dinero, a la soledad, a la enfermedad, a vivir una vejez achacosa, y, desde luego, a la muerte); el sufrimiento (dolor físico o moral), y la propia conciencia (que remuerde cuando se ha hecho algo malo).

Recordé esto al leer el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Jn 20, 19-31), pues de alguna manera responde a cada una de esas tres causas mencionadas por la gente y ofrece un remedio infalible para no perder nunca la paz. Veamos de qué manera.

Con relación al miedo

Narra el evangelista que *“estando cerradas las puertas de la casa donde se hallaban los discípulos, por miedo a los judíos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: ‘La paz esté con ustedes’...”* (Jn 20, 19).

Imagínate la escena: los discípulos encerrados a piedra y lodo, temiendo que pueden venir por ellos los que condenaron a morir a su Maestro; cualquier ruido los

sobresalta, y de pronto se presenta Jesús Resucitado, que les comunica Su paz y todo cambia. ¿Por qué? Porque Su sola presencia es prueba palpable (y bien ‘palpable’, en el amplio sentido de la palabra) de que resucitó, es decir, que fue capaz de derrotar a la muerte, de penetrar la realidad más negra e irremediable del ser humano, el sepulcro, y abrirle una salida. Si ellos comprenden que con el Resucitado a su lado, no tienen nada que temer, nosotros, que también lo tenemos a nuestro lado, estamos llamados también a abandonar todo temor, pero ojo, no por creer que Él nos va a librar de experimentar dificultades, sino por saber que Aquel que nos ama a morir - pues dio Su vida por nosotros- y tiene todo poder -puesto que fue capaz de derrotar incluso la muerte- está Vivo y Presente en nuestra vida y en todo interviene para bien, por lo que sólo permitirá que nos suceda cuanto sea para nuestro bien y salvación. Podemos decir como el salmista: *“El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién me hará temblar?”* (Sal 27,1).

Con relación al sufrimiento

En seguida cuenta San Juan que Jesús *“les dijo: ‘La paz esté con ustedes’ y dicho esto les mostró las manos y el costado”* (Jn 20, 19-20). ¿Por qué el Resucitado lleva todavía las marcas de la crucifixión? Quizá para que quienes lo contemplan comprendan que hubo una poderosa razón para Su sufrimiento, que tuvo sentido, que fue redentor, que, como dijo el profeta Isaías, *“Él soportó el castigo que nos trae la paz”* (Is 53, 5b). Ello significa que cuando se sufre (y todo el mundo tarde o temprano enfrenta algún sufrimiento inevitable) se puede eludir el agobio y mantener la paz sólo si se le halla sentido, propósito al sufrimiento, ¿cómo? uniéndolo al de Cristo, ofreciéndolo por amor a Él y para interceder por muchos y para crecer en santidad. Así, el sufrimiento deja de ser enemigo que nos desasosiega y nos hace rabiarse, y convertirse en camino de salvación y vida.

Con relación a lo que remuerde la conciencia

Dice también San Juan que luego de darles de nuevo la paz, Jesús les dio el poder a Sus apóstoles (y obviamente a los sucesores de éstos) para perdonar los pecados. Quienes mencionaron que era su conciencia la que no los dejaba en paz, tienen un remedio a su alcance: reconciliarse con el Señor y al recibir Su perdón proclamar, como el salmista: “*Alma mía, recobra tu calma, que el Señor fue bueno contigo*” (Sal 116,7). Resulta muy significativo que este domingo, en que se celebra la Fiesta de la Divina Misericordia, se nos recuerde cómo surgió el Sacramento de la Reconciliación, fuente inagotable de misericordia y de paz que el Señor no se cansa de derramar sobre la humanidad.

Para terminar sólo cabe hacer notar que a pesar de que nosotros encontramos fácilmente razones para perder la paz, en el Evangelio dominical escuchamos al Señor insistir tres veces en decir: “*la paz esté con ustedes*”(Jn 20,19). Conmueve que no sólo nos anime a recibirla, sino haya hecho hasta lo imposible para que podamos mantenerla...

Convencimiento

Para que les quede clarísimo, para que no quepa en su cabeza ni la más pequeña duda, ya no les pide fe ciega, les ofrece comprobación palpable, pruebas sólidas, verificables, irrefutables.

Cada vez que Jesús se aparece a Sus discípulos después de haber resucitado los invita a confirmar que no están alucinando ni viendo un fantasma, sino que están realmente ante Él, en persona.

La semana pasada leíamos en el Evangelio que Jesús invitó al apóstol Tomás a poner su dedo en las llagas de los clavos y a meter su mano en la herida del costado. En el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Lc 24, 35-48) Jesús pide a Sus discípulos que lo toquen para convencerse de que no es un espíritu, les hace notar que tiene carne y huesos, e incluso les pide algo de comer.

¿Por qué esta insistencia de Jesús en demostrarles a Sus apóstoles que Su Resurrección es un hecho real y patente? Porque prometió que resucitaría, y si no lo hubiera cumplido, si todo hubiera terminado con Su muerte y sepultura y Él se hubiera quedado encerrado en la irremediable corrupción del sepulcro no tendría sentido creer en Él.

Y es que la fe en Cristo no se basa en que fuera un gran hombre (pues ha habido muchos grandes hombres en la historia y no por ello los seguimos); tampoco en que fuera un gran predicador (pues a veces, hay que reconocerlo, resultaba

muy incómodo escucharlo, por ejemplo cuando pedía cosas difíciles de cumplir como poner la otra mejilla y bendecir a los que nos maldicen); ni siquiera en que se hubiera dejado matar por amor a nosotros (por admirable y sacrificado que nos pareciera). No. La fe en Cristo se apuntala en Su Resurrección.

Es a partir de este evento extraordinario que hasta entonces ni Sus más allegados habían comprendido o siquiera creído posible, que brota la fe en Él porque se descubre que era cierto todo lo que dijo. Que sí es el Hijo de Dios; que sí es el Camino, la Verdad y la Vida. La fe en Cristo es, necesariamente, fe en el Resucitado. Ya lo dijo San Pablo: si Cristo no hubiera vencido a la muerte, nuestra fe en Él sería en vano y seríamos los más infelices, pero no es así pues sí resucitó (ver 1Cor 15, 12-20).

Se comprende por qué resultaba tan importante que los apóstoles tuvieran esa certeza. Y es que imaginemos si podemos, el terremoto interior que sufrieron los apóstoles cuando luego de haberlo dejado todo para seguir al Señor, convivir con Él varios años, amándolo y admirándolo cada vez más, Aquel que revivió muertos, curó enfermos incurables, calmó tempestades, etc. de pronto fue rechazado por los dirigentes del pueblo, aprehendido, condenado, escupido, humillado, coronado de espinas, flagelado salvajemente, cargado con tremendo madero, clavado en éste y crucificado entre malhechores, sufriendo así la muerte más vergonzosa.

Podemos suponer que cuando todo ese horror terminó y Su amadísimo Maestro inerte, traspasado por una lanza y cubierto de sangre fue sepultado, realmente tocaron fondo. Su fe quedó hecha añicos y su esperanza perdida. Fue sin duda el día más negro de su historia, el más desgarrador, el más agobiante y deprimente. Entonces, cuando tres días después les comenzaron a llegar las noticias desconcertantes del sepulcro vacío y del encuentro del Resucitado con algunas de las personas de su grupo, no lo podían creer.

En los cuatro Evangelios se menciona que los apóstoles dudaban, que no daban crédito a aquellos relatos. Lo que experimentaron al verlo morir en la cruz fue demasiado terrible e inolvidable, recuerdos que seguramente los

atormentaban de día y no los dejaban dormir de noche. Y no sólo se sentían desesperadamente tristes sino también aterrados. Tenía pavor de correr la misma suerte. Como se ve no era fácil que salieran de ese estado. No bastaban unos cuantos testimonios considerados de antemano fantasiosos por provenir de mujeres (ver Lc 24, 9-11). No bastaba siquiera el asombro de quien fue al sepulcro y lo encontró vacío (ver Lc 24,12). Para sanar la sacudida de haber visto muerto a Su Maestro se necesitaba la sacudida de verlo resucitado. Y eso es precisamente lo que recibieron. Y su experiencia los transformó por completo. Los iluminó, los alegró, los fortaleció, los capacitó para convertirse en testigos. Testigos que nos hablan ahora a nosotros desde las páginas del Evangelio, y quieren que sus voces resuenen en nuestras corazones para que también nosotros, como ellos, seamos transformados, iluminados, alegros y fortalecidos, y, sabiendo que la Resurrección fue un hecho real, nos convirtamos en convencidos testigos del Señor Resucitado, porque Él sigue Vivo y Presente entre nosotros.

Ovejas del Buen Pastor

¿Has tenido algún encuentro cercano con un rebaño de ovejas? Y no me refiero a partidarios de ningún partido político, sino a ovejas de a de veras, de esas blanquitas, algonosas, que balan (no de echar bala sino de hacer beeeeee). Lo más probable es que, si vives en la ciudad, respondas que no, que lo más cerca ha sido verlas a través del cristal de un vehículo en movimiento, como parte pintoresca de un paisaje de carretera (¡¡mira!!, ¡¡qué bonitos los borreguitos!!). Pero no te sientas mal, en tu caso estamos muchos y no pasa nada, excepto cuando se proclama el Evangelio de este domingo en Misa (ver Jn 10, 11-18). Entonces sí nuestra ignorancia no nos deja comprender cabalmente a qué se refiere Jesús cuando dice: “*Yo soy el Buen Pastor*” (Jn 10, 11).

Para ayudarnos en ese sentido recuerdo que un padre contaba que conoció a una familia cuyo hijo era pastor, y sucedió que un día el muchacho se fue a la capital del estado a estudiar, pero a los pocos días su papá lo llamó para pedirle que regresara porque desde su partida las ovejitas estaban todas ‘destanteadas’, no querían comer, no obedecían al nuevo muchacho que las cuidaba y al papá le preocupaba que se enfermaran y murieran. Así que el joven aquel tuvo que regresar para pasar un buen tiempo ayudando a las ovejitas a acostumbrarse a la voz y a los silbidos del nuevo pastor. Explicaba el padre que a quien no convive con las ovejas todas

le parecen iguales, pero no al pastor. Él distingue a cada una, conoce sus características, sabe qué cuidado especial necesita, cuál es más lenta o más traviesa o tiende más a extraviarse o se enferma más seguido. Y a cada una le da lo que le hace falta. Entre él y ellas hay una convivencia intensa, diaria. Desde temprano las conduce a pastar; como ellas no beben agua corriente (no como sinónimo de barata sino de que corre, es decir, agua de río), por temor a ser arrastradas, él tiene que excavar un hueco cerca de un río y llenarlo de agua o encontrar un manantial o cuando menos un charco para que ellas puedan acercarse a beber (es que, por paradójico que parezca, el agua de charco no es corriente). Y si cuando están cargadas de lana se caen y no tienen fuerza para levantarse, él usa su cayado (ese bastón largo con una curva en la parte superior) para ayudarlas a incorporarse. Y no sólo las pastorea todo el día sino que las protege de noche, descansando entre ellas que, sin saberlo le corresponden cobijándolo con su mullida suavidad y calor. Todo lo anterior contribuye a que entre el pastor y las ovejas se vaya creando un lazo muy especial, de total confianza y dependencia por parte de ellas, y de total atención y afecto por parte de él.

Saberlo nos permite, ahora sí, comprender, y más aún, estremecernos, cuando Jesús afirma reiteradamente que Él es el Buen Pastor y cuando ofrece como pruebas irrefutables de ello, que da la vida por Sus ovejas (ver Jn 10,11), que las conoce y que ellas lo conocen a Él (ver Jn 10,14).

Consideremos lo que significan cada una de estas tres razones.

Que da la vida por Sus ovejas

Jesús ha dicho que no hay amor más grande que el de quien da la vida por sus amigos (ver Jn 15,13). Y San Pablo nos ha hecho notar que la prueba de que Jesús nos ama es que dio la vida por nosotros pecadores que no lo merecíamos (ver Rom 5,8). Y quizá cabe entender esto no sólo en el sentido de morir sino también en el de darnos como regalo la vida eterna. ¡En verdad Jesús es el Buen Pastor que quiere tener consigo a Su rebaño para siempre!

Que conoce a Sus ovejas

En la Biblia el verbo ‘conocer’ no se refiere a un conocimiento superficial, ‘de vista’, sino a una relación personal, íntima. Al decir que conoce a Sus ovejas se refiere a que tiene con nosotros una relación así, una cercanía total, que distingue a cada uno y le dedica todo Su interés, toda Su atención, todo Su amor; que sabe y se interesa por todo lo que nos pasa, por todo lo que te pasa; que está siempre pendiente e interviene eficaz y oportunamente en todo para bien.

Que ellas lo conocen a Él

Aunque ellas sólo conocen de él su voz y el sonido de sus pasos, en el toque de Sus manos y la firmeza de su cayado perciben que las cuida y eso les basta para seguirlo, para dejarse conducir por Él.

No es casualidad que en estos días en que nuestro país está viviendo una situación muy difícil, la Palabra, como siempre viva y eficaz, nos recuerde que somos ovejas del Buen Pastor, de Aquel que nos ha amado hasta dar la vida, y que aunque en estos momentos nos sintamos quizá un poco perdidos y asustados no debemos desesperar pues Él jamás nos abandona. Ya lo dijo el salmista:

*“El Señor es mi pastor
nada me falta
en verdes praderas me hace recostar
me conduce hacia fuentes tranquilas
y repara mis fuerzas
Aunque camine por cañadas oscuras
nada temo, porque Tú vas conmigo
Tu vara y tu cayado me sosiegan”*
(Sal 23, 4).

Sarmientos

Hay personas en tu vida a las que sólo encuentras en ciertos lugares a donde asistes, por ejemplo cuando vas a trabajar o a estudiar o a un comercio o a pagar un servicio, etc. pero fuera de allí no las ves nunca porque no hay interés ni tuyo ni suyo en entablar una amistad, y si por alguna causa ya no regresas a ese sitio donde las encontrabas y no las vuelves a ver nunca no te importa y probablemente a ellas tampoco.

Sucedo algo muy distinto si estableces una relación personal de amistad con alguna de ellas. Entonces ya no te conformas con ver a esa persona por casualidad o coincidencia sólo en determinado lugar, sino que buscas propiciar encuentros fuera de allí para charlar y disfrutar de su compañía. Esto se nota mucho entre jóvenes que asisten a clases. Durante las vacaciones se olvidan de sus compañeros pero no de sus ‘cuates’. Con ellos se mantienen en contacto, se envían mensajitos en el celular, se mandan correos electrónicos y, desde luego, se ven. Hay amistad mutua y voluntad de conservarla.

Reflexionaba al respecto en estos días en que debido a la epidemia de influenza se pidió a las iglesias del Distrito Federal que suspendieran las Misas dos domingos. Pensé que esta medida pondría de manifiesto qué clase de relación tiene cada uno con Dios, si la de un conocido olvidable o la de un amigo indispensable.

Para quienes Dios es Alguien al que sólo se encuentra cuando se va a un sitio específico (en este caso cada ocho días en Misa) pero con quien fuera de allí no hay relación y al que cuando no se le ve se le olvida, el no poder ir a Misa les dejó un vacío que no supieron llenar, una ausencia que propició el olvido, la distracción, el dedicar el domingo a otras cosas.

En cambio, para quienes Dios es ese Amigo amado, en el que se piensa mucho y con quien se mantiene continua comunicación, el no poder ir a encontrarse directamente con Él en Misa se tomó como un desafío, una invitación para ingeniárselas y mantener la cercanía a pesar de todo, buscar tender puentes que mitigaran la ausencia, por ejemplo siguiendo la Misa a través de la radio, la tele o el internet; abriendo un espacio a la oración, a la reflexión, a leer, escuchar, a saborear y meditar Su Palabra, a mantenerse en comunión con Él.

Sobra decir que esto último es lo mejor, ¿por qué?, porque es lo que el Señor prefiere y lo que más nos conviene. En el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Jn 15, 1-8) Jesús dice que Él es como una vid (esa bella planta de enredadera que da racimos de uvas) y nosotros somos como los sarmientos (esas ramitas delgaditas y rizadas de la vid), y algo muy significativo: en apenas ocho versículos que conforman este texto, enfatiza siete veces la importancia de permanecer en Él y seis veces la de dar frutos. Eso quiere decir que hay que ponerle atención a esos dos conceptos: permanecer en Él y dar fruto. Empecemos por el primero.

¿Qué significa permanecer en Él? Manternos unidos a Él, no sentirnos autosuficientes, no creer que podemos olvidarnos o apartarnos de Él y seguir como si nada, porque sólo Él es la fuente de nuestra vida, sólo Él nos sustenta y nos sostiene. Dice Jesús que el sarmiento que se separa de la vida se seca y es recogido y arrojado al fuego (ver Jn 15, 6), pero el que permanece en la vid da fruto abundante. Y afirma que la gloria de Su Padre consiste en que demos mucho fruto (ver Jn 15,8). Pasamos así a considerar el segundo concepto.

De entrada lo de tener que dar frutos puede resultar inquietante para aquellos que acuden a la religión buscando

únicamente qué pueden sacar, no qué pueden dar, y le piden y le piden a Dios sin darle nunca nada (a veces ni las gracias), pues creen que sólo les toca recibir y al Todopoderoso dar. ¿Por qué nos pide Dios que demos frutos? Porque, como todo lo que nos pide, es lo que más nos beneficia. Dar frutos nos hace plenos y felices, y no sólo a nosotros, sino a quienes nos rodean.

Para entender esto hay que considerar en qué consiste dar frutos, cuáles son los que debemos dar. San Pablo menciona, entre otros, el amor, la alegría, la paz, la paciencia, la bondad, la afabilidad, la fidelidad, la mansedumbre, el dominio propio (ver Gal 5,22).

Como se ve, se trata de acciones o actitudes que benefician a quienes las practican inundándoles el alma de serenidad y gozo, y favorecen también a quienes las reciben, porque propician un ambiente de armoniosa convivencia. Pero no se dan fácil y naturalmente. Son frutos que sólo consiguen plenamente quienes permanecen unidos a Aquel cuya savia los nutre y fortalece.

Como siempre, la Palabra de Dios viene oportuna a iluminar lo que vivimos. Comprobamos lo que nos dice aplicándolo al forzado encierro que vivimos en estos días. Quien se separó del Señor, quien se olvidó de Él se sintió desanimado, temeroso, irritable, triste, como un sarmiento seco...En cambio quien permaneció en Él pudo, en medio de la adversidad, conservar lozana la fe, la esperanza y la caridad, dando así abundantes buenos frutos para gloria de Dios y bien de todos.

Como Él nos ama

‘**C**omo yo te amo, como yo te amo, convéncete, convéncete, nadie te amará’.

Así empezaba una canción que fue muy popular hace unos años, y que a continuación daba las razones para tan contundente afirmación, asegurando: ‘es que yo te amo con la fuerza de los mares; yo te amo con el ímpetu del viento; yo te amo en la distancia y en el tiempo; yo te amo de una forma sobrehumana...’

Como arrebatado romántico puede pasar, pero como expresión de una realidad no, pues cabe suponer que más de alguno que dedicó sentidamente a su amada estas palabras en ‘la hora de las complacencias’ del radio o cuando menos en un tocadiscos (si un chaval está leyendo esto pregunte a sus mayores en qué consistía ese aparato que hoy parece como de la prehistoria), muy posiblemente años más tarde le salió a esa misma dama con un: ‘vieja, quiero el divorcio’.

Y es que por más que nos guste hablar del amor humano en términos grandilocuentes la realidad es que no sabemos amar con la fuerza de los mares ni con el ímpetu del viento, qué va. No llegamos ni a olita, ni a brisa de ventilador. Nos quita la fuerza el egoísmo; perdemos el ímpetu en el camino por toda clase de consideraciones convenencieras y mezquinas.

Alguien podría preguntar: entonces dado que somos incapaces de amar de esa manera, ¿por qué soñamos con un

amor así?, ¿por qué nos conmueve hasta lo más hondo imaginarnos ser amados de esa forma apasionada, total, desbordante, sin condiciones ni final? ¿Estamos condenados a anhelar una utopía, un imposible? La respuesta nos la da el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Jn 15, 9-17), que contiene la mayor declaración de AMOR (y permítanse las mayúsculas), habida y por haber.

Dice Jesús: “*Como el Padre me ama, así los amo Yo*” (Jn 15, 9).

Detente por favor y vuelve a leer varias veces esa frase, y mientras lo haces considera: ¿cómo crees que sea el amor de Dios Padre hacia Dios Hijo? No alcanza ni la mente ni el corazón para empezar siquiera a vislumbrarlo; sólo se puede intuir que sin duda es un amor pleno, perfecto, desde siempre y para siempre. Al contrario de lo que nos pasa a nosotros, que las palabras de la canción citada al inicio nos quedan demasiado grandes, a Dios le quedan extremadamente chicas, porque lo que en términos humanos suena a exageración, se vuelve nada cuando se piensa en términos divinos.

Aquel que creó el universo entero ama con una fuerza infinitamente por encima de la del mar y el viento, el tiempo o el espacio; ama con un poder más allá de lo cósmico; con un ímpetu indestructible; no hay palabras que le hagan justicia, no hay términos que puedan describirlo. Por eso resulta absolutamente estremecedor que Jesús declare que como el Padre lo ama así nos ama Él.

¿Te das cuenta? Tenemos aquí por fin ese amor extraordinario, pleno, sobrenatural, que en este mundo no logramos ni dar ni hallar; un amor que de verdad nos sacia, que llena ese hueco que tenemos en el alma y que nada ni nadie puede colmar. Aquí sí que puede decir Dios: ‘Como Yo te amo, convéncete, convéncete, nadie te amará’. Es como para llorar de alegría, o ponerse eufóricamente a dar saltos de gusto. No por nada comenta Jesús: “*Les he dicho esto para que Mi alegría esté en ustedes y Su alegría sea plena*” (Jn 15,11). ¡De verdad sabernos amados de ese modo produce un gozo indescriptible! ¿Qué hicimos para merecer semejante amor? Nada. Es gratuito, eterno, incondicional. Ah, pero ello no

significa que no podamos hacer algo para disfrutarlo mejor, algo para no ir a caer en el error de dejar de aprovecharlo. ¿Qué podemos hacer? Pide Jesús: “*Permanezcan en Mi amor*”.(Jn 15,9b), y aclara en qué consiste esto: “*Si cumplen Mis mandamientos, permanecen en Mi amor; lo mismo que Yo cumplo los mandamientos de Mi Padre y permanezco en Su amor.*”(Jn 15, 10). Y ¿cuáles son esos mandamientos que estamos llamados a cumplir para permanecer en Su amor? Nos los resume Él mismo en uno solo: “*Éste es Mi mandamiento: que se amen los unos a los otros como Yo los he amado*”(Jn 15,12). Cabe hacer notar que ya no pide, como en la antigua ley: “amar al prójimo como a uno mismo” (Lev 19,18) -y la verdad, qué bueno, pues como uno no suele amarse a sí mismo, pobre del prójimo si lo amáramos así-. Pide amar como Él nos ama, es decir, como lo ama el Padre, con el amor más grande, con un amor capaz de entregar la vida (ver Jn 15,13).

Dicen que nadie puede dar lo que no tiene. Aplicado esto aquí nos deja sin argumentos, sin pretextos, sin razones para excusar nuestra raquítica manera de amar. Aquel que nos ha inundado con Su amor, nos pide simplemente una cosa: dar lo que nos ha dado a raudales; compartir ese amor, aprender a amar, no con la fuerza de los mares ni con el ímpetu del viento, eso es demasiado poco. Nos pide amar como nos ha capacitado para hacerlo. Nos pide amar como Él nos ama.

Pruebas y pruebas

Realizar un exorcismo, hablar en un idioma que uno nunca habló, agarrar unas culebras y tomar veneno sin envenenarse, parecen ser de esas pruebas escalofriantes que se suelen proponer en concursos de televisión en los que gana el participante menos miedoso o de más sangre fría. Pero no es así. Todas esas acciones vienen mencionadas nada menos que en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mc 16, 15-20).

Sí. Nos cuenta San Marcos que la última vez que Jesús Resucitado se apareció a Sus apóstoles antes de volver al lado del Padre, los envió a predicar el Evangelio, y les dijo *“El que crea y se bautice, se salvará; el que se resista a creer, será condenado. Estos son los milagros que acompañarán a los que hayan creído: arrojarán demonios en Mi nombre, hablarán lenguas nuevas, cogerán serpientes en sus manos, y si beben un veneno mortal no les hará daño; impondrán las manos a los enfermos y éstos quedarán sanos”* (Mc 16,18).

Y antes de que alguno se desanime pensando que si para demostrar su fe y salvarse tiene que hacer cosas tan complicadas, riesgosas o repulsivas ya estuvo que va a ir a dar al infierno, cabe repasar bajo un nuevo enfoque todos esos prodigios enlistados. Y es que aunque no se puede descartar que se les pueda tomar al pie de la letra (hay suficiente evidencia en el Nuevo Testamento que lo sugiere, recordemos por ejemplo cuando en Hch 28,3-6; se nos narra que en uno de

sus viajes Pablo fue picado por una víbora venenosa y los nativos del lugar estaban esperando verlo hincharse y morir, pero se quedaron esperando porque no le pasó nada -niños, no lo intenten en casa-; las numerosas ocasiones en que los apóstoles sanaron enfermos -ver Hch 3,6-8; 8,7;9,34- e incluso, como vimos en la Primera Lectura el domingo pasado -ver Hch 10,44-45- que no sólo los apóstoles sino también los paganos se pusieron a hablar en lenguas), también hay suficiente evidencia, no registrada en la Sagrada Escritura pero sí en nuestra vida cotidiana, que muestra que con fe podemos -puedes- realizar (y quizá hemos -has- realizado muchas veces) milagros como los enumerados por Jesús, entendidos en un sentido espiritual. Considera esto:

Expulsas demonios en Su nombre cada vez que con Su gracia evades o superas una tentación que tal vez antes te hacía caer; cada vez que dejas que Él te ayude a echar fuera de tu vida el demonio de la ira, la violencia, la injusticia, la avaricia, la vanidad, el rencor; cada vez que te confiesas y te reconcilias con Él.

Hablas lenguas nuevas cuando en lugar de pronunciar palabras hirientes que hacen sentir mal a otros, te atreves a hablar el quizá para ti desconocido idioma del amor, la dulzura, la bondad, el perdón.

Eres inmune a las picaduras y a los venenos cuando no dejas que las ‘lenguas viperinas’ que te ‘viborean’ te llenen de rencor; cuando a pesar de vivir en este mundo envenenado por la cultura de la muerte no permites que ésta intoxique tu alma.

Ayudas a sanar a los enfermos cuando oras por ellos, cuando los atiendes con verdadera caridad, cuando no les hablas o visitas para contarles, como hacen muchos, la horrible historia de alguien que padecía lo mismo y se puso peor, sino para ayudarles a descubrir el sentido redentor de lo que están viviendo, comunicarles paz e infundirles esperanza.

Queda de manifiesto que quien tiene fe puede realizar verdaderos prodigios. Y lo mejor sobre la fe es que dice Jesús que el que cree se salvará. Y cabe entender no sólo que por su fe recibirá la salvación cuando muera sino que ya en este mundo, quien cree en Jesús, quien lo vive todo firmemente

tomado de Su mano, experimenta la salvación porque pasa de la esclavitud de todo lo que le ata y atemoriza, a vivir en la libertad y la paz que gozan los hijos de Dios.

Y en ese sentido, acerca de que quien ‘se resista a creer será condenado’ cabe hacer notar que no se habla de quien no cree por ignorancia, sino de quien se resiste a creer, quien rechaza voluntariamente la fe. Se condenará, ya desde este mundo, a vivir sin hallarle sentido a la vida, lamentando lo efímero de sus alegrías y agobiado por la aparente sinrazón de los males que le sobrevengan; sin experimentar jamás el gozo prodigioso de vivir lo ordinario de modo extraordinario...

En la última indicación que el Señor dio a Sus apóstoles antes de partir físicamente de este mundo dejándoles -a ellos y a nosotros- Su presencia real pero oculta a la mirada, hallamos un medio muy eficaz para probar nuestra fe, en el sentido doble de poner a prueba y demostrarla: Preguntarnos cada día: ¿cuáles y cuántos de los cinco milagros que Jesús ha mencionado aquí he realizado hoy?

Soplo

¿ Por qué les sopló Jesús a Sus discípulos?
 -¡Porque no estudiaron y no sabían qué contestar!
 Así respondió muy ufano y a voz en cuello el alumno más pequeño a la catequista que trataba de preparar a los niños para su Confirmación. La hizo reír porque esperaba que dijera que Jesús sopló sobre ellos para comunicarles Su Espíritu Santo, como se ve en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Jn 20, 19-23).

Por lo visto el chiquillo había entendido lo de ‘soplar’ como se usa coloquialmente, con referencia a cuando alguien le dice (le sopla) a otra persona lo que debe contestar. Había oído que Jesús es el Maestro y que se apiada de todos, así que dedujo que si les sopló fue porque no quería reprobarlos. Su ocurrente respuesta tiene cierto elemento de verdad, pues sin duda ese soplo de Jesús sí se debió a que se apiadó de nosotros (y a que, en cierto sentido, no quiere ‘reprobarnos’), pero deja ver que no se suele tener una idea clara sobre el valor y significado del soplo divino, por lo que valdría la pena detenernos a reflexionar al respecto.

Para ello cabe empezar por el principio, literalmente hablando. El primer versículo del primer capítulo del primer libro de la Biblia menciona el soplo, el aliento de Dios. Dice: *“la tierra era caos y confusión y oscuridad por encima del abismo, y un viento de Dios aleteaba por encima de las aguas”* (Gen 1,1). Tenemos ahí, al inicio de la Creación un viento, un

divino soplo creador dominando sobre la confusión. Luego, más adelante, el autor bíblico al narrar poéticamente la creación del hombre dice que Dios *“insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente”* (Gen 2, 7). Nuevamente se nos habla del poderoso soplo de Dios, que hace vivir.

Dirá el salmista, refiriéndose a esta fuerza creadora de Dios que sostiene a todos los vivientes: *“les retiras Tu aliento y expiran y vuelven a ser polvo”* (Sal 104,29).

Con base en todo lo anterior podemos comprender que cuando Jesús sopla sobre Sus discípulos, no está simplemente echándoles aire, está realmente comunicándoles Su soplo divino. ¡Qué poder, qué maravilloso regalo les está dando! ¡Los está revistiendo de una capacidad sobrenatural, les está compartiendo algo que hasta ahora era exclusivamente Suyo! ¿Te imaginas? ¡¡Es como para ponerse a temblar, recibir el poderoso aliento de Dios!!

¿Por qué lo hizo? Para que ellos también pudieran, como Él y en Su nombre, ordenar el caos y expulsar la tiniebla del mundo, pero, y he aquí lo extraordinario, para que emplearan el tremendo poder que les concedió no como poder destructor para aniquilar (tentación, por cierto, siempre presente en la mente de muchos líderes de ‘super-potencias’, que creen que el exterminio de los enemigos es la solución y tarde -o nunca- se dan cuenta de que eso sólo trae mayor muerte y desolación), sino como un poder creador, renovador, restaurador.

Les compartió Su poder para que combatieran la oscuridad, no como la combate el mundo, con más oscuridad, sino como la combate Él: con las armas de la luz.

Les compartió Su poder para que lucharan contra el mal, no como pretende hacerlo el mundo, provocando males mayores, sino como lo hace Él, a fuerza de bien.

Les compartió Su poder para terminar con los pecadores, no como el mundo, que los desprecia o destruye, sino como Él, y en Su nombre, acogiéndolos, escuchándolos y dándoles la oportunidad de recibir el perdón por sus pecados.

Se los dijo claramente, cuando sopló sobre ellos, para comunicarles el Espíritu Santo (ver Jn 20, 22-23).

Qué significativo resulta que en este domingo en que celebramos la Solemnidad de Pentecostés, la venida del Espíritu Santo con todos Sus dones y carismas, el nacimiento de la Iglesia, el momento feliz en que los apóstoles fueron revestidos con el prometido poder de lo alto para poder abandonar el miedo y salir al mundo a proclamar la Buena Nueva con valentía, nos toque contemplar en el Evangelio esta escena íntima de Jesús con Sus discípulos, que nos recuerda que el Espíritu Santo está presente en la Iglesia con todo Su poder no sólo en la Palabra que se proclama, en la Hostia que se consagra, en la comunidad que se reúne, sino en el perdón que se otorga en un confesionario, aliento divino que desde allí sigue aleteando sobre el caos, desterrando la oscuridad, restaurando la vida...

Invocación y compromiso

En el nombre del Padre y del Hijo, y del Espíritu Santo. Por lo general es lo primero y lo último que decimos, a veces en voz alta, a veces en silencio, cada vez que rezamos. Pero ¿por qué?, ¿a quién se le ocurrió?, y, sobre todo, ¿qué significa? ¿Es simplemente una especie de marcación telefónica que permite conectar la llamada a Dios, algo así como una clave que hay que decir para iniciar la comunicación y para terminarla, un paréntesis dentro del cual hay que meter lo que queremos platicar con Él; una señal para que sepa que todo lo que queremos pedirle o informarle vendrá inmediatamente después de que digamos esa frase persignándonos y terminará cuando la repitamos, persignándonos de nuevo? La respuesta nos la da el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 28, 16-20).

En él nos narra San Mateo que cuando Jesús Resucitado envió a Sus apóstoles a enseñar a todas las naciones a cumplir lo que Él les mandó, les pidió que las bautizaran “*en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*” (Mt 28,19), es decir, que los envió al mundo a cumplir una importante misión, pero no por su propia cuenta ni abandonados a sus solas débiles fuerzas, sino en nombre de Dios que es Uno en tres Personas distintas: el Padre, y el Hijo y el Espíritu Santo.

Para comprender esto considera qué implica que te envíen a realizar algo en nombre de otra persona, en especial si esa persona es de suma importancia.

Por un lado, te confiere una gran dignidad, un considerable poder; anunciar que vas ‘de parte de fulano de tal’ te abre muchas puertas que sin esa recomendación se te cerrarían en las narices. Trasladado esto a la vida espiritual, considera el poder que te da realizar algo invocando *el nombre del Padre*, Creador de todo cuanto existe, para Quien, como dijo Jesús, todo es posible; invocando *el nombre del Hijo*, a quien fue concedido todo poder en el cielo y en la tierra, cuya sola Palabra sanó a los enfermos y calmó tempestades, cuya muerte nos libró del pecado, cuya Resurrección nos dio vida eterna; e invocando *el nombre del Espíritu Santo*, que nos da la vida, que nos hace renacer de lo alto, que nos ilumina e intercede eficazmente por nosotros. Dicha invocación nos da una fuerza sobrenatural que desborda nuestros límites y nos permite elevarnos por encima de nuestras incapacidades y miserias y ser sostenidos, avalados, asistidos por el poder divino.

Pero, por otro lado, actuar en nombre de otra persona implica también un compromiso. Si realizas algo en representación de una compañía, te sientes comprometido a demostrar que perteneces a ella, que compartes sus valores, que traes bien puesta ‘la camiseta’, imagínate a qué te compromete realizar algo *en el nombre del Padre*, que hace salir el sol sobre malos y buenos, que nos revela que nos ama con amor eterno, que como en la parábola, nos acoge y abraza como al hijo pródigo; que no dudó en enviar a Su único Hijo a salvarnos sin que lo mereciéramos; *en el nombre del Hijo*, que supo acercarse a todos, sin discriminar; que bendijo y perdonó a Sus enemigos; que nos amó hasta el extremo de dar la vida por nosotros, pecadores; y *en el nombre del Espíritu Santo* que guía a todos hacia la Verdad, que está siempre dispuesto a consolar, a abogar, a interceder...

Este domingo en que celebramos la Solemnidad de la Santísima Trinidad, el Evangelio nos invita a recordar el origen y la importancia de esta invocación trinitaria que anima

e inspira la vida de la Iglesia. Consideremos que la dice el sacerdote cuando bautiza, cuando unge a los enfermos y cuando perdona los pecados con el poder dado por Dios; se pronuncia en las ordenaciones de diáconos, presbíteros y obispos, en las Confirmaciones; la dicen los esposos cuando intercambian los anillos prometiéndose fidelidad; se proclama tres veces en Misa: al inicio, antes del Evangelio y al final; se usa para bendecir agua, personas, casas y objetos sagrados; en las exequias y, como se comentaba al inicio, antes y después de orar.

Como se ve, la tenemos muy presente, y podemos decirla y escucharla cotidianamente, el asunto es no hacerlo sin pensar ni a la ligera, porque otorga un poder formidable pero compromete a asumirlo y sobre todo a comunicarlo con un testimonio coherente, creíble, verdadero.

Germinará

Tuvieron que dejar la cámara encendida día y noche durante quién sabe cuánto tiempo, para poder captar lo que hasta entonces nadie había podido contemplar así, sin interrupción: cómo surge de la tierra y crece y se desarrolla una planta. Quizá alguna vez has visto en pantalla un documental en ‘cámara rápida’ que muestra en segundos lo que tarda semanas o meses en suceder: el instante en que asoma un primer brote verde, que va saliendo, subiendo, como un delgado tallo al que de pronto le surgen ramificaciones que se extienden y se enroscan y se llenan de hojas y luego de flores. Es algo asombroso que sólo puede verse así porque en ‘vivo y en directo’ resultaría imposible.

Al respecto recuerdo un experimento que hicimos en el kinder: pusimos en un vaso de vidrio un algodón mojado rodeado de un cartón, y entre el vaso y el cartón humedecido, unos granitos de frijol. Dejamos el vaso en el borde de la ventana del salón y cada día al entrar corríamos a ver si ya había brotado algo, esperando quizá ver una planta que trepara a las nubes como en el cuento de ‘Juanito y los frijolitos mágicos’, pero nada, seguía igual que el día anterior. La maestra le ponía agüita al algodón y nos animaba a no desesperar, sin embargo la repetida decepción hizo que perdiéramos interés hasta que un día, cuando menos lo pensábamos, nos encontramos al llegar con que los frijolitos habían reventado durante el fin de semana y ya asomaban unas

raicitas blancas y unos brotecitos verdes. Hubo entonces que sembrarlos en una maceta y de nuevo aguardar a que crecieran, pero esta vez con la confianza cierta de que aunque el proceso fuera lento, era seguro.

Me acordé de esto al leer el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mc 4, 26-34). Dice Jesús que el Reino de los Cielos se parece a lo que sucede cuando se siembra una semilla, que sin que el que la sembró sepa cómo, al pasar las noches y los días ésta germina y crece y da fruto.

¿Qué significa esto en nuestra vida de fe? Algo muy esperanzador: que podemos tener la certeza de que todo cuanto hemos hecho, hacemos hoy o hagamos en el futuro por el Reino de Dios, germinará y dará fruto. Y decir todo, es todo. Hasta lo más pequeño, lo más insignificante, lo que pasa desapercibido para todos no pasa desapercibido para Dios y Él se encarga de hacerlo fructificar.

Cada mirada comprensiva, cada sonrisa, cada palabra de aliento o de perdón, cada favor, cada gesto de amistad, de solidaridad, de fraternidad; cada vez que actuamos con paciencia, tolerancia, caridad; cada vez que nos negamos al rencor, a la venganza, a la injusticia, a la discriminación, quizá no fue notado por nadie, apreciado por nadie, quizá parece un esfuerzo estéril, pero es semilla fértil en las manos de Dios. Podemos tenerlo por seguro. Aunque, eso sí, germinará sin que sepamos cómo ni cuando, lo cual quiere decir que no podemos apresurar ni forzar el proceso. Recuerdo que un niño quiso ayudar a su plantita a crecer y le dio un tirón, pero sólo consiguió dañarla; otro le echó más agua y la ahogó; una niña que había oído que hay que hablarles a las plantas se dedicó a platicarle a la suya pero sólo logró atarantar a la maestra, y hubo varios que pensando que si un poco de sol era bueno, más sol era mejor, pusieron sus vasos afuera pero se les secaron los algodones y se les quemaron las semillas. Y es que por más que queramos ver pronto los resultados de nuestros esfuerzos: la conversión instantánea de nuestros seres queridos no creyentes, la desaparición repentina de un defecto propio o ajeno, la veloz transformación de una situación mala en una buena, las cosas no suelen suceder según nuestra prisa sino

según la sabia voluntad de Dios, que hoy en Su Palabra nos asegura no sólo que la semilla germinará sino que, así como sucede con una semilla de mostaza, del minúsculo principio se llegará a algo asombrosamente grande (ver Mc 4,30-32). El asunto es sembrar las semillas que Dios nos da, perseverar en la siembra y dejar la cosecha enteramente a Él.

Así que si alguna vez te sientas tentado a arrojar la toalla pensando que tus esfuerzos por vivir cristianamente, por educar a los tuyos en la fe, por dar un testimonio a tu comunidad no sirven de nada, no pueden nada, se estrellan como contra un muro, aplica la parábola de Jesús a tu experiencia en la ciudad y considera que lo que haces por el Reino se parece a lo que sucede con una banqueta cuyos enormes y pesados bloques de concreto han sido rotos y levantados nada menos que por las raíces de un árbol que primero fue una semilla insignificante, pero germinó, brotó, creció y poquito a poquito, a través de mucho tiempo y sin que nadie se diera cuenta, fue, milímetro a milímetro, desarrollándose, ganando terreno y cobrando fuerza, hasta que, quién lo iba a pensar, logró desplazar lo que parecía inamovible...

Tempestad calmada

Aquella noche en la capilla había un silencio total, absoluto. Quién sabe por qué, pero desde hacía un larguísimo rato no había pasado ni un coche, ni se había oído el ladrido lejano de un perro ni voces ni música, nadie había llegado o salido, y adentro nadie se movía ni hacía ruido, por lo que se había ido adueñando del ambiente una paz extraordinaria. Estábamos ahí reunidas, como cada jueves por la noche, unas cuantas personas, dedicadas a disfrutar de una hora de adoración silenciosa ante el Santísimo Sacramento expuesto en el altar. La penumbra, rota apenas por las veladoras y una luz dirigida hacia la Custodia, y la serenidad que reinaba facilitaban deslizarse deliciosamente por los laberintos de la oración y cada quien se encontraba gozando de ese rato de sabrosa intimidad con el Señor. Entonces, sin decir ni agua va un rayo relampagueó deslumbrándonos y simultáneamente un trueno hizo honor a nuestro Himno Nacional porque de veras retembló en su centro la tierra. Fueron ambos tan inesperados y potentes que varios pegamos un brinco, pero una vez pasada la primera impresión, nos recuperamos y seguimos como si nada. Sucedió entonces un contraste notable: Empezó un chubascazo con granizo que caía con fuerza sobre el techo, y los rayos y los truenos seguían, uno tras otro, pero adentro, sin embargo, todo estaba en calma, reinaba la quietud porque las miradas, como los corazones, estaban en el Señor. Y pensé: esto es como lo que sucede en la

vida, que nos llegan de repente y sin saber cómo situaciones, problemas muy fuertes, que nos azotan, estremecen y asustan; ser creyentes no nos exenta de que nos llueva duro y tupido, pero si nos mantenemos pegaditos al Señor, postrados delante de Él, confiados enteramente a Su providente misericordia, nos da la fuerza y la paz para salir adelante.

Recordé esto al leer el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mc 4, 35-41).

Nos cuenta San Marcos que mientras Jesús y Sus discípulos van en la barca por el lago, de pronto un ventarrón provoca un tremendo oleaje que empieza a inundar la barca. Los discípulos, algunos de ellos marineros expertos, se dan cuenta de que solos no saldrán de ésta y acuden a Jesús, pero Él duerme. ¿Cómo que duerme? ¿Cómo puede dormir en semejante situación? Seguramente se preguntan eso los discípulos. Y ello refleja, por una parte, que en primer lugar piensan que si Él no se hubiera dormido, no les hubiera caído el mal tiempo, y en segundo lugar, que ya que les cayó el temporal, lo menos que puede hacer es ayudarlos, después de todo son Sus discípulos.

En la exasperada pregunta que le hacen cuando van a despertarlo (“*Maestro, ¿no te importa que nos hundamos?*” Mc 4, 38) se advierte no sólo que le reprochan su aparente desinterés sino que parecen dar por sentado que se hundirán, quizá como para forzarlo a probarles lo contrario. ¡Ay! ¡Cómo nos parecemos a ellos en nuestros reclamos y chantajes al Señor! Le decimos: ¿no te importa que me enferme y que me muera, o que se desbarate mi matrimonio, o que no tenga trabajo? ¿No te importa lo que me pasa?, como si tuviera la obligación de librarnos al instante de todo lo que no nos gusta.

¿Cómo les responde Jesús? Haciendo callar al viento y al mar. ¿Te imaginas la escena? De pronto el cielo antes cubierto de negros nubarrones, se despeja, se ven las estrellas; cesa el aullido del viento; ya no hay olas; el lago se vuelve como un espejo; y estos hombres que están todavía empapados y temblando por el esfuerzo de mantenerse en pie en la barca que se bamboleaba, se encuentran en un abrir y cerrar de ojos

en plena calma, con los pies en unos charcos tan quietos que tal vez hasta reflejan la luna.

Llega entonces el turno de Jesús de reprocharles: “*¿Por qué tenían tanto miedo? ¿Aún no tienen fe?*” (Mc 4,40).

Una pregunta que les hace a ellos y a nosotros. ¿Qué clase de fe tenemos? ¿Una fe de ‘buen tiempo’, que sólo confía en Dios cuando todo sale como esperamos?, ¿una fe que se desanima y desmorona ante las malas noticias, las crisis, las dificultades?, ¿una fe que no resiste que el Señor parezca dormido, que tarde en responder? Ante las tormentas de la vida tenemos dos opciones: desesperarnos o fiarnos de Jesús y mantenernos firmemente a Su lado, con la absoluta confianza de que no hay mejor sitio que ése.

Recuerdo que aquella noche en la capilla llegó el momento en que acostumbramos terminar la Hora Santa y nadie quiso irse. Y no sólo porque seguía lloviendo, sino porque sentíamos, sabíamos, que en ningún lugar estábamos mejor que ante el Señor.

Viene a mi mente que cuando era chica y llovía atronadoramente y mi hermana empezaba a preguntar: ‘¿la casa es fuerte fuerte y no se cae?’, mi mamá sacaba su Biblia, leía el texto de la tempestad calmada y la dejaba abierta, pidiéndole al Señor que amainara la tormenta. Y sí, siempre amainaba. Si no por fuera, por dentro...

Fe sostenida

Quién sabe si se conocían, si se habían visto antes y si volvieron a verse después, pero quedaron ligados para siempre, y si se habla de uno se menciona a la otra. ¿Cómo fue que esta mujer y este hombre acabaron tan relacionados?, ¿qué tuvieron en común? Lo descubrimos en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mc 5, 21-43).

Ella llevaba doce años con una enfermedad que hacía que la consideraran ‘impura’ (y la despreciaran y no le permitieran tocar a otras personas), y había gastado toda su fortuna en médicos que, según dice San Marcos, en lugar de mejorarla la habían puesto peor, pero tenía fe en que sanaría con sólo tocar el manto de Jesús. El hombre, que se llamaba Jairo, tenía una hija agonizante que falleció cuando ya Jesús iba de camino para sanarla, según le avisaron, con muy poca delicadeza por cierto, sus empleados: “*Ya se murió tu hija. ¿Para qué sigues molestando al Maestro?*” (Mc 5, 35).

Tenemos aquí dos casos extremos, en los que según la lógica humana ya no había esperanza; pero tenemos también dos corazones que no quisieron rendirse ante las evidencias sino ante Jesús. Y por encima de la limitada lógica humana y a pesar de tener todo en contra, mantuvieron la fe. Y eso hizo la diferencia.

Cabe entonces que nos preguntemos: ¿qué es la fe?, ¿una especie de autosugestión, convencerse uno mismo de que

algo saldrá de cierto modo para que en efecto así suceda?, ¿o un apetecible pero inalcanzable bien espiritual que sólo tienen unos cuantos privilegiados? No. Podría decirse que la fe es una luz que Dios ha puesto en todos los corazones para que se vuelvan hacia Él, como los girasoles vuelven sus corolas hacia el sol. La fe nos encamina hacia Él, que viene a nuestro encuentro, nos permite percibirlo y, lo más importante, confiar en Él y responder con prontitud y alegría a lo que dispone para nosotros. Si hubiera que definir la fe con una sola palabra, ésta sería un 'sí'. La fe es responderle 'sí' a Dios, a Su presencia en nuestra vida, a lo que nos va pidiendo y a lo que nos va permitiendo vivir cada momento, día a día, sea lo que sea.

Y es que quien tiene fe, parte de tres certezas:

1. Que el Señor todo lo puede.
2. Que nos ama con amor infinito.
3. Que sólo permitirá lo que sea mejor para nosotros, por lo cual podemos amoldar, tranquilamente y de antemano, nuestra voluntad a la Suya, con la seguridad de que si no nos concede lo que le pedimos es porque no nos conviene.

La mujer y Jairo son ejemplo de fe, y es interesante observar que ésta se notó en todo momento. Por ejemplo, en el caso de la mujer, su fe se manifestó no sólo cuando tocó el manto de Jesús, sino cuando Él, al darse cuenta de que una fuerza curativa emanó de Él se detuvo y preguntó quién lo tocó, y ella, en lugar de escabullirse y huir pensando que mejor no decía nada pues el Maestro podía estar enojado y podía castigarla devolviéndole su dolencia, se atrevió a dar la cara y confesó lo que había hecho postrándose ante Él, confiando totalmente en Su misericordia.

Y en el caso de Jairo, se manifestó su fe no sólo cuando se atrevió a postrarse públicamente ante Jesús, sin importarle el qué dirán (recordemos que era jefe de una sinagoga, en la que probablemente había enemigos de Jesús) o cuando, fiado en Jesús que le pidió que no tuviera miedo sino fe (ver Mc 5,36), lo llevó a ver a su hija aunque ésta ya había muerto, sino también cuando le permitió a Jesús echar fuera a quienes lloraban la muerte de la niña, dejándolo interrumpir ese tradicional ritual fúnebre y entró con Él a donde estaba la

pequeña, arriesgándose a hacer el ridículo, mientras le resonaban en los oídos las risas de la gente que se burlaba porque Jesús había dicho que la niña no estaba muerta sino dormida (ver Mc 5, 39-40).

Comprendemos ahora por qué estos dos personajes tan distintos quedaron para siempre unidos en este Evangelio. Si los visualizamos, a ella volviendo a casa, recuperada su salud (y su autoestima), y a Jairo disponiendo feliz un festín para su muchachita (a la que Jesús pidió le dieran de comer, luego de que le devolvió la vida), vemos que sus historias tienen en común que cuando todo les era adverso, ambos se atrevieron a sostener y proclamar públicamente su fe en Aquel que a quien se le encomienda con verdadera confianza no lo deja nunca defraudado.

Profeta en tu tierra

El otro día en un curso de Biblia una señora platicaba que de lo que ahí lee o aprende no comenta nada con su familia o amistades porque no quiere impacientar a su marido, vacunar a sus hijos o alejar a sus amigos, a lo que alguien le respondió que antes pensaba igual que ella hasta que dos de sus hijos empezaron a frecuentar una secta, por lo que comprendió que tenía que superar su temor al ‘qué dirán’ y ser más comunicativo de las cosas de Dios, especialmente con su familia; así lo hizo y logró que sus muchachos aceptaran participar en un encuentro de jóvenes católicos, por lo que estaba muy feliz. Otras personas del grupo admitieron estar en la misma situación de la primera. Se vio entonces que muchos creyentes no se atreven a compartir su fe con quienes tienen más cerca, porque piensan que o no les van a hacer caso o van a caerles mal. Para iluminar esta situación vino como anillo al dedo leer el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mc 6, 1-6).

Dice ahí que “*Jesús fue a Su tierra*”, es decir, donde se crió, donde tenía parientes y muchos lo conocían desde niño, y se puso a enseñar en la sinagoga. Podemos suponer Su emoción por estar entre tantos rostros familiares y queridos, compartiendo Sus enseñanzas con gente con la que había convivido tantos años. Hubiera sido de esperar una buena respuesta, pero nos cuenta San Marcos que “*la multitud que lo escuchaba se preguntaba con asombro: ‘¿Dónde aprendió*

este hombre tantas cosas? ¿De dónde le viene esa sabiduría y ese poder para hacer milagros? ¿Qué no es éste el carpintero, el hijo de María?...” (Mc 6, 2-3).

Por lo visto el hecho de haber estado tan cerca de ellos no lo favoreció, al contrario, hizo que se resistieran a creer que ése que conocían, o creían conocer tan bien, fuera distinto a lo que pensaban, tuviera algo especial que ofrecerles. Por eso observó Jesús: *“Todos honran a un profeta, menos los de su tierra, sus parientes y los de su casa”*(Mc 6, 4).

Era tanta la cerrazón de esta gente que dice San Marcos que Jesús *“no pudo hacer allí ningún milagro, sólo curó a algunos enfermos imponiéndoles las manos,”* (Mc 6, 5).

¿Por qué dice que ‘no pudo’ si Jesús es Dios y por lo tanto todo lo puede? Porque ese ‘no poder’ no se refiere a Él sino a quienes estaban ahí. Recordemos que en el Evangelio de la semana pasada, Jesús le dijo a la mujer: *“Tu fe te ha curado”* (ver Mc 5,34) y que pidió al jefe de la sinagoga: *‘Solamente ten fe’*, y éste la tuvo y Jesús le devolvió la vida a su niña (ver Mc 5,36-43). En cambio ahora nos dice San Marcos que Jesús *“estaba extrañado de la incredulidad de aquella gente”* (Mc 6, 6).

Vemos pues que si no pudo hacer milagros fue porque no halló lo que siempre buscaba para realizarlos: corazones que los acogieran con fe. Aquí no hubo más que corazones prejuiciosos, incrédulos, endurecidos; corazones muy semejantes a los que quizá muchos creyentes encuentran a su alrededor cuando quieren compartir con los suyos la Buena Nueva.

¿Qué hacer en estos casos? ¿Mandar todo a volar? , ¿renunciar a dar testimonio cristiano?, ¿no hablar más con los allegados de las cosas de Dios? Encontramos respuesta en la Primera Lectura, que narra lo que Dios dijo al profeta Ezequiel: *“te envío para que les comuniques Mis palabras. Y ellos, te escuchen o no, porque son una raza rebelde, sabrán que hay un profeta en medio de ellos”* (Ez 2, 4-5).

Llama la atención ese *“te escuchen o no”*, uno pensaría que Dios no se va a tomar el trabajo de enviar a alguien de Su parte si piensa que no lo van a escuchar, pero lo hace. Es que

nunca deja pasar una oportunidad. Y nosotros estamos llamados a no dejarla pasar tampoco. Podemos aprender de Jesús: por Él no quedó. Aprovechó bien el momento: dio Su enseñanza, curó a los enfermos y se retiró de allí. Habló lo que tenía que hablar, hizo lo que venía a hacer y se marchó, ¿fracasado? No. Confiado en que dejó sembrada semilla fértil. Su intervención fue breve, no impuso Su presencia, no se quedó a insistirles, pero el hecho de que las gentes le reconocieran sabiduría y se preguntaran de dónde le venía, era ya un comienzo, un motor que podía impulsarlas a buscar la verdad, y, por lo tanto, a encontrarse, tarde o temprano, con Él, que es la Verdad.

Este domingo la Palabra te invita a no desanimarte de antemano pensando que tus seres cercanos rechazarán que compartas con ellos tu fe. Compártela, pero oportunamente, con caridad y sin agobiar, por ejemplo, citando brevemente una bella cita bíblica, o haciendo notar la respuesta positiva que obtuvo una oración, o intercalando una expresión de alabanza o gratitud a Dios en una charla, en fin, atrévete a ser profeta en tu tierra, sembrando con prudencia pero también con audacia, la semilla del Reino, confiando en que, como leíamos en el Evangelio hace tres semanas, es tan fértil, que sin que sepas cómo o cuándo, tarde o temprano producirá mucho fruto.

Aprender a depender

Parecía que iban a lugares diferentes. Había unos que traían simplemente una mochila a la espalda, otros en cambio, no sólo venían arrastrando tremendas maletas sino que además cargaban en bolsos lo que no les cupo en ellas. Eran jóvenes que iban de misiones al mismo lugar y por el mismo tiempo. ¿Por qué entonces unos viajaban tan livianos y otros llevaban hasta ‘la mano del metate’? En primera instancia se podría pensar que porque unos eran sumamente prácticos y los otros sumamente previsores, pero hay que replantear esa rápida conclusión al leer el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mc 6, 7-13).

Nos cuenta San Marcos que cuando Jesús envió a Sus apóstoles a su primera misión, *“les mandó que no llevaran nada para el camino: ni pan, ni mochila, ni dinero en el cinto, sino únicamente un bastón, sandalias y una sola túnica”* (Mc 6, 8-9). ¿Por qué les pidió esto Jesús?, ¿qué no hubiera sido mejor que los enviara bien abastecidos con todo lo habido y por haber que pudieran necesitar? Cabe pensar que lo hizo así porque quería que Sus apóstoles aprendieran dos cosas fundamentales:

1. A depender de la Providencia Divina

Consideremos esto: si los apóstoles hubieran sido enviados con la bolsa repleta de comida y de dinero, hubieran puesto su confianza en sus propios medios; se hubieran creído autosuficientes; hubieran llegado a pensar, como piensan

algunos que tienen recursos suficientes o abundantes, que no necesitaban a Dios. En cambio el ir como fueron enviados, sin ningún ‘guardadito’, los obligaba a pedirle a Dios todo lo que necesitaban, por grande o pequeño que fuera, y a confiar en que Él les daría lo que les conviniera. Aquel que enseñó a Sus discípulos a pedirle al Padre el “*pan de cada día*” (Mt 6,11), quiso que no sólo lo dijeran de dientes para afuera, sino que experimentara esta diaria dependencia, ¿por qué?, cabe pensar que no sólo porque se fortalecería su relación con Dios y su confianza en Él al comprobar que de una u otra manera siempre respondía, oportuna, sabia y misericordiosamente, a sus peticiones, sino también porque tendrían una gran credibilidad al evangelizar, no sólo de palabra sino con su testimonio de vida.

2. A depender también de los demás

Notemos que Jesús les pide: “*Cuando entren en una casa, quédense en ella hasta que se vayan de ese lugar*” (Mc 6,10). Es evidente que no quiere que lleguen ante la gente con una actitud de superioridad, como ‘enviados divinos’ que están por encima de los demás mortales, sino como hermanos que vienen a enseñar, sí, pero también a aprender, que vienen a dar, sí, pero también a recibir.

Es una enseñanza importantísima para todo aquel que quiera ir de parte de Dios a comunicar la Palabra, a catequizar, a aconsejar, a realizar un servicio en la Iglesia: Debe estar dispuesto a depender no sólo de Dios sino también de los hermanos, porque regularmente Dios le hará llegar lo que necesite no en un paquete caído directamente desde el cielo (tan auténtico ‘correo aéreo’ podría descalabrarlo...), sino a través de los hermanos, y en particular, de aquellos a los que se dirige.

Si hubiéramos podido acompañar a los apóstoles en su misión hubiéramos visto que ofrecieron alimento para el alma, recibieron alimento para el cuerpo, recibieron un techo para el cuerpo, ofrecieron cobijo para el alma. ¡Qué bella fraternidad cristiana se establece cuando todos aportan y reciben de otros lo que Dios les da para el bien común!

Vemos esto también años después cuando San Pablo realizaba su misión. En algunas de sus primeras cartas se ufanaba de no serle gravoso a nadie (ver 1Tes 2,9; 2Tes 3,8), pero cuando Dios lo puso en posición de tener que depender de otros, que le salvaron la vida (ver Hch 9,25), que organizaron colectas para sostenerlo (ver 2Cor 11,8; Flp 4, 15-16), que lo obligaron a aceptar su hospitalidad (ver Hch 16,15), ello redundó en gran beneficio espiritual para muchos.

Este domingo la Palabra nos invita a confiar en que Dios asiste a quienes envía. Podemos pues deshacernos del excesivo bagaje al que nos aferramos ‘por si acaso’, con la falsa ilusión de poder ser autosuficientes, y en cambio atrevernos a ir en Su nombre, ligeros de equipaje, con plena seguridad y conciencia de que Él sostendrá nuestros esfuerzos y nos dará todo lo que necesitemos para el viaje.

Rebaño

¿Qué imagen viene a tu mente con la palabra ‘gato’? Probablemente la de uno de ellos caminando por una barda o enroscado durmiendo al sol en algún tejado. De seguro lo visualizarás solo, pues es un animal bastante independiente. En cambio si piensas en ‘oveja’ lo más probable es que imagines un rebaño, pues por lo general las ovejas ‘no se hallan’ (en el sentido literal y popular del término) en solitario. Es que mientras el gato parece arreglárselas muy bien por sí mismo, las ovejas necesitan forzosamente de un pastor que las cuide, las lleve a pastar, les dé de beber, las levante si caen bajo el peso de la lana, y las libre de todo peligro. Y algo más: el gato tiene un extraordinario sentido de orientación que le permite volver cada día al sitio donde lo alimentan, por más que se haya alejado mucho en sus andanzas nocturnas, (recuerdo el caso de un señor que quiso deshacerse de su gato, lo llevó en el auto y lo dejó en una colonia lejana, pero cuando habló a su casa para avisar que iba para allá, su esposa le dijo: ‘ya regresó el gato’. Al día siguiente lo llevó todavía más lejos, pero cuando habló a su casa, de nuevo le dijeron: ‘ya regresó el gato’. Por último lo llevó al otro extremo de la ciudad y luego de dar vueltas y más vueltas para desorientarlo, lo dejó. Entonces llamó a su casa y preguntó: ¿ya regresó el gato? -Sí, le dijo su esposa. - Pues pásamelo para que me diga cómo regreso yo, ¡que ya me perdí!); por el contrario, si la oveja se aventura sola después ya

no sabe regresar, y puede seguir y seguir hasta desplomarse agotada y sucumbir, si antes no es atacada por depredadores que suelen merodear donde hay rebaños.

¿A qué viene esta extraña comparación entre gatos y ovejas? A una duda que surgió en un grupo de Biblia: ¿por qué Dios suele referirse a Su pueblo comparándolo con ovejas y no con otros animales? Quizá porque a diferencia de otros animales, como el gato arriba mencionado, y muchos otros, las ovejas comparten con nosotros esa característica antes citada: que requieren de un pastor para sobrevivir.

Dice el salmista: *“El Señor es mi Pastor, nada me falta”* (Sal 23,1). Cabría anteponerle un ‘si’: ‘Si el Señor es mi Pastor, nada me falta’, puedo tener la seguridad de que Él velará por mí, no permitirá que me falte el sustento, ni que me canse por encima de mis fuerzas, ni que me pierda pues Él me cuida y me rescata. Pero ¡ay de mí sin mi Pastor!, entonces sí que puedo extraviarme y perecer.

A lo largo de la Sagrada Escritura descubrimos que el Señor nos considera Sus ovejas, y nunca nos abandona. En el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mc 6, 30-34) se nos cuenta que cuando regresaron de la misión a la que Jesús los envió, los discípulos querían platicarle cómo les fue, pero había tanta gente que no tenían tiempo ni para comer, por lo que Él les propuso ir a un lugar tranquilo para que descansaran. Fueron en barca, pero al llegar, ¡oh, sorpresa!, las multitudes se les habían adelantado y ¡ya los estaban esperando! Imaginamos que los discípulos han de haber querido irse más rápido que pronto a otro lado, pero no Jesús. Dice el Evangelio que Él se compadeció de esas personas *“porque andaban como ovejas sin pastor, y se puso a enseñarles muchas cosas”* (Mc 6, 30-34).

Aquel que se describió a Sí mismo como el Buen Pastor sabía que sin una guía, las ovejas corren siempre el riesgo de desvalagarse y morir; por ello, aunque seguramente tenía hambre y cansancio y ganas de disfrutar de un rato en paz con Sus discípulos, se puso a compartir con esas gentes Su Palabra para iluminar sus corazones y alumbrar sus pasos.

Queda claro que para el Señor es muy importante pastorearnos y, sobra decirlo, que nos dejemos pastorear por Él, ¿por qué? porque si vamos por la vida como ovejas sin pastor nos arriesgamos a ser engañados (pues hoy abundan los lobos disfrazados de ‘pastores’ que embaucan a las ovejas con falsas enseñanzas y promesas); a sufrir de inanición (pues sólo en la mesa del Señor se recibe a Aquel que puede saciarnos verdaderamente), a descarriarnos (por seguir caminos engañosos que terminan en abismos), a extenuar inútilmente nuestras fuerzas (pues sólo en el Señor hallamos sentido a la existencia), y a morir de agobio, desamparo y desesperanza.

A diferencia del mundo, que alienta el individualismo, que cada uno tenga ‘su’ propia verdad, que vaya por su cuenta por el camino que se le ocurra, que no acepte ninguna autoridad ni guía y siga una ‘religión de cafetería’ en la que elija lo que se le antoje y deseche lo que le parezca indigerible, este domingo la Palabra nos invita a alegrarnos por tener Quien nos conduzca, nos alimente, nos dé reposo y protección. Nos invita a gozarnos de sabernos y ser amados miembros del rebaño del Señor.

Multiplicación

¿Te ha sucedido haber querido hacer algo que te parecía importante o necesario pero como luego te pusiste a considerar que no tenías suficientes recursos o capacidad o posibilidades de realizar aquello, te desanimaste y ya no hiciste nada? Ello quizá se justifique en algunos casos, pero nunca en lo que se refiere a la vida espiritual, como puede deducirse del Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Jn 6, 1-15).

En él se nos narra que en cierta ocasión, viendo Jesús que lo seguía mucha gente, le preguntó a Felipe, uno de Sus discípulos: “¿Cómo compraremos pan para que coman éstos?” (Jn 6, 5), y se nos dice también que Jesús hizo la pregunta para ponerlo a prueba. Por lo visto Aquel que más tarde afirmaría: “Sin Mí no podéis hacer nada” (Jn 15, 5c) quería ver si Felipe le salía con alguna estrategia para tratar de resolver por sus propios medios esa necesidad o si sabía reconocer la realidad: que por sí mismos los discípulos no podían solucionar aquello. Contestó Felipe: “Ni doscientos denarios de pan bastarían para que a cada uno le tocara un pedazo” (Jn 6, 7). Buena respuesta. Sin duda la que Jesús esperaba. A partir de ahí, desde el punto de vista del mundo no había otra cosa que hacer que despedir a la gente para que cada quien se las arreglara como pudiera, ah, pero desde el punto de vista de Dios nunca debe perderse la esperanza.

Nos cuenta San Juan que en eso se presentó otro de los discípulos, Andrés, y le dijo a Jesús: *“Aquí hay un muchacho que trae cinco panes de cebada y dos pescados. Pero, ¿qué es eso para tanta gente?”* (Jn 6, 9).

Visualiza la escena: hay allí un gentío tremendo y hambriento y Andrés, que seguramente escuchó cuando Jesús preguntó lo de los panes, se dio cuenta de que había la preocupación de darles de comer a todos pero no los recursos, y quizá se puso a buscar algún remedio cuando de pronto se topó con ese joven que llevaba esos pocos panes y peces, destinados tal vez a servirle de almuerzo a él y su familia. Según los criterios mundanos aquello era tan desproporcionadamente pequeño que resultaba absurdo, ridículo incluso mencionarlo, pero a Jesús que alguna vez comentó de una viuda que había dado dos moneditas como limosna en el templo, que ella había dado más que todos porque no había dado lo que le sobraba sino todo lo que tenía (ver Lc 21,1-4), le pareció sin duda más que suficiente.

A diferencia de los otros tres Evangelios que no mencionan de dónde surgieron estos panes y peces, aquí se aclara que los ofreció un joven, quizá para recalcar que era alguien que no estaba maleado por la vida, alguien libre de escepticismo, alguien que conservaba todavía intacta su capacidad de creer en los imposibles y que por ello no dudó en darlos cuando se los pidieron. Y se ve que su actitud influyó en Andrés quien, aunque no resistió la tentación de hacer notar que se daba cuenta de que esa aportación era nada para lo que hacía falta, la puso a disposición del Maestro, confiando sin duda en que Aquel que es capaz de producir el arbusto más frondoso a partir de una minúscula semilla de mostaza, podría hacer mucho con esa pequeñez que ahora ponía en Sus manos.

Dice el Evangelio que Jesús pidió que la gente se sentara, tomó los panes, y antes de repartirlos, junto con los pescados, dio gracias a Dios. Alguien podría extrañarse de que Jesús haya dado gracias, quizá pensaría que más bien debía haber reclamado lo poco que había recibido, pero no fue así, y cabe pensar que, entre otras cosas agradeció que Su discípulo y ese joven no se hubieran rendido ante la lógica o la vergüenza

de creer que no valdría la pena ofrecerle lo que éste tenía, pues con su gesto le habían permitido intervenir como Dios y hacer lo que sólo Él podía hacer: convertir la insignificancia en abundancia, transformar un fiasco en una festín, cambiar el don de un solo en milagro para todos. Dice San Juan que los panes y los peces repartidos por Jesús no sólo alcanzaron para que todos comieran hasta saciarse sino que hubo tantos sobrantes que Jesús tuvo que pedirles que los recogieran para que no se desperdiciara nada (ver Jn 6, 12), ¿te imaginas?, quién lo hubiera pensado, ¡hubo sobrantes!

Recordemos esta escena cada vez que consideremos que para enfrentar cierta situación difícil no tenemos lo que necesitamos, por ejemplo de paciencia, alegría, esperanza, fortaleza, capacidad para perdonar, ganas de orar, deseos de hacer un bien, etc. y no nos dejemos vencer por las evidencias, sino atrevámonos a encomendarle a Dios lo poco o nada que nos quede y dejémoslo intervenir, con plena confianza en que Él tomara nuestras raquílicas provisiones, las bendecirá, las multiplicará y sin que sepamos cómo, milagrosamente, las hará no sólo rendir sino abundar...

Y tú, ¿para qué trabajas?

Esta pregunta fue planteada a numerosas personas empleadas en las más diversas ocupaciones, y fue curioso que la mayoría de las respuestas podría resumirse en ésta: ‘trabajo para comer’.

Lo recordé al leer en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Jn 6, 24-35) que Jesús pide: “*No trabajen por ese alimento que se acaba, sino por el alimento que dura para la vida eterna y que les dará el Hijo del hombre*” (Jn 6, 27).

¿Por qué dice esto Jesús? ¿Acaso está proponiendo que no hay que trabajar para comer? No. Jesús no está sugiriendo semejante cosa. Para entender lo que dijo hay que recordar que se está dirigiendo a unas gentes que luego de haberlo visto multiplicar panes y peces lo han estado buscando. Se ha dado cuenta de que vienen con intención de asegurar, literalmente, el pan de cada día. Muy a gusto ir tras un líder que multiplica panes, a cuyo lado se tiene garantizado no tener hambre. Pero, como dijo alguna vez Jesús: “*no sólo de pan vive el hombre*”(ver Mt 4,4). Es innegable que comer es vital, pero el ser humano no puede conformarse sólo con asegurar su comida. Está llamado a mucho más que eso. Dice el dicho que ‘barriga llena, corazón contento’, pero el contentamiento que se siente por haber comido tiene caducidad, termina cuando regresa el hambre, y aun mientras dura es un insuficiente, no hace a nadie verdaderamente feliz.

Recuerdo una estadística muy significativa que fue publicada hace años. Mostraba que en ciertos países donde se habían establecido gobiernos que habían logrado que toda la población tuviera alimentación, salud y educación, pero también habían querido desterrar la religión, impedir que la gente acudiera al culto, borrar toda referencia religiosa, la gente declaraba que no era feliz, y eso que aparentemente contaban con todo lo necesario.

Es que lo material no basta. Tenemos un agujero en el alma del tamaño de Dios que sólo Dios puede saciar. Por eso Jesús invita a no trabajar por el alimento que se acaba. Y, ojo, no es que esté pidiendo que ya nadie busque o tenga empleo, que nadie quiera ganar dinero, que todos nos quedemos mano sobre mano esperando a ver si Dios vuelve a enviar el maná del cielo. Está pidiendo que trabajemos, sí, pero por el alimento que dura para la vida eterna.

Que lo esencial en nuestra vida no sea lo material sino lo espiritual, no el conformarnos con los bienes de este mundo sino aspirar a los del cielo: y vivirlo todo en esta vida teniendo la otra en mente, de modo que todo lo que aquí hagamos o dejemos de hacer, tenga un nuevo sentido, un objetivo trascendental. De ese modo, si te preguntaran ¿para qué trabajas?, podrías dar una respuesta que quizá sonaría igual a las mencionadas pero sería distinta: ‘trabajo para tener lo que necesito’, referido no a cosas materiales sino a lo que realmente necesita tu alma: paz, amor, alegría, justicia, consuelo, esperanza, en otras palabras, una respuesta que expresaría que consideras que tu trabajo es un medio de vivir tu fe, un medio de santificar tu vida, un medio que te permite ponerte al servicio de Dios.

Alguien podría preguntarse: ¿pero qué chamba tendría que tener yo para lograr esto?, a lo que cabría responder: cualquiera es buena (claro, dentro de lo moral y legal), cualquier trabajo puede aprovecharse para este fin.

En el Evangelio dice que quienes lo seguían le pidieron a Jesús qué les dijera qué necesitaban para llevar a cabo las obras de Dios, a lo cual Él respondió “*La obra de Dios consiste en que crean en Aquel que Él ha enviado*” (Jn 6, 29).

Es decir, que para realizar las obras de Dios lo primero es creer en Jesús, y la fe en Jesús consiste en decir 'sí' a lo que Él propone. Y ¿qué propone? que nos amemos unos a otros como Él nos ama (ver Jn 15,12); que cada uno se ponga al servicio de los demás a imitación de Él, que no vino a ser servido sino a servir (ver Mt 10,45).

¿Te das cuenta? Eso abre toda una gama de posibilidades maravillosas que puedes aplicar en tu vida diaria y, desde luego eso incluye tu trabajo. Ir, por ejemplo, cada día a trabajar pensando no qué puedes obtener sino en qué puedes contribuir; no qué bien te pueden hacer otros a ti sino tú qué bien puedes hacer a otros. Sucederá entonces algo muy curioso: estarás trabajando para conseguir lo que necesitas, pero no lo que pensabas que necesitabas, sino lo que en verdad necesitas y experimentarás un gozo verdadero y perdurable.

Decía San Francisco de Sales que difícilmente se nos presenta en la vida la oportunidad de hacer algo grandioso por Dios, pero todos los días tenemos la posibilidad de hacer cosas pequeñas con mucho amor. Aplicado esto al trabajo puede convertir el tedio de la rutina, ciertos roces con los compañeros, el cansancio y demás dificultades de la vida laboral, en oportunidades para realizar incontables obras de misericordia para ayudar a otros y a la vez crecer en amabilidad, paciencia, tolerancia, perdón, amor, y así, vivir y trabajar para el Señor.

Pan de vida

¿No te ha pasado que has oído ciertas palabras que aparentemente ya no te dicen nada, pero un día algo te hace detenerte a prestarles atención, a saborearlas, a reflexionar en ellas y les descubres nuevos aspectos que quizá no habías notado antes? Suele suceder con lo que hablamos y escuchamos todos los días, y también con la Palabra de Dios. Y tal vez por eso es que durante tres domingos (el que pasó, éste y el próximo) se nos está invitando a escuchar, del capítulo sexto del Evangelio según San Juan (ver Jn 6, 41-51) cierta frase de Jesús cuyo significado no puede pasar desapercibido porque es vital para nosotros: “*Yo soy el pan que da la vida*” (Jn 6, 48). Tomemos un momento para examinarla.

Empezamos por lo de pan. ¿Qué es el pan? Un alimento básico para el ser humano. En prácticamente todas las culturas del mundo existe algún tipo de pan. Es lo mínimo requerido para subsistir (pan y agua), pero no por ello se le menosprecia, pues además de necesario se le considera sabroso (¡qué tentador resulta el aroma de un pan calentito y crujiente recién salido del horno!).

Que Jesús se describa a Sí mismo como ‘pan’ resulta pues muy significativo: Te está diciendo: Yo soy tu sustento, tu alimento fundamental, aquello que te resulta indispensable, sin lo cual no puedes subsistir. Sin lo cual no puedes tener el corazón contento...

Y, ojo, no se trata de un pan cualquiera. El domingo pasado leíamos en el Evangelio que Jesús dejaba claro que no es un alimento que se acaba; y ahora y el próximo domingo lo escuchamos aclarar que tampoco es como el maná. ¿En qué está la diferencia? En que este pan: “*da la vida*” (Jn 6,48). Claro, si ese pan es Jesús, y Jesús es la Vida (ver Jn 1,4; 14,6), ese pan que es Él mismo, necesariamente es un pan que da la vida.

Hagamos nuevamente un alto para examinar qué entendemos por ‘vida’. El diccionario la define como lo opuesto a la muerte. Eso quiere decir que Jesús se nos está ofreciendo como Pan que nos permite derrotar a la muerte, y cabe pensar que no sólo al final de nuestra existencia mortal, sino ya en este mundo, pues este mundo nos invita continuamente a seguir opciones de muerte y necesitamos un pan del que es anuncio el que comió el profeta Elías, un pan que nos fortalezca para no sucumbir a la tentación de echarnos a morir sino despertar y reemprender sin cansancio el camino que nos conduce hacia Dios (ver 1Re 19, 4-8).

Jesús se nos ofrece a Sí mismo como Pan que da la vida, antídoto que nos libra de ser envenenados por un ambiente de muerte que exalta la violencia, el odio, la venganza, la injusticia, la mentira, el egoísmo, la interrupción de toda existencia que sea considerada inconveniente; el lamentable desperdicio de las propias capacidades o, peor aún, la tentación de ponerlas al servicio del mal. Comerlo nos permite enfrentar la oscuridad alrededor con una luz en nuestro interior que impide que nos engulla la tiniebla.

Pero eso no es todo. Este Pan no sólo nos nutre y sustenta espiritualmente en este mundo sino que nos garantiza la vida eterna. Dice Jesús que quien lo coma no morirá, que quien lo coma vivirá para siempre (ver Jn 6, 50-51). Es una afirmación extraordinaria. Nadie nunca prometió tal cosa y la cumplió, sólo Aquel que por nosotros murió y resucitó.

Ojalá que el empeño de la Iglesia de presentarnos durante tres domingos estas palabras del Señor nos haga volver a prestarles atención y despierte en nosotros el hambre de

recibir con renovado amor, devoción y anhelo a Jesús, Pan vivo, bajado del cielo.

Verdadera comida y verdadera bebida

Siempre procuraba despejar cualquier duda, responder toda pregunta, pero no en este caso; hacía siempre el esfuerzo de evitar cualquier malentendido, aun cuando éste no fuera involuntario sino a propósito y con mala voluntad, pero no en este caso.

Hubo numerosas ocasiones en que Jesús les hacía ver a quienes le planteaban alguna cuestión si estaban en un error, si lo habían entendido mal. Viene a la mente, por ejemplo, cuando en una ocasión Sus discípulos fueron a comprar comida y cuando regresaron y le pidieron que comiera, Él les dijo: *“Yo tengo para comer un alimento que vosotros no sabéis”*, y como ellos pensaron que alguien le había traído de comer, de inmediato les especificó: *“Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo Su obra”* (Jn 4, 31-34). En otra ocasión, les dijo a Sus discípulos que se cuidaran de la levadura de Herodes y ellos pensaron que lo decía porque no habían llevado panes, ante lo cual Él puntualizó que hablaba de otra cosa (ver Mt 16, 5-12). Incluso cuando se le acercaron unos saduceos a ponerle un ‘cuatro’, Él les explicó que estaban muy equivocados (ver Mc 12, 24-27). Y cuando hablaba en parábolas, era obvio que estaba empleando comparaciones entre dos realidades, una material y otra espiritual (ver Mc 4, 30; Lc 20,19).

¿Por qué es importante tener en cuenta que Jesús nunca dejó que quienes lo malinterpretaban quedaran en el error o se marcharan equivocados?, porque en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Jn 6, 51-58) vemos que Jesús hace una sorprendente afirmación: *“Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que Yo les voy a dar es Mi carne, para que el mundo tenga vida”*, Jn 6, 51).

Sus palabras provocan total desconcierto entre quienes lo están oyendo pues las toman al pie de la letra. Dice San Juan que incluso se pusieron a discutir entre sí *“¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?”* (Jn 6,52).

Jesús se da cuenta de esta reacción y ¿cómo reacciona? De manera completamente opuesta a lo que hubieran esperado. No sólo no les dice que lo entendieron mal, sino que reafirma lo que ha dicho, empleando todavía unos términos más fuertes: *“Yo les aseguro: Si no comen la carne del Hijo del hombre y no beben Su sangre, no podrán tener vida en ustedes. El que come Mi carne y bebe Mi sangre, tiene vida eterna. Mi carne es verdadera comida y Mi sangre es verdadera bebida. El que come Mi carne y bebe Mi sangre, permanece en Mí y Yo en él...”* (Jn 6, 53-56).

Llama mucho la atención que en un parrafito, que en la Biblia ocupa tan sólo cuatro versículos se repitan ¡cuatro veces! las referencias explícitas a comer Su carne y beber Su sangre. Es evidente que Jesús quiere hacer ver a aquellos que han tomado literalmente Sus palabras, que están en lo cierto.

A diferencia de lo que siempre hace cuando alguien lo malinterpreta, aclarar de inmediato que lo están malinterpretando, en este caso deja que piensen que está hablando de dar a comer Su carne y dar a beber Su sangre, ¿por qué?, porque en realidad ¡de eso está hablando, ni más ni menos!, no hay nada que explicar, nada que aclarar. No está empleando parábolas o metáforas, no está hablando simbólicamente. Está usando el lenguaje más franco que puede haber para expresar, sin dejar lugar a dudas, lo que será la Eucaristía.

Ese mismo lenguaje empleará en la Última Cena (“*Éste es Mi Cuerpo*”, “*Ésta es Mi Sangre*”) referidos al pan y al vino (ver Mc 14, 22-24), en ese mismo instante así transformados. No dice: ‘esto es como si fuera Mi Cuerpo’ o ‘ésta representa mi sangre’. Lo dice tal cual es.

No es posible entender estas palabras de Jesús de otra manera. Sin embargo hay quienes se resisten a creer en esto porque toman lo de ‘Cuerpo’ como referencia orgánica y como no ven la Hostia como un pedazo de piel, no creen, pero es que cuando Jesús habla de ‘Cuerpo’ está hablando de Sí mismo en un sentido integral, refiriéndose a toda Su Persona. Al decir: Mi Cuerpo está refiriéndose a que en la Eucaristía está todo Él, realmente presente, en Cuerpo y Sangre, Alma y Divinidad, pero oculto a nuestra mirada, bajo la forma del pan y del vino.

Sólo por la fe sabemos que Él está allí, pero Él ayuda a nuestra fe. A lo largo de los siglos ha habido numerosos milagros relacionados con Hostias que se han transformado visiblemente en tejido de corazón humano y han sangrado. Y han servido para fortalecer la fe de algunos que dudaban, pero nadie las ha comulgado, no sólo porque fueron conservadas para someterlas a análisis sino también porque hay una resistencia natural a consumir tejido y sangre humana. Quizá sea por esta razón que el Señor he permitido que la Eucaristía conserve la apariencia de pan y de vino, pero son sin duda alguna, Su Cuerpo y Su Sangre.

¿Qué implica esto para nosotros? Para responder cabe recordar la famosa frase de Hipócrates: “Que tu alimento sea tu medicina” y considerar que si comer sano ayuda mucho a mantener sano el cuerpo físico para vivir mejor en este mundo, ¡cuánto más ayudará a mantener el alma sana, viva y colmada de amor, recibir a Aquel que es la Vida misma, el Amor mismo, que se nos da como alimento para que permanezcamos en Él, y vivamos por Él y para siempre!

¿A quién iremos?

“**E**ste modo de hablar es intolerable, ¿quién puede admitir eso?”. Este exasperado reclamo, planteado con relación a unas palabras de Jesús fue lanzado por Sus contemporáneos, pero desde entonces mucha gente lo ha venido pronunciando a lo largo de los siglos. La primera vez lo expresaron quienes luego de escuchar a Jesús llamarse a Sí mismo “*pan vivo bajado del cielo*” y decir que el que comiera Su carne y bebiera Su sangre tendría vida eterna, se sintieron escandalizados (ver Jn 6, 51-54) y todavía más cuando, según nos narra el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Jn 6, 55. 60-69), Jesús, en lugar de matizar Sus palabras, insistió en lo mismo con términos que no dejaban lugar a dudas: “*Mi carne es verdadera comida y Mi sangre es verdadera bebida*” (Jn 6, 55).

Es triste ver la reacción de inmediata resistencia con que esto fue recibido. Sus oyentes no preguntaron cómo sería eso o por qué; no se abrieron ni tantito a explorar lo que podría significar para sus vidas. Se limitaron a considerarlo inadmisibles y punto. Y lamentablemente desde entonces es así como muchos consideran éstas y otras palabras de Jesús.

¿Cómo que amemos a nuestros enemigos, les hagamos un bien, los perdonemos?(Lc 6,27.37c) ¡Este modo de hablar es intolerable!, ¿quién puede admitir eso? Si lo lógico es guardarles rencor y darles su merecido!

¿Cómo que “no matarás”? (ver Mt 5,21) ¡Este modo de hablar es intolerable! ¿quién puede admitir eso? Si lo políticamente correcto es promover el ‘derecho a decidir’ interrumpir la vida humana, sea cuando apenas empieza o antes de que pueda llegar a su fin natural; si lo más simple es responder a la violencia con violencia y suprimir a cuantos nos incomoden.

¿Cómo que no se permiten las relaciones fuera del matrimonio, y que éste debe ser entre un hombre y una mujer y para siempre? (ver Mc 7,21;10,6-9) ¡Este modo de hablar es intolerable!, ¿quién puede admitir eso? Si ahora lo que se usa es experimentar y divertirse sin comprometerse.

¿Cómo que no cometamos adulterio ni con el pensamiento?(ver Mt 5, 27-28) ¡Este modo de hablar es intolerable! ¿quién puede admitir eso? Si abundan las películas, canales de tv, revistas, sitios de internet y negocios que animan a sus usuarios a cometerlo, no se diga a pensarlo.

¿Cómo que “digan sí cuando es sí y no cuando es no”? (ver Mt 5,37) ¡Este modo de hablar es intolerable!, ¿quién puede admitir eso? Si en este mundo lo usual es engañar, decir medias verdades, falsear los hechos, ajustar las palabras según la conveniencia del momento.

¿Cómo que no puedo servir a Dios y al dinero y que un rico difícilmente entrará en el Reino? (ver Mt 6,24;19.23) ¡Este modo de hablar es intolerable!, ¿quién puede admitir eso? Si la sociedad promueve consumir, acumular, hacer lo imposible por comprar poder, lujos, placer, seguridad.

¿Cómo que “quien quiera ser el primero que sea el último y el servidor de todos”? (ver Mc 9, 35) ¡Este modo de hablar es intolerable! ¿quién puede admitir eso? ¡Si en este mundo de lo que se trata es de ser el número uno y dominar!

Con éstas y parecidas objeciones han sido recibidas las propuestas de Jesús por quienes en lugar de dedicar siquiera un momento a considerar su valor y su sentido, han preferido alejarse. Leemos que hubo discípulos de Jesús que por lo que dijo ya no querían seguirlo. Y lamentablemente también hoy algunos se apartan de la fe, molestos por lo que ésta exige, sin

darse ni una oportunidad para descubrir que lejos de ser una carga o impedir la propia libertad o felicidad, es fuente de auténtica realización, alegría y paz porque en lugar de aceptar salidas fáciles que sólo ‘animalizan’ al hombre, contribuye a devolverle su verdadera dignidad.

Cuando Jesús se dio cuenta de que otros se habían ido, seguramente lo lamentó, pero no se desdijo ¿cómo hubiera podido hacerlo?, lo que ofrecía era ¡el regalo más extraordinario!, qué pena que no se hubieran dado cuenta. Entonces “preguntó a los Doce: “¿También ustedes quieren dejarme?’ Simón Pedro le respondió: ‘Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna’...” (Jn 6, 67-68).

¡Qué significativa y certera contestación! Sus inspiradas palabras nos llegan oportunas para que cada vez que nos cueste trabajo entender o cumplir lo que nos pide Jesús, cada vez que nos empiece a parecer que son más fáciles y apetecibles los caminos que propone el mundo, cada vez que sintamos la tentación de alejarnos, darle la espalda a la fe y vivir como si Dios no existiera, hagamos un alto y nos preguntemos: si dejamos al Señor, ¿a quién iremos?, ¿quién sino Él nos creó, nos redimió y nos ama con misericordia desde siempre y para siempre? Si nos apartamos de Aquel que es la Luz, ¿quién alumbrará nuestros pasos? ¿A quién iremos?

No nos engañemos; nadie más que Aquel que nos creó puede darnos felicidad verdadera. Como decía en un poema*: Él es el Camino, quien lo desanda se extravía; Él es la Verdad, quien lo desoye desatina; Él es la Vida, quien lo rechaza, vuelve al polvo...

* (Del libro 'Camino de la Cruz a la Vida' de la misma autora, p. 85)

Por dentro o por fuera

¿Cómo sería el mundo si nunca se hubiera inventado el maquillaje, los tintes de pelo, las cirugías estéticas, la liposucción, si jamás hubieran existido sustancias, artículos, artefactos o procedimientos cuyos solo objetivo fuera cosmético, es decir, para embellecer alguna parte del cuerpo? ¿Cómo hubiera sido si nadie hubiera podido pintarse los ojos o los labios, o respingarse la nariz o blanquear o desenchuecar sus dientes o restirarse las arrugas o disimular la calvicie o cubrir y recubrir sus canas o hacerse extraer la grasa extra? ¿Te imaginas?

Si la gente siempre hubiera lucido tal cual era y no hubiera podido alterar su aspecto ni ocultar su envejecimiento, probablemente en lugar de valorar tanto la belleza externa, que al natural no abunda y es efímera, hubiera vuelto su mirada hacia adentro, hacia la belleza interior, pues ésta está al alcance de todos y puede durar toda la vida.

Pensaba en ello al leer en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mc 7, 1-8.14-15.21-23) que Jesús reprochó a ciertos contemporáneos Suyos porque se preocupaban demasiado por limpiar lo de afuera y no por lo de adentro, cuidaban mucho que lo de fuera estuviera impecable, sin importar que el interior fuera un cochinerero. Les dijo -y sus palabras nos interpelan también a nosotros que solemos vivir muy volcados hacia afuera, pendientes del 'qué dirán', preocupados por cuidar las apariencias, -que no es lo de afuera

lo malo sino lo de adentro, y a continuación les dio varios ejemplos, entre los que mencionó: “*las intenciones malas, las fornicaciones, los robos, los homicidios, los adulterios, las codicias, las injusticias, los fraudes, el desenfreno, las envidias, la difamación, el orgullo y la frivolidad*” (Mc 7,21-22). Y concluyó: “*Todas estas maldades salen de dentro y manchan al hombre*” (Mc 7,23).

¿Por qué solemos dar tanta importancia a lo exterior? Quizá porque creemos que lo de dentro no se nota, pero ¿qué pasaría si estas palabras de Jesús se cumplieran literalmente? Si las maldades que cometemos nos provocaran auténticas manchas y, por ejemplo, al envidioso se le manchara la cara de verde, al iracundo de amarillo bilis, al que habla mal le salieran manchas negras en la boca y al que mata se le quedaran las manos manchadas de rojo? Yendo más allá de lo que se planteaba al inicio, ¿te imaginas cómo sería el mundo si no sólo no hubiera manera de hermostrar nuestro aspecto físico, sino que éste reflejara fielmente lo que hubiera en nuestro interior, sea que ello fuera hermoso (recordemos los rostros luminosos de Juan Pablo II y de Teresa de Calcuta, bellísimos a pesar de sus arrugas), o terrible?

Viene a la mente aquella macabra obra de Oscar Wilde: ‘El Retrato de Dorian Grey’, que contaba la historia de un joven muy guapo que al ver el retrato que le había pintado un amigo expresó su deseo de poder lucir siempre así y que la imagen del cuadro envejeciera en su lugar. Su deseo se cumplió y mientras él se conservaba lozano y atractivo, su retrato iba reflejando no sólo la edad real de Dorian sino también cada uno de los pecados, cada vez peores, que éste iba cometiendo, por lo que fue tomando un aspecto tan grotesco y repulsivo que su dueño terminó por esconderlo.

Si tuviéramos que salir así a la calle y todo mundo pudiera ver claramente el estado de nuestra alma porque no hubiera afeites que pudieran ocultarlo, quizá dejaríamos de preocuparnos sólo por cómo nos vemos por fuera y comenzaríamos a poner empeño en de veras asearnos y embellecernos por dentro.

Dorian Grey no lo hizo y su historia terminó trágicamente: atormentado por lo que le echaba en cara su horroroso retrato, consideró que el único remedio sería arrepentirse y confesarse de todo lo malo que había hecho, pero no quiso; en lugar de ello, en un ataque de rabia y desesperación, acuchilló el cuadro, mudo testigo del desastroso estado de su alma, con lo cual su retrato recuperó su bello aspecto original, pero él murió como lo que había llegado a ser: un monstruo.

El Evangelio dominical nos da la oportunidad (en el sentido de oportuna y en el sentido de posibilidad) de penetrar nuestro interior para examinarlo de veras y hacer lo necesario para arreglar lo que haga falta. ¿La aprovecharemos o nos empeñaremos en seguir retocando una y otra vez, una y otra vez, nuestras fachadas?

¡Ábrete!

¿Alguna vez has suspirado? ¿Qué te ha hecho suspirar? Se hizo esta pregunta a un grupo de personas y por sus respuestas se vio que eso de suspirar se usa en toda clase de situaciones; la gente suspira de felicidad pero también de tristeza; de amor, pero también de decepción; nostálgica por algo que ya pasó, pero también ilusionada por algo que espera; las razones para suspirar son tan diversas que sería imposible enumerarlas, pero todas tienen un elemento en común: la emoción. Un suspiro suele brotar como expresión de una honda emoción. Es por ello que resulta muy conmovedor leer en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mc 7, 31-37) que Jesús “*suspiró*”. ¿A qué se debió este suspiro? Para descubrirlo situémonos en la escena.

Dice San Marcos que unas personas llevaron ante Jesús a un hombre sordo y tartamudo. Hoy en día una persona así puede salir adelante, pero en tiempos de Jesús un sordo no tenía manera de comunicarse. No todo el mundo sabía escribir, no se había inventado el lenguaje de señas y fuera de algún intercambio elemental, no había manera de que este hombre entablara una comunicación profunda con nadie. El suyo era un caso dramático de soledad acompañada; vivía en medio de muchos pero realmente se sentía solo. Pero llegó el día feliz en que fue llevado ante Jesús. Dice el Evangelio que Jesús lo apartó de la gente. Empezó a rescatar así a este ser que se sentía perdido entre una multitud de caras gesticulantes que no

podía oír ni entender, y lo puso ante Sí, ante Su mirada bondadosa, ante Su amorosa atención. Y comenzó a sanarlo. Dice el Evangelio que luego de meter Sus dedos en los oídos del sordo y tocar su lengua, Jesús “*mirando al cielo, suspiró y le dijo: ‘¡Effetá!’* (que quiere decir: ‘¡Ábrete!’).

Qué significativo que primero Jesús mirara al cielo, como dirigiendo una mirada cómplice a Su Padre, ahora que se disponía a realizar uno de los signos que los profetas habían anunciado como señal de la venida del Mesías (como leemos en la Primera Lectura este domingo: “*los oídos de los sordos se abrirán*”, Is 35, 5); y más significativo aún que suspirara.

El suspiro de Jesús revela que no era indiferente ante la situación de aquel hombre, que le dolía verlo encerrado en el silencio y lo regocijaba poderlo rescatar. Entonces le mandó, y casi podemos palpar Su gran emoción al hacerlo: “*¡Ábrete!*” Y “*al momento se le abrieron los oídos, se le soltó la traba de la lengua y empezó a hablar sin dificultad*” (Mc 7, 35).

Esa palabra que sanó a uno que era físicamente sordo y tartamudo, resuena hoy con la misma emoción con que entonces la pronunció Jesús y con la misma capacidad de rescatarnos, esta vez, de nuestra sordera espiritual. Y

es que para un Dios que lo primero que pidió a Su pueblo fue “*¡Escucha, Israel!*” (Dt 5,1), para un Dios que se revela a través de Su Palabra, cuyos profetas pedían: “*Habla, Señor, que Tu siervo escucha*” (1Sam 3,10), esa sordera del alma es algo muy doloroso, que le entristece porque afecta sobre todo a quien la padece.

Dice el Evangelio que ese hombre era tartamudo; otras traducciones dicen que ‘hablaba con dificultad’ y en otras lo dan de plano por ‘mudo’. Su dolencia era física, pero representa a todos aquellos que, como han cerrado los oídos a la escucha de Dios, tartamudean, no saben más que repetir las mismas palabras de ira, de crítica, de soberbia, de maldición, no logran hablar el lenguaje fluido de la fe, la fraternidad, el consuelo, la justicia, la paz.

Este domingo se nos presenta a un hombre que representa a quienes están cerrados a la comunicación con

Dios. Y es muy significativo ver cómo reacciona Jesús con él, pues así reacciona contigo.

Visualízalo venir a ti para alejarte de esa multitud en la que te pierdes: la multitud de tus problemas, fracasos, pendientes y agobios.

Déjalo que sane tus oídos para que aprendas a reconocer Su voz, a escuchar y disfrutar Su Palabra.

Déjalo que toque tu lengua, para que sanes de lo que te ha imposibilitado hablar con Él y de Él.

Escúchalo suspirar por ti, date cuenta de cuánto le importas y sobre todo, deja que resuene y sacuda tu interior Su mandato: “*Ábrete!*”

Si hasta ahora no has creído en Él, ¡ábrete a la posibilidad de Su existencia, haz la prueba y verás que no sólo existe sino te ama y se interesa por ti!

Si crees en Él pero te has alejado de Él o de Su Iglesia, ¡ábrete a la posibilidad de volver a este Hogar en el que siempre encontrarás la puerta abierta!

Si hasta ahora has oído Su invitación a perdonar, a decir la verdad, a ayudar a otros, y por un oído te han entrado y por otro te han salido, ¡ábrete a la posibilidad de responder por fin que sí!

Lo que pedimos cuando hablamos con alguien que no quiere oír ni aceptar otro punto de vista: ¡ábrete!, ¡no te cierres!, nos lo pide hoy el Señor.

¡Ábrete! Abre tus oídos para escucharlo; abre tus manos para dejar que te conduzca donde quiera; abre tu corazón para que viva en ti.

Para salvarnos

¿Has notado que la gran mayoría de las historietas y películas para niños, y no pocas para adultos tienen como protagonista principal a un súper-héroe? Como que hay una fascinación de chicos y grandes por esos seres con poderes especiales que les permiten volar, hacerse invisibles, resistir las balas, tener una fuerza descomunal y hasta hacer girar el planeta en sentido contrario para regresar el tiempo.

En un mundo en el que impera la injusticia, la violencia y el miedo, resultan muy atractivos estos personajes fantásticos dedicados a defender a los ‘buenos’ de los ‘malos’ y salir siempre victoriosos. A mucha gente le gustaría poder contar con un súper-héroe invencible, listo para responderle al instante y rescatarla de toda dificultad.

Mientras comemos palomitas en un cine puede ser entretenido fantasear en que hubiera seres superdotados a nuestras órdenes, pero cuidado con fantasear respecto a Dios y pretender buscarlo sólo cuando queremos que use Su poder para librarnos de todo lo que nos disgusta. Luego de leer el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mc 8, 27-35) queda claro que pensar así es cometer un grave error.

Cuenta San Marcos que cuando Jesús preguntó a Sus discípulos quién decían que era Él, “*Pedro le respondió: ‘Tú eres el Mesías’...*” (Mc 8, 29b), en otras palabras: Tú eres aquel a quien Dios prometió enviar para salvar a Su pueblo.

Suponemos la emoción de Pedro por ser discípulo del

enviado del Todopoderoso, al que había visto curar enfermos incurables, calmar tempestades, devolver la vida a los muertos; cabe pensar que se sentía felicísimo de estar bajo Su amparo.

Dice el texto que Jesús *“les ordenó que no se lo dijeran a nadie”* (Mc 8, 30). Parecía una petición extraña; sus ancestros llevaban siglos esperando al Mesías y ahora que ellos sabían que había llegado les pedía callar, ¿por qué? Porque había una gran diferencia entre lo que esperaban de Él y lo que venía a ofrecerles.

Esperaban, por lo pronto, un salvador político que los rescatara del yugo romano y los liberara de todos sus enemigos. Él en cambio venía a traer no una salvación temporal, sino la salvación definitiva, la salvación del pecado y de la muerte, y para ello tenía que asumir, hasta sus últimas consecuencias, el pecado del hombre y su muerte.

Dice San Marcos que Jesús *“se puso a explicarles que era necesario que padeciera mucho, que fuera rechazado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, que fuera entregado a la muerte y resucitara al tercer día”,* y que *“todo esto lo dijo con entera claridad”*(ver Mc 8, 31-32).

Debe haberlos desconcertado completamente escuchar que Él, siendo enviado de Dios, debía ser rechazado por aquellos dedicados a Dios; que Él que había venido a traer la alegría de la Buena Nueva debía padecer; que Él, que había devuelto la vida a los muertos, tenía que morir. No lo entendieron. Esperaban que el enviado de Dios acabara con sus adversarios, no que dejara que éstos acabaran con él.

Dice el Evangelio que entonces Pedro se llevó aparte a Jesús y *“trataba de disuadirlo”* (Mc 8, 32b), es decir, buscaba convencerle de no tener que pasar por todo eso, pero Jesús no se lo permitió. Mirando a Sus discípulos (como para que supieran que no sólo lo diría por Pedro sino por todos) le lanzó palabras durísimas: *“¡Apártate de mí, Satanás! Porque tú no juzgas según Dios, sino según los hombres”* (Mc 8, 33). ¿Por qué lo llamó así? Desde luego no porque Pedro fuera el diablo (si lo hubiera sido Jesús no lo hubiera constituido roca sobre la que fundaría la Iglesia, ver Mt 16, 17-19), sino porque en ese momento estaba actuando como el demonio al tentar a Jesús

con la posibilidad de no cumplir el plan de salvación al que había sido enviado, un plan que implicaba sufrir para redimir nuestro sufrimiento y morir para librarnos de las ataduras del pecado y de la muerte.

Pobre Pedro, pasó del tino al desatino en un instante. Había hablado inspirado por el Espíritu Santo al reconocer a Jesús como Mesías, pero luego habló inspirado por su propio interés, desde luego por su amor por su Maestro y quizá también por su miedo. Cabe pensar que el anuncio de la Pasión y Muerte de Jesús le dio pavor, no sólo por saber lo que le pasaría a Jesús, sino por pensar que podría pasarle a él, y su miedo le impidió captar que Jesús también anunció que resucitaría.

Lo bueno es que nosotros sí lo captamos. Y no sólo como anuncio sino como realidad. Y eso lo cambia todo.

Saber que el Señor resucitó nos libra del temor y nos permite aceptar lo que nos toque vivir, por difícil que sea, sabiendo que toda vivencia puede convertirse en camino de salvación si la encomendamos a Aquel que por nosotros murió y resucitó, Aquel que nos invita a tomar nuestra cruz y seguirlo, Aquel que nos anima a perder la vida por Él para salvarla.

¿Quién es el más importante?

¿ Cuándo consideramos que una persona es importante? Probablemente cuando aporta algo que valoramos mucho. ¿Es bueno sentirse importante? Según los frutos que ello produzca. Por ejemplo, si por sentir que es valioso para su familia, alguien deja de fumar y de tomar para cuidar su salud y no poner en riesgo la paz o la seguridad de quienes más lo aprecian y necesitan, es positivo. Pero si por sentirse importante alguien pretende ser superior, desprecia a otros y cree que deben rendirle pleitesía, no lleva a nada bueno.

Esto viene a colación porque en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mc 9, 30-37) leemos que los discípulos se pusieron a discutir cuál de ellos era el más importante.

No suena a charla amistosa, más bien cabe imaginar que tuvieron un intercambio acalorado en el que cada uno alegó tener mayor importancia que los demás, y por eso cuando llegaron a casa y Jesús les preguntó de qué discutían por el camino les dio pena contestar.

Dice San Marcos que “*entonces Jesús se sentó*”, una observación para hacer ver que Jesús adoptó la postura que empleaban los maestros para dar una enseñanza fundamental. Y la dio. Les dijo: “*Si alguno quiere ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos*” (Mc 9, 35).

Con divina pedagogía, Jesús aprovecha el deseo de Sus discípulos de ser importantes y no lo suprime, lo encauza, o mejor dicho, lo pone de cabeza porque les hace ver que es al revés de lo que pensaban; que ocupa el primer lugar no quien quiere ser servido, sino quien quiere servir.

¿Por qué plantea Jesús algo tan a contracorriente del mundo? Porque el mundo suele hacer sentir importante a la gente no porque realmente la considere así sino para manipularla y provocar que caiga en la trampa del consumismo: ‘te hacemos creerte importante, te damos trato de ‘vip’ (very important people: gente muy importante), te llamamos ‘consentido’, ‘preferente’, ‘miembro exclusivo’, para que te portes a la altura y compres y gastes en todo lo que contribuya a mantener tu inflada imagen.

Pero seguir los criterios del mundo y sentirse falsamente importante puede tener fatales consecuencias para el alma, pues la afecta en tres aspectos fundamentales:

1. En su relación con Dios

La persona llega a creer que no necesita de Dios, que puede resolverlo todo con su poder y su dinero, o, si acaso cree en Dios, no le pide, ¡le exige!; supone que todo lo merece, no logra captar la gratuidad, que todo es don, regalo divino, que no hay nada que pudiera hacer que le ‘compre’ el amor y la salvación que Dios ofrece.

2. En su relación con los demás

Falta a la caridad: convierte a todos en subalternos a los que ordena, ofende, critica y discrimina, y si recibe algún trato que no le parece digno de la grandeza que se auto-atribuye, se ofende fácilmente y guarda rencor.

3. Consigo mismo

Cae en la soberbia; no reconoce sus propios defectos y miserias; no tiene humildad; reacciona como el fariseo que en lugar de pedirle perdón a Dios se alababa a sí mismo delante de Él.

Como se ve, hay gran peligro en eso de sentirse importante, y por eso Jesús lo contrarresta yéndose al otro extremo: el que quiera ser el primero, sea el último. Pero ojo, no se trata de irse pavoneando a ocupar el último lugar para ser alabado por humilde.

Contaba un padre que cuando era seminarista le pedía a Dios que le diera humildad, y un día contrajo una enfermedad que lo hizo depender de otros en aspectos que lo abochornaban. Cuando se quejó de ello, su director espiritual le preguntó: ‘¿pues qué no estabas pidiéndole a Dios humildad?, Le respondió: ‘sí, pero no de ésa; yo quería de la humildad que hace que todos comenten admirados ‘¡¡qué humilde es!!’.

Cuidado con buscar el último lugar con el fin de ser admirados; Jesús pide la auténtica actitud de humildad que brota de un corazón que ama a los demás, los tiene por mejores y los quiere servir, es decir, quiere usar sus cualidades y dones no para beneficiarse egoístamente sino para beneficiar a otros. ¿Y quiénes son esos otros? Nos lo dice dos veces Jesús: “*todos*”. Eso significa que estamos llamados a servir no sólo a nuestra familia, a quienes nos caen bien o a quienes pueden recompensarnos luego, sino a todos: a los difíciles, ingratos, que nos caen mal, que aparentemente no se lo merecen.

No es fácil, pero es indispensable si se desea seguir a Jesús. Y tiene recompensa. Quien lo haga descubrirá su verdadera importancia y que ésta no depende de que forme parte de un grupito al que sólo tienen acceso unos cuantos ‘privilegiados’, ni de recibir una tarjeta metálica o un trato especial en ciertos establecimientos, sino de ser hijo del Padre y hermano de Jesús, y colaborar con Él y como Él, desde el amor y la humildad, al servicio de todos.

Cortar por lo sano

Seguramente no quería que estas tres recomendaciones fueran tomadas el pie de la letra, pero ello no significa que no estuviera hablando muy en serio.

En el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mc 9, 38-43.45.47-48) Jesús dice: *“Si tu mano te es ocasión de pecado, córtatela; pues más te vale entrar manco en la vida eterna, que ir con tus dos manos al lugar del castigo, al fuego que no se apaga. Y si tu pie te es ocasión de pecado, córtatelo; pues más te vale entrar cojo en la vida eterna, que con tus dos pies ser arrojado al lugar de castigo. Y si tu ojo te es ocasión de pecado, sácatelo; pues más te vale entrar tuerto en e Reino de Dios, que ser arrojado con tus dos ojos al lugar de castigo, donde el gusano no muere y el fuego no se apaga”* (Mc 9,43-48).

Es evidente que Jesús no pretendía que Sus seguidores fueran -fuéramos- por la vida dejando un reguero de manos, pies y ojos pues los únicos beneficiados serían los perros callejeros y los fabricantes de prótesis.

Jesús enfatizó muchas veces y en distintas ocasiones que lo más importante no es lo externo sino la intención (ver Mt 5,27;Mc 7,15), por lo que de nada serviría mutilarse si se conservara en el corazón el deseo de continuar pecando.

Entonces ¿por qué el Señor nos dice algo que suena tan drástico? Para que prestemos atención al mensaje fundamental que quiere transmitirnos mediante esos tres exagerados

ejemplos: Debemos rechazar inmediata y tajantemente todo pecado, aun si ello implica tener que hacer algo que nos duela mucho o nos cueste mucho trabajo.

¿Por qué nos pide esto Jesús? Porque sabe que si rechazamos a tiempo el pecado, éste pierde todo poder sobre nosotros, pero si lo acogemos cobra fuerza, debilita nuestra voluntad y puede llegar a dominarnos.

Para ilustrar esto sirven dos ejemplos que daba San Francisco de Sales. Él comparaba la voluntad y el pecado con lo que sucede con una señorita a la que ronda un pretendiente. Mientras ella no le dé el ‘sí’ mantiene el poder, impone sus gustos; decide a donde comer, pasear, etc. pero una vez que acepta casarse con él, queda sujeta a su autoridad.

Igualmente, antes de las elecciones, los candidatos dependen completamente de los electores, éstos tienen el poder de decisión, pero una vez que eligen a alguno, quedan bajo su gobierno, ahora manda él pues le han entregado el poder.

Decía San Francisco que así sucede con el pecado. Cuando nos ronda, cuando es apenas una posibilidad a la que no hemos accedido, no tiene ningún poder o dominio sobre nosotros; si, como se dice popularmente, ‘cortamos por lo sano’, podemos vencerlo, pero si lo acogemos, si aceptamos su propuesta, si le damos entrada, nos ponemos voluntariamente bajo su dominio. Y ello puede encaminarnos al desastre. Lo hace notar insistentemente Jesús.

Como se ve vale la pena poner un alto a tiempo, pero cabe preguntarse: ¿y si no?, ¿y si alguien ya cometió el error de dejar que su mano, que su pie, que su ojo fueran ocasión de pecado?, ¿qué se puede hacer si la propia voluntad ya ha sido dominada por el pecado?

Cabe responder citando de nuevo San Francisco de Sales: el amor logra mandar sobre la voluntad. Un ejemplo: El esposo de una amiga comentaba admirado que ella, que se acuesta cansadísima tras una agotadora jornada, consigue levantarse al instante si oye llorar a su bebé. ¿Qué la hace capaz de arrancarse así del sueño? su amor por su hijo.

Otro ejemplo: a un señor que pedía limosna a pleno sol sentado en la banqueta con su chiquita en brazos, alguien le

regaló un refresco y lo primero que él hizo fue darle de beber a ella. ¿Qué lo hizo capaz de renunciar a saciar su propia sed? su amor por su niña. Pues si el amor humano hace a alguien capaz de dominar así su voluntad, ¡cuánto más la dominará con el amor de Dios!

La gracia divina que recibimos en el Bautismo y en la Confirmación, y cada vez que acudimos al Sacramento de la Reconciliación y a la Eucaristía, fortalece nuestra voluntad, la hace capaz de superar y rechazar el pecado. Quien abre su corazón al amor de Dios, comienza a vivir ya desde ahora, la felicidad eterna; quien lo rechaza se encamina a lo que Jesús llama: ‘lugar de castigo’, pues no hay peor castigo para quien ha sido creado por y para el amor, que verse privado de éste para siempre.

Este domingo el Evangelio echa por tierra los pretextos de quienes dicen: ‘sólo soy humano’ para justificar su debilidad para caer en el pecado. Con ayuda de la gracia podemos dominar nuestra humanidad pecadora y entrar completos, en el amplio sentido de la palabra, en el Reino de Dios.

Lo que Dios unió...

‘**P**ara siempre’. Es una expresión que suena demasiado seria y comprometedor cuando la principal motivación para casarse es tener ‘permiso’ para compartir la misma cama y pasarla bien. Y lamentablemente abundan las parejas que se casan por razones puramente egoístas: ‘lucirla en las cenas de la oficina’; ‘matar de envidia a mis amigas’; ‘que limpie, lave, planche y cocine rico como mi mamá’; ‘que me mantenga y cumpla todos mis caprichos’.

Claro, cuando ésas son las motivaciones, ¿qué pasa si la bonita se arruga, al guapo le sale panza, el ama de casa debe salir trabajar o a él lo corren del empleo? Aquello de ‘y prometo amarte y respetarte todos los días de mi vida’ comienza a parecer incumplible y cada uno quiere salir por la puerta más rápido que aprisa. Es por eso que hoy en día muchas parejas se casan pensando: ‘si no resulta, me divorcio y ya’. Así de fácil. Pero entonces llega el inquietante Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mc 10, 2-16).

Ahí se narra que unos fariseos se acercan a Jesús a preguntarle si es lícito divorciarse. Jesús les pregunta qué dice la ley y ellos mencionan lo que desde tiempos de Moisés se permitía: darle a la mujer un documento para obtener lo que en nuestros días se conoce como ‘divorcio exprés’, que al igual que éste podía solicitarse por la mayor nimiedad y sin pensarlo dos veces.

Jesús les hace notar que están citando una ley humana, pero la ley divina es muy distinta, pues en el plan de Dios los esposos quedan indisolublemente unidos. Podemos imaginar que quienes lo escucharon entonces y quienes lo escuchan ahora se preguntan por qué Dios determinó que esa unión fuera permanente; ¿quería acaso hacerle la vida de cuadritos a las parejas condenándolas a tenerse que aguantar hasta la muerte? ¡Nada de eso, todo lo contrario! Pensar así demuestra en primer lugar un total desconocimiento de Dios, que jamás hace nada para perjudicar al hombre, y, en segundo lugar muestra que no se comprende el sentido cabal del matrimonio cristiano. Y ¿cuál es ese sentido? Que el hombre y la mujer se unan para hacerse mutuamente dichosos, es decir, que él piense: ‘me caso con ella porque quiero dedicar mi vida a hacerla dichosa’; y que ella piense: ‘me caso con él porque quiero dedicar mi vida a hacerlo dichoso’.

Pero ojo, no estamos hablando de una dicha frívola, superficial, pasajera, sino del concepto de dicha como se entiende en el Evangelio, y también cuidado con malinterpretar esto y decir, ‘ah, bueno, como son dichosos los que lloran (ver Mt 5,5), me la voy a agarrar a trancazos’; ‘como son dichosos los que tienen hambre y sed (ver Mt 5,6), no le preparo la comida’, y así por el estilo. No.

Se trata de entender la dicha como sinónimo de bienaventuranza, un concepto que engloba alegría en el alma, paz interior, la felicidad de la que gozan los santos.

Sí, aunque parezca exagerado, el principal objetivo del matrimonio es la santificación de los esposos, pero ojo de nuevo, no en el martirio, sino en la búsqueda del verdadero bien del otro.

Decir: ‘me caso para hacerlo feliz’ debe ser sinónimo de: ‘me caso para ayudarle a alcanzar la plenitud a la que Dios le llama, la plenitud de sus cualidades, la plenitud de su gozo, de su paz, de su unión con Dios’.

Se entiende así que los esposos puedan entonces prometerse fidelidad: ‘en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza’. Claro, si la motivación es hacer al otro dichoso, se puede cumplir

aunque esté enfermo; en cambio si la motivación es que el otro me haga dichosa, qué fastidio que se ponga malo y tener que aguantar sus quejas y atenderlo; si la motivación es hacerla dichosa, se puede cumplir aunque le salgan patas de gallo, pero si la motivación es que me haga dichoso, qué decepción que ya no sea atractiva, surge la tentación de sustituirla por una jovencita...

Queda claro que lo que debe motivar y sostener un matrimonio es el amor, pero para que ese amor sea suficientemente fuerte como para durar toda la vida, como para superar toda clase de dificultades y pruebas, tiene que tener como sustento, inspiración y fuente el amor de Dios.

Y ése es el sentido de casarse por la Iglesia; no para lucir un vestido blanco, no para tener un certificado, no para ‘sacarla bien de su casa’, para que les echen la bendición y hacer pachanga, sino para suplicar y obtener la gracia divina de amar a la pareja como la ama Dios, con un amor fiel, misericordioso, solidario, gozoso, invencible, y ayudarse mutuamente a caminar hacia la santidad a la que están llamados y cada uno poder decir, como el profeta: *“Yo te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia y en derecho, en amor y en compasión, te desposaré conmigo en fidelidad y tú conocerás al Señor.”* (Os 2, 21-22).

Entonces sí, lo que Dios unió, nunca podrá separarlo el hombre.

La tristeza de la riqueza

De todas las enseñanzas de Jesús que van a contracorriente de lo que propone el mundo, la que se refiere a las riquezas ocupa un sitio muy especial. Y es que mientras que el mundo considera que lo mejor es tener cada vez más dinero, Jesús no lo cree así, como se ve en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mc 10, 17-30).

En él se nos narra cuando un hombre que quería saber qué debía hacer para alcanzar la vida eterna se lo preguntó a Jesús y Él le recordó los mandamientos, en especial los que tenían que ver con la caridad fraterna, pero el hombre no se conformó. Le dijo a Jesús que ya todo eso lo cumplía. Recibió entonces dos cosas que deben haberlo impactado: una mirada llena de amor de Jesús y una propuesta Suya de vender todo, dar el dinero a los pobres, para así tener un tesoro en los cielos, y luego seguirlo. Dice el Evangelio que el hombre se marchó triste porque tenía muchos bienes y entonces Jesús dijo: *“¡Qué difícil les va a ser a los ricos entrar en el Reino de Dios!* (Mc 10, 23).

De esta escena algunos han sacado la superficial conclusión de que Jesús odiaba a los ricos, lo cual es falso. Lo prueba que a ese hombre que sin duda alguna tenía aspecto de ser adinerado, lo primero que le dijo Jesús no fue que vendiera todo, sino que cumpliera los mandamientos. Fue hasta que el hombre dio a entender que aspiraba a algo más, a una mayor

perfección espiritual, por así decirlo, cuando Jesús le propuso que se deshiciera de sus bienes.

Queda claro que Jesús no considera que sea imposible que un rico se salve, pero, debido al comentario que hace cuando aquel hombre se marcha entristecido, también queda claro que piensa que tener, o incluso aspirar a tener, demasiados bienes materiales dificulta tremendamente entrar en el Reino. ¿Por qué? Si reflexionamos en ello podemos encontrar no sólo una razón sino cuando menos diez:

1. La riqueza da una falsa sensación de poder

Se cree que con dinero se puede conseguir todo, comprar todo, tener el control de la situación. Pero además de que lo verdaderamente valioso en la vida no es comprable, para entrar en el Reino hay que estar dispuestos a experimentar el alivio y la paz de poner la propia vida en manos de Dios (ver Sal 49).

2. La riqueza estimula el egoísmo

Fácilmente se cae en la tentación de usar el dinero sólo para satisfacer los propios caprichos. Pero entra en el Reino sólo quien descubre que hay más alegría en dar que en recibir (ver Hch 20,35) y se atreve a imitar a Aquel que no vino a ser servido sino a servir (ver Mc 10, 42-45).

3. La riqueza fomenta el comodínismo

Se quiere tener todo al alcance de la mano y hacer el mínimo esfuerzo. Pero para entrar en el Reino vale la pena esforzarse por pasar por la puerta estrecha (ver Lc 13,24).

4. La riqueza invita a la frivolidad

Se vive en un mundo de fantasía en el que no se tiene conciencia de las carencias de otros. Pero para entrar en el Reino no hay que evadir la realidad sino atender (en el sentido de estar atentos y de hacer algo al respecto) las necesidades de los demás (ver Mt 25, 31-46; St 2, 15-17).

5. La riqueza propicia el consumismo

Se compra sólo porque se puede comprar; se acumula lo que no hace falta. Pero el Reino es para quienes van ligeros por la vida, sin ataduras, dispuestos a dejar, a desprenderse, a vivir con sobriedad (ver Lc 9,13; 1Pe 1,13-16).

6. La riqueza distorsiona los valores

Se cree que es más valioso el tener que el ser. Pero en el Reino lo valioso no es lo que se ha conseguido sino lo que se ha entregado en favor de otros (2Cor 9, 6-9).

7. La riqueza despierta desmedida ambición

Se tiene mucho pero se desea más. Se equivoca el camino: no se lucha por alcanzar la santidad, sino cierta cantidad...Pero entran en el Reino quienes saben poner la mirada en los bienes del cielo no en los de la tierra (ver Col 3,2).

8. La riqueza provoca injusticia y discriminación

Se juzga a los demás por su dinero y se les desprecia si no tienen. Pero en el Reino sólo se puede entrar cuando se ama a todos como hermanos (ver St 2, 1-9).

9. La riqueza provoca inquietud

Se teme perderla. Se dedican muchos esfuerzos a protegerla. Pero para entrar en el Reino hay que dejar de preocuparse por esos bienes que pueden apolillarse o ser robados y ocuparse de los que duran para siempre (ver Lc 12, 22-33).

10. La riqueza roba el corazón

Pero sólo pueden entrar en el Reino quienes han comprendido que la avaricia es una idolatría (ver Col 3,5), que si nada trajimos a este mundo, nada podremos llevarnos de él (ver Lc 12, 16-21), y, que como hijos del Padre, estamos llamados a no poner el corazón en bienes efímeros sino eternos.

Dice el Evangelio que el hombre rico se marchó apesadumbrado. Claro. No podía irse gozoso si dejaba atrás a Aquel en quien hubiera hallado la fuente de la verdadera

alegría. Y es que al revés de lo que el mundo nos quiere hacer creer, la riqueza en sí no hace a nadie dichoso.

Todos misioneros

En un mundo que todo lo relativiza, eso de que la Iglesia se dedique todavía hoy en día a las misiones puede parecerle no sólo incomprensible sino incluso intolerable a mucha gente que vive según el principio de ‘yo tengo mi verdad y tú tienes la tuya; yo no te impongo mi verdad, no pretendas tú imponerme la tuya’.

¿Por qué se sigue empeñando la Iglesia en ser misionera? Porque la verdad que ella quiere compartir no es producto de la inteligencia, imaginación, experiencia o sagacidad humana, sino que fue revelada por Dios, y eso marca toda la diferencia.

No se trata de poner a competir dos verdades humanas igualmente válidas, se trata de dar a conocer la verdad divina.

Recordemos que cuando estaba ante Pilato, Jesús dijo: *“para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha Mi voz”* (Jn 18,37), entonces Pilato preguntó: *“y qué es la verdad?”*, pero lamentablemente no se quedó a escuchar la respuesta; si lo hubiera hecho, quizá Jesús le hubiera repetido aquello que había dicho alguna vez: *“Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida; nadie va al Padre si no es por Mí”* (Jn 14,6), una afirmación muy atrevida que sonaría a locura o a mentira si luego no la hubiera probado, si luego no la hubiera cumplido, pero la probó y la cumplió con Su Resurrección. Y una vez

resucitado, pidió a los Suyos dar a conocer esta verdad en todo el mundo.

Leemos en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mc 16, 15-20): “*Vayan por todo el mundo y prediquen el Evangelio a toda creatura*”. He aquí el origen de la labor misionera de la Iglesia, he aquí la razón por la que hasta el día de hoy sigue empeñada en proclamar la Buena Nueva hasta los últimos confines de la tierra.

Este domingo se celebra el Domingo Mundial de las Misiones, en el cual no sólo se realiza una colecta especial destinada a apoyar económicamente esta vital labor, sino que se nos recuerda de manera especial que todos los bautizados estamos llamados a ser misioneros. ¿Cómo podemos responder a este llamado? Consideremos, cuando menos, tres opciones:

La primera consiste en orar diariamente por los misioneros, y, por ejemplo, al comulgar, rezar el Rosario u orar ante el Santísimo, tener presentes sus intenciones y necesidades. Recordemos que Santa Teresita del Niño Jesús fue nombrada ‘santa patrona de los misioneros’ sin que hubiera salido jamás del convento, sólo porque rezaba intensamente por ellos; así es de importante el apoyo que se les puede dar con oración. Proponte, pues, encomendar todos los días a los misioneros y misioneras a la providencia divina, para que la fuerza y el amor de Dios los sostenga en su difícil labor.

La segunda consiste en participar de modo más comprometido en alguna misión, no conformarte con apoyarlas con donativos, lo cual es desde luego importante e indispensable, sino animarte, durante un tiempo determinado, a irte de misión, sea en otro país o en México.

Es una experiencia impactante que no sólo te permite enriquecer a otros compartiendo lo que el Papa llama ‘experiencia de Dios como fuente de libertad y de gozo’, sino te enriquece espiritualmente a ti, pues te hace aprender a depender totalmente de Dios y fiarte de Él, comprobando cómo siempre responde; poner tus propias capacidades al servicio de otros; revalorar lo que siempre has tenido a tu disposición (bienes espirituales, afectivos, culturales, materiales, que quizá dabas por hecho y no apreciabas

debidamente hasta ahora que tienes oportunidad de descubrir que no todos los tienen), y al regresar darte cuenta de que en realidad recibiste mucho más de lo que fuiste a dar...

La tercera consiste en considerar ‘tierra de misiones’ el lugar donde vives, estudias, trabajas, te diviertes, en otras palabras, te desenvuelves cotidianamente, y aprovechar las oportunidades que se presenten para dar testimonio de lo que significa para ti saber que existe Dios, que es Todopoderoso y te ama, y en todo interviene para bien.

Quizá a más de uno le parezca preferible ir a enseñar catecismo a África que compartir sus experiencias religiosas con un compañero de trabajo, un familiar o un amigo del que teme recibir crítica o burlas, pero esta manera de misionar es importantísima, y puede rendir frutos tan abundantes como aquélla.

Cabe recordar lo que dice en la conclusión del documento que elaboraron el Papa y los obispos en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe: “¡Necesitamos salir al encuentro de las personas, las familias, las comunidades y los pueblos para comunicarles y compartir el don del encuentro con Cristo, que ha llenado nuestras vidas de ‘sentido’, de verdad y amor, de alegría y de esperanza! No podemos quedarnos tranquilos en espera pasiva en nuestros templos, sino urge acudir en todas las direcciones para proclamar que el mal y la muerte no tienen la última palabra, que el amor es más fuerte, que hemos sido liberados y salvados por la victoria pascual del Señor de la historia, que Él nos convoca en Iglesia, y que quiere multiplicar el número de sus discípulos y misioneros en la construcción de su Reino en nuestro Continente...”

Claridad

Era ciego, pero veía claramente. Sí, con los ojos del alma supo ver lo que podía significar el paso de Jesús en su vida, y gracias a esta claridad suya, reaccionó como nos lo cuenta el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mc 10, 46-52), de un modo tan certero y oportuno, que bien puede convertirse en ejemplo del cual imitemos siete actitudes:

1. Este ciego, llamado Bartimeo, se hallaba sentado pidiendo limosna cuando pasó por ahí Jesús con Sus discípulos y mucha gente; entonces *“comenzó a gritar: “¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!”* (Mc 10,47). Solicita misericordia a Aquel que es Misericordioso. Sabe que si Jesús pone Su mirada en él, verá su miseria, su necesidad, y se compadecerá, que no es sentir lástima, sino hacer propios los sufrimientos ajenos. Tiene toda su fe y su esperanza puesta en Él y no quedará defraudado.

2. *“Muchos lo reprendían para que se callara, pero él seguía gritando todavía más fuerte”* (Mc 10,48). Quizá algunos despreciaban a este hombre (recordemos que se pensaba que la enfermedad era causada por el pecado, así que quien padecía una discapacidad era tachado de pecador) y no lo creían digno de dirigirse al Maestro, o quizá les molestaban sus gritos. El caso es que pretenden callarlo pero él no se deja.

Hoy en día también hay unos que desprecian y quieren callar al que demuestra públicamente su fe (¡guárdate tus creencias en privado, si se sabe serás criticado, ridiculizado, te llamarán mocho, retrógrada, ¡no te la vas a acabar!), y hay otros a los que incomoda y molesta lo que enseña la Iglesia y también quieren acallarla. Hay que aprender del ciego a no dejarse silenciar.

3. Jesús se detuvo y pidió que llamaran al ciego. Obedecieron diciéndole: “¡Ánimo! Levántate, porque Él te llama.”(Mc 10,49). Tan animadoras palabras contrastan con los ‘¡¡ya cállate!!’ que le acababan de endilgar. Tal vez las dijeron otros o los mismos se arrepintieron de haber querido silenciarlo, al ver que el propio Jesús lo consideraba digno de Su atención. En todo caso le hacen una invitación que sigue vigente para nosotros que a veces nos dejamos caer en el pesimismo, en la desesperanza ante situaciones que nos agobian y parecen imposibles de resolverse. ¡Ánimo, levántate, Él te llama!, te llama a recuperar la paz, te llama a aprovechar Su gracia para sobreponerte a tus miserias, ¡ánimo, levántate!

4. El ciego “*de un salto se puso en pie y se acercó a Jesús*” (Mc 10,50). Su respuesta no sólo es inmediata sino entusiasta. Se levanta de un brinco, con toda la fuerza que le da percibir que está a punto de tener el encuentro más significativo de toda su vida. No duda, no pone pretextos, no se toma su tiempo, no quiere perder ni un minuto. Qué bello responder así al llamado a Misa, a orar ante el Santísimo, a toda oportunidad de tener un encuentro personal con el Señor.

5. Cuando el ciego se le acerca, Jesús le pregunta: “¿*Qué quieres que haga por ti?*”(Mc 10,51). Era obvio lo que este hombre necesitaba, ¿por qué la pregunta de Jesús? Porque Él nunca impone nada, ni siquiera una curación; se nota Su gran respeto por la libertad humana. Y también cabe pensar que desea que el ciego se cuestione y diga qué es lo que realmente quiere, porque qué tal si Jesús lo cura y el ex-ciego le sale con un reclamo: ‘¡ay, Señor!, ¿por qué me curaste?, yo estaba muy

a gusto, sentado todo el día pidiendo limosna, no tenía que trabajar, todos me socorrían; ¡ya me amolaste!, ahora voy a tener que buscar chamba y además ver la cara de mi suegra todos los días!!'. La pregunta del Señor invita al ciego y a cada uno de nosotros a plantearse: ¿que quiero que haga por mi?, ¿realmente quiero salir de esta situación?, ¿realmente quiero que me sane ese rencor o estoy muy a gusto con mi odio, echándole la culpa de mis males a esa persona?, ¿de veras quiero superar ese defecto, ese hábito, ese pecado o quiero conservarlo porque creo que me sirve, me conviene o ya me acostumbré a él? Jesús lo puede todo, pero ¿quiero permitírselo?

6. El ciego responde: “*Maestro, que pueda ver*” (Mc 10,51). Y estas palabras, pronunciadas por quien no tenía buena la vista de los ojos pero sí la del alma, nos animan, a quienes quizá estamos en el caso opuesto, a pedir lo mismo pero en sentido espiritual. Que pueda ver, Maestro, Tu presencia amorosa en mi vida. Que pueda ver en los demás no a enemigos sino a hermanos. Que pueda ver, Maestro, por dónde quieres que camine.

7. Dice San Marcos que Jesús le dijo al ciego: “*Vete, tu fe te ha salvado*”, y el ciego recuperó la vista pero no se fue, sino se puso a seguir a Jesús por el camino. Es que la claridad que ya tenía en el corazón se le subió a los ojos, y logró ver lo que intuía y no quedó decepcionado. ¿Te imaginas? Después de tanto tiempo a oscuras, lo primero pudo contemplar fue la luz del rostro amoroso del Señor, y ya no quiso perderlo de vista nunca más.

¿Te pareces a los santos?

Si te preguntaran en qué te pareces a los santos, probablemente responderías que en nada. Es que solemos tener de ellos una imagen tan perfecta que los sentimos muy diferentes a nosotros. Los vemos como veíamos cuando éramos chicos a esos compañeritos del salón que siempre sacaban diez y pensábamos que estábamos muy lejos de ser como ellos que nunca se despeinaban, no se les manchaba el uniforme de chamoy, ni los dedos de tinta y al final de clases salían tan pulcros como habían entrado en la mañana.

¿Por qué entonces la Iglesia insiste cada año en festejarlos con una Solemnidad? ¿Será solamente para que los contemplemos boquiabiertos como contemplábamos el ‘cuadro de honor’ colgado en el pasillo de la escuela, con una admiración en la que ya ni cabía la envidia porque ni de broma creíamos poder estar en el selecto grupo de los que recibían medalla plateada no se diga dorada? Nada de eso. La intención de la Iglesia no es acomplejarnos sino ¡animarnos!, ¿a qué?, a realizar dos cosas que pueden sernos de muchísimo provecho espiritual: Imitar a los santos y pedir su intercesión. Veamos en qué consiste cada una.

Imitarlos

Alguien puede decir: pero ¿cómo podemos imitarlos si ellos eran perfectos y nosotros no lo somos? A lo que cabe

responder: ellos no fueron perfectos; eran humanos como tú y como yo, y tenían defectos, a veces tremendos. Reconocer esto es muy útil, no para disminuirlos o despreciarlos, sino para descubrir que los santos y nosotros no somos tan distintos como pensábamos pues tenemos una base en común: nuestra humanidad falible y pecadora.

En este sentido es muy ilustrativo leer buenas biografías de santos que los presentan como eran (por ejemplo resultan muy recomendables las que ha escrito el padre Eliézer Sálesman, llenas de anécdotas fascinantes), y no por el morbo de sacarles sus ‘trapitos al sol’, sino con el sano objetivo de permitirnos palpar su fragilidad y llegar a la conclusión de que si ellos pudieron superarla con ayuda de la gracia divina, ¡también nosotros podemos! Y así, por ejemplo, descubrir que Santa Teresita era una niña mimada y llorona, que San Agustín vivió una juventud desenfadada o que San Jerónimo era burlón y sarcástico, nos mueve a preguntarnos cómo fue que lograron alcanzar el dominio propio, la castidad o bondad que los caracterizaba. Y la respuesta es que se tomaron en serio las palabras del Señor que leemos en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 5, 1-12).

La gran diferencia entre los santos y nosotros no es que ellos no tuvieran defectos y nosotros sí; pensar eso es buscar un pretexto para salirnos cómodamente por la tangente; la diferencia está en que nosotros leemos ese texto bíblico, conocido como ‘las bienaventuranzas’, y lo consideramos bueno para reflexionarlo pero ellos lo consideraron bueno para vivirlo. Y así, ahí tenemos a un Francisco de Asís (dichosos los pobres de espíritu) que renunció a sus apegos para seguir a Cristo; a un San Francisco de Sales (‘dichosos los misericordiosos’) que trataba con exquisita caridad a quienes más lo atacaban y calumniaban; a un monseñor Romero (‘dichosos los que trabajan por la paz’) que hasta el último día de su vida exhortaba al cese de la guerra y la violencia, y a tantos santos y santas conocidos o anónimos que no se conformaron con leer las bienaventuranzas sino que las pusieron en práctica y fue así como llegaron a ser ellos mismos bienaventurados.

Esto nos lleva a la segunda razón que tiene la Iglesia para celebrarlos, animarnos a:

Pedir su intercesión

Consideramos a los santos y santas como hermanos mayores de nuestra familia, que no sólo nos dan ejemplo sino interceden por nosotros para que podamos ir por el buen camino que conduce a la verdadera dicha, de la que ellos ya disfrutaban. Podemos pues encomendarnos a sus oraciones con la confianza de que sabrán pedir para nosotros lo que más nos convenga.

Para concluir sólo falta comentar que si pudiéramos preguntarles qué necesitamos para parecernos a ellos, seguramente nos darían todos la misma respuesta: déjate conducir por el Señor. Él te irá guiando, te irá moldeando. La santidad no es cosa tuya, es cosa de Él.

Como mi querido tío Salvador Martínez Sosa MSpS, decía cuando nos despedíamos, citando una frase del padre fundador de su orden, que hoy comparto contigo lectora, lector queridos: déjate hacer santa; déjate hacer santo...

Todo lo que tenía

Quizá muchos piensen: ‘¡qué tonta!’; y también muchos digan: ‘¡qué admirable!’; pero probablemente sean muy pocos los que decidan: ‘voy a hacer lo mismo que ella hizo’. ¿Quién es ella?, ¿a quién me estoy refiriendo? A la viuda de la que nos habla el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mc 12, 38-44).

Cuenta San Marcos que se acercaba la gente a echar sus monedas en las alcancías del templo, y mientras los ricos daban abundantemente, una viuda pobre se acercó y echó dos moneditas “*de muy poco valor*” (Mc 12,42). Contemplaba la escena Jesús, que comentó: “*Yo les aseguro que esa pobre viuda ha echado en la alcancía más que todos. Porque los demás han echado de lo que les sobraba; pero ésta, en su pobreza, ha echado todo lo que tenía para vivir*” (Mc 12, 43-44).

Ésta es una de esas historias que aparecen en el Evangelio que suelen ser leídas solamente como si se tratara de una anécdota, inaudita, llamativa, interesante e incluso conmovedora, pero ajena, lejana e imposible de imitar. Hoy en día, ¿quién que tuviera dos monedas por toda habilitación pensaría en entregarlas de ese modo? Le parecería un desperdicio, una mala inversión, una locura. Y sin embargo, el comentario de Jesús no va para nada en esa línea, todo lo contrario, es sumamente elogioso, tanto que nos pone a pensar que quizá nos hemos apresurado a descartar esta escena

tachándola de utópica, cuando en realidad valdría la pena repasarla en otro plan, con intención de rescatar lo mucho que hay en ella para aprender e imitar. Por ejemplo estas tres actitudes:

1. La viuda dio sin decir nada

Los ricos de su tiempo acostumbraban hacer que se anunciara en voz alta su nombre y el monto de lo que estaban donando. Como esos millonarios de hoy en día que ponen su nombre a sus fundaciones de caridad y se hacen fotografiar en primera plana regalando cheques para obras de beneficencia. Ella en cambio hizo su donativo calladamente, en el anonimato, cumpliendo quizá sin saberlo, lo que había pedido Jesús: que al dar limosna, no supiera la mano izquierda lo que hace la derecha; que se diera en secreto, y Aquel que ve lo secreto daría la recompensa (ver Mt 6, 1-4).

2. La viuda no se avergonzó de lo poquito que dio

Echó lo suyo junto a otros que donaban grandes cantidades, y no dejó que eso la acomplejara o desanimara. A veces por pensar que tenemos demasiado poco que ofrecerle a Dios (pocas buenas obras, poco esfuerzo por mejorar, poco amor hacia los demás, etc.) acabamos por no darle ni eso poco que teníamos. Cabe recordar lo que decía San Francisco de Sales: que por soñar con algún día poder ofrecer grandes cosas a Dios, olvidamos lo que ya está a nuestro alcance: ofrecerle cosas pequeñas pero con grande amor.

3. La viuda no tiró su dinero: lo invirtió sabiamente encomendándose a Dios

Estaba muy necesitada (en su tiempo, la mujer cuyo marido moría no podía trabajar y dependía enteramente de la caridad ajena), tan necesitada que no se podía dar el lujo de guardar avaramente lo que tenía o peor, desperdiciarlo en tonterías (como sería hoy en día gastarlo en juegos de azar, quinielas, loterías). Su única solución era poner cuanto tenía en las manos de Dios, confiar enteramente en Él, y fue lo que hizo.

Su caso resulta inquietante. Nos mueve a examinar: ¿qué hacemos con lo que tenemos, especialmente si creemos que es demasiado poco, y no me refiero a lo material, sino a nuestros dones y cualidades, a nuestro tiempo, a nuestra disponibilidad para ayudar, amar, perdonar, etc.? ¿Sabemos ponerlo confiadamente en manos de Dios como esta viuda? ¿O procuramos inútilmente retenerlo y terminamos por perderlo?

Termina el Evangelio y cabe preguntarse ¿qué habrá sido de esa viuda después?, ¿cómo acabaría esta historia? ¿Habrá llegado a su casa a morir de inanición o Aquel que no se deja ganar en generosidad se las habrá ingeniado, como siempre lo hace, para socorrerla con ese estilo Suyo creativo, discreto, oportuno e inconfundible?

Podemos suponer que le sucedió como a la viuda de la que nos habla la Primera Lectura (ver 1Re 17, 10-16), que pudiendo mandar a volar la petición del profeta que le pedía lo impensable: que de lo poco que tenía primero le diera de comer a él, lo hizo y experimentó la siempre oportuna y siempre desmesurada prodigalidad de Dios...

Encuentro final

¿ Por qué sólo te fijas en lo malo que te digo? ¡Nada más te acuerdas de lo negativo!

Esta frase, que alcancé a oír al pasar caminando cerca de una banca de la plaza en donde estaba una pareja discutiendo, bien podría dedicárnosla Jesús por la reacción que solemos tener ante el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mc 13, 24-32).

Ahí nos anuncia el Señor: *“la luz del sol se apagará, no brillará la luna, caerán del cielo las estrellas y el universo entero se conmovirá. Entonces verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes con gran poder y majestad”* (Mc 13 24-26).

Escuchamos esto y nos llenamos de pavor. Nos atoramos en el ‘ay nanita’, imaginando el mundo a oscuras (ya incluso hasta circula por internet un texto, quizá escrito por algún astuto comerciante, que propone que de una vez nos abastezcamos de velas para cuando llegue el cósmico apagón), y pasamos por alto completamente la parte fundamental, la que habla de que vendrá el Hijo del hombre, es decir, Jesucristo.

Que sólo prestemos atención a lo primero y no a lo segundo no es lo que tenía en mente el Señor al pronunciar estas palabras. Su intención no era asustarnos sino darnos dos buenísimas noticias: que esta vida no es para siempre y que Él habrá de venir. Alguien puede preguntar: ‘¿y qué tienen de buenas esas dos noticias?’, a lo que cabe responder: la primera nos da la certeza de que no estamos destinados a permanecer

en este mundo cuyas alegrías son siempre incompletas y efímeras y cuyos sufrimientos nos abruma, sino que estamos destinados a una vida perfecta en la que, como dice una plegaria eucarística, ‘nadie estará triste, nadie tendrá que llorar’ pues todos los que lleguen a gozar de la presencia de Dios vivirán la plenitud de la alegría, de la paz, en fin, de todo lo bueno que existe, en un grado que en esta tierra apenas podemos imaginar (ver Ap 7, 16-17; 21,3-4). Y el hecho de que venga de nuevo Jesucristo es buena noticia porque significa que vendrá por nosotros.

Se trata de un anuncio gozoso, de una promesa cuyo cumplimiento deberíamos esperar anhelantes; tendríamos que saltar de gusto ante la perspectiva de poder mirar al Señor cara a cara y comenzar a vivir la eternidad con Él, ¿por qué no es así?, ¿por qué algunos reaccionan con miedo? Quizá porque temen encontrarse con Jesús porque o no lo conocen o no han querido conocerlo y se han mantenido obstinadamente lejos de Él; entonces, claro, pensar en que este mundo al que se aferran se termine y que Jesús venga a encontrarse con ellos les provoca un patatús, sobre todo porque Él promete venir “*lleno de poder y majestad*” y eso les ha de sonar a que vendrá en un plan castigador o vengativo, pero están en un error; significa simplemente que vendrá no ya como vino la primera vez, renunciando a Sus prerrogativas divinas (ver Fil 2,6-8), sino con todo Su poder, pero ojo, no un poder destructor sino un poder que reconstruye, que congrega, que rescata, que ilumina porque proviene de Aquel que es Luz del mundo porque vino a librarnos de toda tiniebla, de Aquel cuya sola presencia hará innecesaria cualquier otra luz (ver Ap 21, 23-25).

El anuncio de Jesús no busca asustar sino confirmar que al final triunfará lo que parecía imposible: el amor a la cruz, la esperanza en la Resurrección, la fe en Aquel que nos invitó a seguirlo por los caminos de la humildad, la mansedumbre, la misericordia.

Dice Jesús que esta generación no pasará antes de que esto llegue a cumplirse. Significa que todos nos encontraremos con Él porque a todos nos llegará el final.

Añade que nadie sabe el día ni la hora; no quiere que nos la pasemos especulando cuándo ocurrirá; no nos vaya a pasar como ese conocido líder de cierta secta que anunció fallidamente varias veces el fin del mundo y lo que llegó sin anunciar fue el fin de su mundo pues murió cuando menos lo esperaba.

Este domingo se nos anuncia el final no para que nos quedemos engarrotados vislumbrando catástrofes apocalípticas, sino para que, sabiendo que nos encontraremos con el Señor, comencemos ya a prepararnos para que pensar en ese encuentro despierte nuestro gozo no nuestro temor.

Un Reino muy distinto

Cuando piensas en un rey, ¿qué imagen se te viene a la cabeza? Quizá la de uno de esos personajes de cuento que era más o menos buena gente pero que vivía desfasado de la realidad en un lugar ideal del que disfrutaban sus contados súbditos; quizá la de uno de esos reyes de los que nos habla la historia, que se la pasaban urdiendo intrigas, organizando guerras y viendo qué territorios podían conquistar a sangre y fuego; o quizá uno de esos monarcas modernos que viven en palacios muy lejos de nosotros y a los que sólo vemos en fotografía porque participaron en algún escándalo o en algún evento, en el que el costo de las viandas y de los atuendos de los invitados fue también escandaloso.

No solemos tener una idea muy positiva de los reyes, así que cuando en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Jn 18, 33-37) Jesús afirma: “*Soy rey*”, es importante que situemos Sus palabras en contexto y veamos que las pronunció luego de decir algo que les da una nueva perspectiva: “*Mi Reino no es de este mundo*”.

¿Qué significa esto? Que el Reino de Jesús no se parece a ningún otro. Tiene unas características particulares que lo hacen muy distinto. ¿Cuáles? Veamos algunas que menciona de manera elocuente y poética el Prefacio de la Plegaria Eucarística que corresponde a esta Solemnidad: “Reino eterno y universal, Reino de la verdad y de la vida,

Reino de la santidad y de la gracia, Reino de la justicia, del amor y de la paz.”

Consideremos qué significan estas características para nosotros:

Reino eterno

En el Reino del Señor ya no hay que temer que lo bueno sea efímero y, peor aún, que en su lugar llegue algo malo; aquí no hay nada malo y lo bueno dura ¡para siempre!

Reino universal

En el Reino de Cristo no reciben beneficios solamente unos cuantos, sino todos, sin distinción de raza, situación económica, estudios, etc. Quienes se han sentido discriminados, excluidos por los criterios del mundo, pueden tener la certeza de que en Su Reino el Señor acoge a todos con los brazos abiertos.

Reino de la verdad

En el Reino del Señor no hay mentiras ni medias verdades, no se manipula, no se hace lo opuesto a lo que se promete porque en él reina Aquel que es la Verdad (ver Jn 14,5).

Reino de la vida

En el Reino de Cristo no tiene cabida la ‘cultura de la muerte’; nadie es considerado demasiado insignificante para vivir, y se celebra la existencia de cada uno como lo que es: un regalo divino.

Reino de la santidad

En el Reino del Señor no hay corrupción ni se promueve el embotamiento de los sentidos o la animalización de la gente, sino que se siguen los criterios de su Rey, que es Santo e invita a todos a recorrer con Él caminos de santidad, los únicos que conducen a la verdadera dicha.

Reino de la gracia

En el Reino de Cristo no se cobra, no se da sólo cuando se espera recibir algún pago o recompensa, sino que se da todo gratuitamente, se derraman a manos llenas y para todos los dones, los carismas, las ayudas del cielo que cada uno anhela y necesita.

Reino de la justicia

En el Reino del Señor no se ‘compra’ la justicia, no se cometen atropellos, no se devuelve mal por bien sino se da a cada uno lo que merece. Aquí todos reciben lo verdaderamente justo, nadie es discriminado, a nadie lo hacen menos.

Reino del amor

El Reino de Cristo está cimentado en el amor, un amor auténtico, total, que no está buscando ver qué saca sino que puede dar, y lo da todo.

Reino de la paz

En el Reino del Señor no impera el caos, la inseguridad o el temor. Aquí reina la paz, la verdadera, la que se experimenta en el fondo del corazón, la que produce un gozo que nadie puede arrebatarse.

En este último domingo del ciclo litúrgico se nos invita no sólo a celebrar que Cristo es Rey, sino a aceptar Su invitación a habitar y edificar con Él, ya desde esta vida, Su Reino.

Contribuyamos pues a establecer las condiciones para que se cumpla en el mundo esta afirmación que es a la vez una súplica: ‘Cristo Rey, ¡reina en nuestros corazones!’

OBRAS DE ALEJANDRA MA. SOSA ELÍZAGA

Libros publicados por EDICIONES 72:

PARA ORAR EL PADRENUESTRO

(Reflexionar y orar sobre cada frase del Padrenuestro)

POR LOS CAMINOS DEL PERDÓN Disponible también en MP3

(Guía práctica para lograr perdonar).

SI DIOS QUIERE Guía práctica para discernir la voluntad de Dios en tu vida

CAMINO DE LA CRUZ A LA VIDA

(Reflexiones sobre la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús)

VIACRUCIS DEL PERDÓN

(Recorrer las catorce estaciones caminando hacia el perdón)

VIDA DESDE LA FE

(50 Reflexiones para aterrizar la Palabra de Dios en tu vida diaria)

IR A MISA ¿PARA QUÉ? Guía práctica para disfrutar la Misa

DOCENARIO DE LA INFINITA MISERICORDIA DEL SAGRADO
CORAZÓN DE JESÚS (Doce meditaciones sobre la Misericordia Divina)

¿DESEMPOLVA TU BIBLIA! Guía práctica para empezar a leer y disfrutar la Biblia

¿QUÉ HACEN LOS QUE HACEN ORACIÓN? Guía práctica para empezar a orar y disfrutar la oración

Otras publicaciones

EL PAPA TE INVITA A REZAR SU ORACIÓN FAVORITA

Carta Apostólica 'Rosarium Virginis Mariae', de SS Juan Pablo II sobre el rezo del Santo Rosario, resumida y comentada por Alejandra Ma. Sosa E. (publicada por la Arquidiócesis de México y por Ediciones EVC no.259)

EL PAPA TE HABLA DE LA MISA

La Carta Encíclica 'Ecclesia de Eucharistía' resumida y comentada por Alejandra Ma. Sosa E. Publicada por la Arquidiócesis de México

Obras de AMSE disponibles gratuitamente en www.ediciones72.com

COLECCIÓN 'VIDA DESDE LA FE', Volúmenes 1, 2, 3, 4 y 5

COL. 'LA PALABRA DE DIOS ILUMINA TU VIDA', ciclos A, B y C

CURSO DE BIBLIA SOBRE HECHOS DE LOS APÓSTOLES

CURSO DE BIBLIA SOBRE EL EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO